

GM / 745

94 (460) "18"

ND

LA SOPA DE LOS CONVENTOS.

LA 807 A DE LOS DOCUMENTOS

N.A. 363639

R.: 53.658 506

LA SOPA

DE LOS

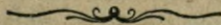
CONVENTOS

Ó SEA

Tratado de Economía política en estilo joco-sério acerca de los obstáculos
tradicionales en nuestro país

POR

D. VICENTE DE LA FUENTE.



MADRID.

IMPRENTA DE EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

calle de Pelayo, 38 y 40,

—
1868.



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA



UNIVERSITY OF SAN CARLOS
CITY OF MANILA

COMPLETOS

Es propiedad del autor.

M. A. D. E. D.

IMPRESO EN EL ESTABLECIMIENTO NACIONAL

EN LA CIUDAD DE MANILA

1888

PRÓLOGO.



Imposible y aún absurdo parecerá á muchos que se trate de vindicar la sopa de los conventos, á la cual se ha considerado como una de las causas principales de la holgazanería en España, suponiendo que por este medio se mantenian una porcion de haraganes que vivian sin trabajar, y eran una de las lepras sociales que principalmente corroian á nuestro país. Esto ha venido ya á ser una especie de proverbio, y es de rigor citarlo cuando se habla de las causas de la decadencia de nuestra pátria, sintetizando esta frase uno de los grandes capítulos de culpas, que hemos venido á formular entre los llamados *obstáculos tradicionales*. Esto se considera como una verdad axiomática, indiscutible, de esas que son tan evidentes que basta enunciarlas para que sean comprendidas, de esas que se redactan en forma de pulla ó burleta, porque basta decirla para que el acusado baje los ojos agoviado á la vez por el peso del delito y lo ridículo del delito.

En el Parlamento se ha sacado á lucir varias veces *la sopa de los conventos*, y no como quiera por los progresistas y demócratas, sino tambien por los diputados unionistas. Hasta se han permitido decir esta ridiculez compañeros y amigos míos: pero más que de ellos soy amigo de la verdad. *Amicus, Plato, sed magis amica veritas.*

Vamos, pues, á examinar ese mónstruo horrendo, enorme y ciego que se tragaba la prosperidad de España como el Polífemo de la fábula:

Monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum.

Verémos que los detractores de los conventos *por la sopa*, no han sabido lo que se han dicho; que se han dejado llevar de las hablillas del vulgo; que han repetido á coro un desatino ridículo, y que por mucho que haya corrido esta proposicion, es ya tiempo de echarle la tijera como á las pesetas falsas; que no porque hayan pasado por buenas manos dejan de ser falsas, pues ni el tiempo ni el comercio honrado convierten en plata el plomo y el estaño, y llega un dia en que se las examina, se las pasa de mano, se las pesa y aquel dia salen de circulacion. Yo soy el que voy á examinar esa peseta falsa de la economía moderna.

Vamos pues, á darle unos frotecitos á la invectiva contra *la sopa de los conventos*, y luego la pesaremos delante de los señores economistas para que vean que en eso, como en otras cosas de su positivismo, nos regalan plomo y estaño por metal legítimo.

Bien conozco que se necesitan todo mi desenfado y sangre fria para escribir esta sátira contra la *fraifobia*.

El título sólo hará reir: quizá y sin quizá, me hará objeto de burlas. Con todo, pienso reirme el último, y en materia de risas hay está el *quid*. Voy á poner en ridículo á los *caballeros de la Tenaza*, que se burlan de los frailes, al paso que se comen lo que fué de ellos.

Podia haber escogido otro título más sério; pero de intento he preferido éste, y para ello tengo mis razones. Así como cuando se quiere insultar al Papa se dice la *curia romana*, para insultar al Clero se dice *jesuitismo*, y para atacar á la religion cristiana y á su culto se los llama *supersticion y fanatismo*; del mismo modo hoy dia para insultar á los regulares todos de todas clases y de todos tiempos se dice, no los conventos ni los monges, sino *la sopa de los conventos*.

El catolicismo no está ya en el caso de tolerar estos ataques burlescos y de mal género; no está en el caso de que, siendo su posicion inexpugnable, consienta por más tiempo que se le esté *escopeteando* con dicterios y burlas. La burla se rechaza con la burla, no con ataques serios. Cuando se sublevaron los esclavos, los romanos los combatieron á latigazos: contra éstos *sopifobos* voy á esgrimir el látigo á nombre de la Religion, de la verdad y del derecho.

... y como que para el presente se ha de considerar...

... El punto principal de esta materia es el...

... de donde se deduce que el objeto de esta...

... y como que para el presente se ha de considerar...

... El punto principal de esta materia es el...

... y como que para el presente se ha de considerar...

CAPÍTULO PRIMERO.

¿QUÉ ES LA SOPA DE LOS CONVENTOS?

Al oír este epigrafe quizá nos diga algún frailifobo, como cuestion preliminar:

—Haga Vd. favor de rectificar esa pregunta. Donde dice *es*, debe decir *era*.

—No señor; no lo crea Vd. Está bien puesto y con mucha intención como cosa presente. La sopa de los conventos no solamente ha sido ó existido, sino que es y existe, y ¡admírese usted! será y existirá. Siento mucho tener que asustar á Vd. con tan lúgubre profecía, pero confío que en leyendo estos parrufitos se le pasará el susto, le volverá el alma al cuerpo, y en fin, ¡saldrá el sol y medrarémos! como decían nuestros mayores.

—¿Qué es la sopa de los conventos?

Es la distribución de la comida sobrante en un convento á pobres que no tenían que comer. Es un acto de generosidad y de caridad. Es hacer lo que se hace en las casas de los hombres de bien, y donde los amos tienen entrañas, dando á una familia desgraciada la comida sobrante. Un convento es una casa, es una familia. ¿Por qué no han de poder hacer los frailes en su convento lo que haría y hace cualquier particular en su casa, y un soldado en su cuartel?

Sí, hasta los soldados, pues el que viva cerca de un cuartel ó cuerpo de guardia en Madrid verá á la hora de repartir el rancho acercarse á los soldados una porción de ancianos, mozos de

cordel, lisiados, mujeres con sus niños, á quienes aquellos dan el sobrante de su escaso alimento; accion noble y generosa, que honra á nuestro soldado, al soldado ¿más sóbrio y parco de la tierra, y que para timbre y honra de nuestro ejército quiero consignar aquí.

No es cosa que yo invente: la estoy viendo todos los dias y viéndola con admiracion y gusto. El soldado español, que come poco, y que se bate muchas veces sin haber comido, ni tener esperanzas de comer (1), comparte su escaso alimento con el pobre que se le acerca, quitándoselo á sí mismo de la boca, como decirse suele; y esta accion generosa y constante, que se elogia en el soldado, que honra y sublima á este ¿ha de ser zaherida, vilipendiada y hecha objeto de sarcasmo porque la ejecute un fraile? Entonces dígase claramente que la burla no es por la sopa sino por el fraile, que se ridiculiza en este lo que se elogia en otro cualquiera; en el soldado que da el sobrante de su rancho á la puerta del cuartel; en el particular que da el sobrante de su comida á la puerta de su casa.

Veamos esto segundo.

—¿Es V., señor economista, *tan económico*, que nada sobre en su casa, despues de comer su familia? Si es así, ya veo que es V. un economista teórico-práctico en toda la extension de la palabra: procure V. inventar una chimenea por donde no salga el humo, porque es lástima que se le escape á V. Si es V. liberal, no lo será ciertamente por la *liberalidad*. Lea V. las cartas del *Caballero de la Tenaza*: será lástima que se le olviden á V.

A la verdad entre gritar: *¡viva la libertad!* y dar cuatro cuartos, lo más barato y económico es gritar—*¡viva la libertad!*—

(1) Sabido es lo que sucedió cuando faltaron los víveres al ejército, durante la campaña de Africa, con motivo de haber dispersado una tempestad á la escuadra que debia avituallarlo. Halláronse raciones solamente para un dia. La contestacion de los soldados fué:—«estando á media racion hay para dos dias y un dia sin comer lo pasa cualquiera: malo ha de ser que en tres dias no tenga tiempo la escuadra para socorrernos.» Pregúntese á la guarnicion de Gibraltar si pasaria por este cálculo.

pero en tal caso no vale ese grito ni siquiera los diez y seis maravedises.

Bien veo que si V. le cuenta los garbanzos á la familia, difícilmente se allanará á mis razones. Pero afortunadamente en España son escasos los avaros, y mas bien se peca, desgraciadamente, por el extremo opuesto. Los economistas entre nosotros suelen ser mas bien teóricos que prácticos, y sobre todo con su estómago, que al fin no es lo mismo predicar que vender trigo, como dice nuestra refran; ni es igual recetar dieta que guardarla. Aun los mismos hombres económicos, á quienes solemos vulgarmente llamar *tacaños*, quieren pasar por rumbones, y el célebre dómine Cabra, que, segun Quevedo, enseñaba el tocino á la boca de la olla para que diera sustancia y no mermara, se empeñaba luego en demostrar á sus familiares y cuasi transparentes pupilos que les tenia espléndida mesa. ¡Ah señor don *Nicomedes de la Tenaza*, ya que sea V. *tacaño*, tenga V. siquiera la decencia de no murmurar contra los que no sean ruines, mezquinos, ramplones, escatimados y miserables como V.

Pero suponiendo que los señores diputados y periodistas, con quienes ando riñendo esta descomunal batalla, no querrán pasar por herederos del dómine Cabra; y antes bien por gente rumbona y generosa, vuelvo á mi argumento y pregunto:—¿Que hace V. con la comida que sobra en su casa? Esa comida sobrante se puede vender, se puede tirar y desperdiciar, echándola á la espuerta de la basura; puede guardarse de un dia para otro, ó puede, en fin, darse á un necesitado.

Venderla no es lo comun en España. Eso puede pasar en Inglaterra, donde el hijo que va á comer con su padre paga la racion; de donde ha venido la frase de *convidar á la inglesa*.

En España todo lo que se hace mal se hace á *la inglesa*. El no saber montar á caballo y llevar el compás sobre la silla con las asentaderas, se llama *montar á la inglesa*; salir de una visita sin despedirse es *despedida á la inglesa*: convidar y hacer pagar lo comido es *convite á la inglesa*: llevar el pantalon enseñando los tobillos, ó la camisa con picos de á media vara, es llevar *pantalon inglés* ó *picos á la inglesa*, y el tener acreedores que persigan se llama *tener ingleses*.

Digamos en obsequio de la verdad que en Inglaterra hay de todo, y hay mucho bueno; y sobre todo católicos *buenos* y *buenísimos*; y aun entre los que no son católicos, existen virtudes que ojalá tuvieran más de cuatro en España.

Que los protestantes, creyendo en la fe sin obras, rehusen acompañar aquella con la caridad, no es de extrañar; pero los católicos, allí y en todas partes, opinan y obran de otro modo, y es seguro que en los conventos de Inglaterra, pues los hay y no pocos, se dará la sopa sobrante lo mismo que en España, sin que á nadie se le ocurra por eso zaherir á los frailes de aquellos conventos, ni acusar de holgazanería á los católicos ingleses.

No creo, pues, que haya ningun economista español *tan inglés*, que venda la comida sobrante y convierta su casa en fonda. Y si no se vende, ¿se desperdiciará?

¡Oh! Esto seria un acto de ferocidad y de barbárie. Donde hay tantos pobres que no tienen qué comer, que desfallecen de hambre, que no trabajan porque no hallan dónde trabajar, pobres impedidos y lisiados, viúdas honradas y vergonzantes, pobres cesantes echados á la calle por falta de favor ó por vicisitudes políticas, y mil y mil personas hambrientas y escuálidas, desperdiciar lo que pudiera mitigar su hambre, fuera una inhumanidad, un crimen, que si no castiga la ley lo castigará la conciencia pública, y lo que es más, lo castigará Dios; porque ello, señores economistas, hay que convencerse de que hay Dios, y de que el Dios verdadero no es un Dios de palo.

No sirve decir:—«Eso es mio: yo puedo hacer de ello lo que quiera: nadie tiene derecho á meterse en lo que yo hago en mi casa: ¿eso es una impertinencia!»

Sin perjuicio de responder á esto más adelante y detenidamente, diré sólo por ahora que el derecho de propiedad tiene sus límites; que está dado para uso y no para abuso; que el *jus utendi et abutendi*, derecho de usar y abusar, que decian los romanos, tenia otra significacion y otra interpretacion más recta; y que las leyes mismas antiguas y modernas ponen á los pródigos en la categoría de los locos y los sujetan á la tutela ejemplar.

Claro está que á nadie se le llamará prodigo porque desper-

dicie la comida sobrante en su casa; pero ¿dejará por eso de faltar á los deberes de humanidad y de conciencia? ¿Acaso están todos los delitos en el código penal? ¿No hay, además de los delitos civiles, otros delitos morales, y además de los civiles y morales otros delitos religiosos? ¿Dejará esa destruccion de objetos sobrantes, de ser un atentado contra la naturaleza y contra el precepto del derecho natural, que dice:—«*Quod tibi non nocet et alteri prodest ad id est obligatus.*» Lo que á tí no te hace falta y cuya donacion no te perjudica, al paso que á otro puede servirle, estás obligado á darlo á tu semejante. Y si tú lo destruyes, claro está que su donacion no te perjudica, ni serás más pobre por darlo, puesto que lo inutilizas inhumanamente.

Luego el destruir el alimento sobrante despues de comer, cuando hay otros necesitados que pudieran alimentarse con ello, es un atentado contra la naturaleza, que prohíbe esta destruccion, y contra el precepto del Derecho natural corriente en las escuelas como un axioma, y que al fin no es, sino una verdad de sentido comun, como todos los axiomas.

Queda, pues, demostrado, que de no vender la comida sobrante y no poder destruirla ó desperdiciarla sin cometer un crimen, no hay más remedio que darla; y, como no es posible darla á los ricos, hay que darla á los pobres; y como los pobres generalmente no entran á la sala, ni suelen pasar de la puerta, hay que darles la comida á la puerta de la casa, ó poco menos; y entonces, ¡ay, amigo mio! Si Vd. hace eso á la puerta de su casa, haga cuenta que, de mayor á menor, su casa es entonces la portería de un convento, y Vd., sin ser fraile, da la sopa como se daba en la portería de los conventos, y en tal caso si hace lo que los frailes, es Vd... ¡me horrorizo al decirlo! un *sopifilo práctico*.

Quod erat demonstrandum, como diria un escolástico antiguo.

CAPITULO II.

HAY DIOS, Y DIOS NOS HABLA.

Vamos á ver lo que dice Dios acerca de la sopa de los conventos. En rigor debia haber principiado por aquí, porque las razones que voy á dar son las más sólidas, las más dignas y las más elevadas para un cristiano: mas no siempre conviene principiar por las razones más fuertes; que las batallas no suelen principiar con cargas á la bayoneta, sino más bien desplegando las guerrillas, y haciendo maniobrar á estas contra las tropas ligeras.

Aquí las tropas ligeras son los racionalistas, gente tan ligera de suyo, que jamás se la da alcance; pues su táctica, por lo comun, se reduce á corretear, huir, no fijarse en cuestion ninguna, y negarlo todo, al tenor de aquel célebre dicho antiguo *magis potest asinus negando quam Aristóteles probando*. *Asinus* quiere decir *borrico*, y en traduciendo esto lo demas del latin queda muy claro.

Atacados, pues, los racionalistas en su *propia casa*, único medio de cogerlos, y que se ha empleado en el párrafo anterior, vamos ahora á entendernos con los economistas más formalotes.

Convengamos, como he dicho antes, en que hay Dios.

Convengamos, siquiera por el bien parecer, en que este Dios no es de palo, ni tampoco de metal, como los que fabrican los ingleses en Birmingham para *civilizar* á sus indios; que así salen ellos.

Convengamos tambien en que este Dios no es tonto, pues

para creer en un Dios tonto vale mas no creer en Él. Aquel Dios que se pasea por el cielo y no hace caso de sus criaturas es un Dios tonto (1) y bueno para los tontos de la antigüedad, ó los que *progresando* como los cangrejos retroceden al paganismo.

Convengamos tambien en que el Universo no es Dios, ni el hombre es Dios, ni la humanidad es Dios, ni la naturaleza es Dios, puesto que á los germanólogos place tanto la distincion entre el hombre y la humanidad. Yo no concibo humanidad sin hombres, y como no se ha encontrado todavía el medio de que los hombres no se mueran, resulta que el Dios Humanidad tiene hambre, padece muchos errores, se engaña á cada paso, no sabe lo que le pasa, no sabe explicar la razon de casi nada de lo que le rodea, no sabe siquiera si el sol es un volcan ó es de cobre líquido en ebullicion; y concluye por irse muriendo por entregas, que es la mas pesada de todas las bromas que le pasan á lo que llamaban nuestros padres el género humano y llamamos ahora la *Humanidad*.

Convengamos, pues, como buenos cristianos, en que Dios crió el mundo y crió al hombre, y dispuso que aun cuando el género humano quedase sujeto á la muerte individualmente, con todo colectivamente no pereciera, y es un Dios omnipotente, infalible, sapientísimo, eterno y único, inmenso é infinito. Necesario será que estudiemos lo que dijo al género humano, de quien cuida y al cual enseña y gobierna.

Oigamos, pues, lo que nos dice en su Evangelio:

Veruntamen quod superest date eleemosynam. (SAN LUCAS, capítulo II, v. 41.)

Luego si á los frailes les sobraba algo de comida, tenian obligacion de darlo de limosna. Luego si lo daban cumplian con un deber y con un precepto del Evangelio. Luego si se les desprecia y ridiculiza por cumplir con un precepto del Evangelio, se desprecia y ridiculiza al Evangelio y á su autor Jesucristo. Luego los economistas que se burlan de la sopa de los conventos, se burlan del Evangelio, de Jesucristo y del mismo Dios.

(1) *Quid enim novit Deus?... Nubes latibulum ejus nec nostra considerat, et circa curdines caeli perambulat.* (Job cap. XXII v. 14.)

Supongo que me dirán que ellos no quieren meterse con Dios. Ya lo veo, pero con que no se quieran meter y con todo eso se metan, quedarémos medrados. Es lo que sucede á los que dan una puñalada que parte el corazon, pero luego alegan que no ellos querian matar, sino solamente dar una buena puñalada.

En materia de razones basta con una buena, y la anterior es tal, que no hay más remedio que negar redondamente el Evangelio ó callar. Podria excusar las restantes pruebas, pero ya que están á mano conviene consignarlas.

Entre las obras de misericordia corporales pone nuestro Catecismo la de dar de comer al hambriento y de beber al sediento. Consecuencia es de la doctrina del Evangelio; pues al describir San Mateo el Juicio final, en el cap. 25, ofrece la bienaventuranza, no solamente á los que crean, como afirman los protestantes, sino á los que obren y hagan obras de caridad y misericordia, pues como dice el refran castellano: *Obras son amores. Venite benedicti Patris mei: possidete paratum vobis regnum á constitutione mundi. Exurivi enim et dedistis mihi manducare, etc.*

Preguntan los elegidos.—Pero Ves, Señor, que no teneis cuerpo, ni necesitais de comer; Vos, á quien no hemos visto jamás con los ojos corporales, ¿cómo habeis podido comer lo que os diéramos, ni cuándo pudimos daros cosa que comierais?

El mismo Jesucristo, responde terminantemente á estas palabras: —*Amen dico vobis, quamdu fecistis uni ex his fratribus meis minimis mihi fecistis.*

El fraile en su convento, y la monja en el suyo, no tenian ni tienen propiedad: podian hacer ciertas obras de misericordia, que pueden hacerse sin tener propiedad ni dinero, sobre todo las espirituales, y aun algunas corporales, pero no obras que solo puede hacerlas quien tenga propiedad. Como la comunidad era la propietaria, esta era la que daba y cumplia con este precepto, en unos casos, y consejo en otros, á nombre de los asociados en ella, y el que cercenaba de su escaso y pobre alimento una parte, sin ruido, sin vanidad, sin que nadie lo notara, daba limosna, daba de comer al hambriento, y cumplia con la doctrina del Evangelio, y Dios lo escribia en el libro de la vida para decir luego á ese pobre religioso:—«Ven, bendito de mi Pa-

dre, á poseer el reino para tí preparado, porque tuve hambre y me diste de comer.»

Tasada era tu racion, pobre tu alimento, escasas y groseras legumbres eran las que tenias para acallar la necesidad de tu estómago, y de ellas separaste una parte que tus sentidos reclamaban, que tu mano queria llevar á la boca: pero tu alma buena detuvo á la mano, hizo callar al apetito, dejó un pedazo de pan y unas pocas legumbres, y ese pedacito de pan y esas pocas legumbres poco rato despues eran devoradas con ánsia por un pobre jornalero, achacoso y famélico, que ese dia no encontraba donde trabajar. Pues bien; ese pobre jornalero era Yo, era el mismo Jesucristo.

¡Oh religion divina y santa que embellece y poetiza todo cuanto toca, que lleva por todas partes la vida y la esperanza, el consuelo y la belleza, que eleva á tan altas regiones las virtudes mas pequeñas, las acciones modestas y al parecer insignificantes, virtudes no mandadas, virtudes que no alcanza á distinguir el mismo que las ve ejecutar. El superior mismo, que ve aquella accion, no sabe si es el hastío lo que hizo dejar aquel bocado: el confesor mismo que penetra en el interior del penitente, no sabe aquella buena accion de quien se confiesa de faltas, no de virtudes; pero Dios la ha visto, ha sonreido al verla, y ha mandado al angel bueno que la escriba en el libro de la vida!

Id enhoramala, almas de estuco, que no podeis comprender la sublime poesía que esto encierra. Idos á estudiar con la teogonia griega, digna de vosotros, con vuestro Júpiter adúltero y seductor, vuestra Juno vengativa, con vuestra Vénus de lupanar. Estas divinidades son dignas de vosotros y de los que las inventaron. Nosotros buscamos la poesía en el Evangelio y no admitimos el Evangelio por su poesía, sino la poesía por el Evangelio. Si no comprendéis la poesía que encierra la sopa de un convento, peor para vosotros.

Dia llegará en que lo comprendais á despecho vuestro, como tambien comprendereis el Evangelio á despecho vuestro; pero será tarde.

¡Ello hemos de ver quien acierta!

Excuso añadir mas pasajes de los libros sagrados.

Bien podria comentar el que dice—*Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*, y la maldicion al impio que no da al pobre en aquellas palabras—*Panis egentium vita pauperum est: qui defraudat illum homo sanguinis est!* (Eclesiastici 34, v. 25.) *Qui obturat aurem suam ad clamorem pauperis, et ipse clamabit et non exaudietur* (Prov. 21, v. 13). Pero á quien no convenzan los anteriores, menos convencerán estos.

Con todo, no quiero dejar de citar el magnífico pasaje de la Epístola de Santiago, por lo mismo que tanto desagrada á los protestantes, padres naturales y legítimos de esa escuela economista; epístola que tanto por lo mismo agrada y debe agradar á todo buen católico.

«¡Qué les aprovecha á vuestros hermanos, dice la *Catholica* de Santiago, (cap. 2.º, v. 15,) si se hallan desnudos y diariamente aquejados del hambre, que les digais—vosotros marchaos y dejadme en paz, si no les dais con que calentarse y satisfacer el hambre. Si la fè no va acompañada de las obras está muerta en sí misma.—Pero á mí me basta con la fè: yo creo en Dios.» Pues bien, pero te advierto que tambien los demonios creen.»

Oidlo, señores economistas, la verdad es durilla. «*Tu credis quoniam unus est Deus: benefacis: et demones credunt et contremiscunt.*»

Ahí teneis uno de los pasajes que no quiso creer vuestro abuelo Lutero. Con todo, lo que es ahora, estad seguros de que ya lo cree. solo que ¡¡ya es tarde!!!

CAPÍTULO III.

LA BAZOFIA.

Al llegar aquí, oigo decir á los frailifobos y caballeros de la Tenaza:

—Todo eso está bien. Yo no niego que se deba dar limosna; pero hay modos de darla. La limosna humilla al pobre, y la bazofia le rebaja. Ha probado Vd. por Derecho Divino, natural y positivo, con las armas de la razon y de la revelacion, que se debe socorrer al necesitado, que no hay derecho á destruir lo sobrante, cuando otros seres iguales viven en la sociedad careciendo de lo necesario. Hasta ese punto estamos conformes, pero la sopa de los conventos nada tenia que ver con eso. Era, y aun es y será, donde subsista, una cosa inmundada y nauseabunda, lo que se llama, una *bazofia*; una cosa repugnante, compuesta de desperdicios, que tal vez no querrá comer un perro. ¿Qué derecho hay para hacer comer á nuestros semejantes ese residuo de las cocinas, que apenas se echaria á los animales domésticos?

Los frailes eran y son súcios; lo era su comida, y lo tienen que ser, por necesidad y en grado más eminente, los desperdicios de su comida. Además la sopa de los conventos fomentaba la holgazanería, y donde quiera que habia conventos pululaban los haraganes.

Hay, pues, contra la sopa de los conventos las razones siguientes:

1.^a Que es súcia y mal sana.

2.^a Que la limosna dada de ese modo degrada al hombre.

3.^a Que fomenta la holgazanería, porque se habitúan á ella los holgazanes y todos los picaros que no quieren trabajar.

4.^a Que en todas las poblaciones donde habia muchos conventos habia tambien muchos vagos.

5.^a Que se daba sin discernimiento de personas, ni saber si a necesidad de ellas era verdadera ó ficticia.

Estos son los argumentos que recuerdo haber oido ó leido en diferentes ocasiones contra la limosna en general y contra la sopa en especial. Confieso francamente que no recuerdo ningun otro. Creo tambien que si lo hay podrá reducirse á estos, y que será, más bien que de ideas distintas, un tejido de palabras equívocas, de esas que se buscan expresamente para enturbiar lo que está claro, ó decir solapadamente lo que no hay valor ó permission legal para decir sino de una manera embozada y ambigua. A cada uno de ellos responderé por aparte, principiando por el célebre y manoseado argumento de la llamada *bazofia*.

¿Quién no ha oido hablar de la *bazofia* de los conventos? ¿Quién no la ha visto puesta en escena hasta en los dramas románticos ó en caricaturas en alguna novela? ¿Quién no sabe alguna anecdotilla más ó ménos picante acerca de ella?

¿Cuántos y no buenos cuentecillos aprendidos durante la juventud! Guardémonos muy bien de dar pábulo aquí á estas burletas, hijas en su mayor parte de la travesura estudiantil; pero continuadas despues y dichas con seriedad por personas que salieron de la juventud muchos años há.

Observaremos ante todo que este, y lo mismo los otros argumentos no atacan ya á la esencia de la costumbre caritativa, sino á la forma; de manera que mientras razones consignadas en los dos párrafos anteriores prueban que la costumbre de dar la sopa á los pobres en la puerta de los conventos, era esencialmente buena y conforme al Derecho Divino natural y positivo, los argumentos en contra vienen á decir, cuando más, que la forma de darla no era la mejor, ó que podia darse de mejor manera.

Esto es ya bajar mucho la puntería, y batirse en retirada.

Es lo que en la táctica militar se llama *hacer fuego perdiendo terreno*.

Sigamos, pues, al enemigo que principia á batirse en retirada. Ante todo preguntaré á los economistas que declaman contra la sopa de los conventos:

—¿Ustedes la han visto? ¿la han probado?

—¡Bah! ¡Uf!! ¡¡Habíamos de ir á examinar y probar tal bazofia!!

—Ya lo veo: ya me lo figuraba. Habiendo muchos de ustedes cargado con el santo y la limosna en esa gran *merienda de negros*, llamada reparto ó *venta de bienes nacionales*, serian muy necios en estar á los desperdicios, cuando están á los *principios*. Siempre hemos tenido á Vds. por hombres de *principios* y aun de *postres*, pues donde Vds. principian concluyen por no dejar nada á la postre. Y á la verdad, que los que tienen carruajes, lacayos, fincas, palacios y casas de campo á costa de los frailes, y *viven de patria*, hablen mal de los frailes y de sus cosas se comprende fácilmente. Lo extraño seria que los modernos poseedores, que viven opíparamente con los bienes de los frailes en completísima holganza, fueran á decir que los frailes eran laboriosos.

Pero dejando á un lado recriminaciones, porque no se crea esto un recurso para no contestar al cargo, y porque quizá no todos los que lo formulan habrán participado de la consabida *merienda*, resulta que hablan de oídas, por lo que á otros han oído, ó por lo que á ellos se les antoja.

Si el manjar era nocivo é insalubre, ¿cómo lo consentian las autoridades? ¿cómo lo consienten, pues que todavía se usa? Como acudian á él los necesitados y acuden con avidez, y lo solicitan con empeño, y se tienen por desgraciados los que no lo consiguen, y tienen envidia á los que pueden lograrlo?

¿No lo habeis visto? Pues yo lo he visto más de una vez. Lo he visto en Madrid y fuera de Madrid, y he visto que son falsas todas esas declamaciones. Vosotros hablais de capricho, y cuando más, como testigos de oídas y de referencia: yo como testigo ocular.

Vosotros no citais hechos ni pruebas: yo os citaré parajes

donde podeis desengaños; donde podeis verlo por vuestros propios ojos.

Mañana, si os place, bajad á las Escuelas Pias de San Fernando, en el pobre barrio del Avapiés, ó pasad á las de San Antonio Abad, en la calle de Hortaleza, y podreis cercioraros de lo que era y de lo que es la sopa de los conventos. Allí vereis en cada uno de esos colegios acudir por la tarde á más de 200 niños de lo más desarrapado y miserable entre los millares de niños miserables y desarrapados, á quienes educan los buenos hijos de San José Calasanz; y los vereis considerarse muy dichosos con poder lograr una parte del manjar que ha sobrado á los colegiales internos y á los justamente llamados *clérigos pobres de la Madre de Dios*, verdaderamente pobres, porque quizá lo son más que los frailes de algunos conventos de mendicantes. Y como por lo comun no alcanza este sobrante á satisfacer el hambre de todos los niños, se ven precisados á aumentar este con manjares que no han salido á la mesa. Muchos de aquellos niños están en ayunas hasta que les toca el reparto de su racion de sopa: algunos apenas comen otra cosa en todo el dia.

Cerca de uno y otro establecimiento, las hijas de San Vicente de Paul tienen dos asilos en los llamados de Santa Isabel y del Príncipe Alfonso, en que educan á millares de niñas pobres, y á las que dan tambien un ligero almuerzo, costeado todo ello por piadosas señoras, y sin gravámen del Estado.

Pasad á ver si es *bazofia* lo que reparten las hermanas de la Caridad en sus modestos asilos de párvulos.

Yo no atestiguo con muertos, ni cosas pasadas. Lo que digo se puede ver y comprobar, y eso que en buenas reglas de derecho, no era yo quien debia probar, sino los *frailifobos* y los declamadores contra la sopa, pues al acusador toca probar; porque no es justo que se destruya con burlas, desprecios calculados y chanzonetas, la obra de los siglos y la accion de la caridad por *economistas de tripallena*.

Y no es solamente en esos asilos de la niñez pobre y desvalida donde se les educa y alimenta á espensas de la caridad cristiana; que otros varios pudiera citar dentro de la misma corte. Apenas hay comunidad alguna religiosa de hombres y

de mujeres, que no alimente hoy dia á algunos infelices, que si no fuera por ellas, quizá morirían de hambre. Yo he tenido ocasion de recomendar algunos infelices para recibir este sobrante de comida en alguna de esas comunidades, y he visto el dolor de algunas madres de familia, cuando se les decia que no habia posibilidad de lograrlo, al menos por entonces.

No deseo mal ninguno á esos señores *fratífobos*, pero no les vendria mal, para rectificar sus ideas económicas, un mesecito de buen hambre, con el dolor mayor que puede tener un padre de familias, que es, olvidar su hambre, al ver el espectáculo desgarrador de tres ó cuatro hijos pequeñuelos, que piden pan ¡nada mas que pan! y lloran y se desesperan al ver que no se les dá: el pobre padre famélico y extenuado de miseria, que se quitó de su boca el último pedazo de pan por darlo á uno de sus pequeñuelos, llora de desesperacion, no por su hambre propia, sino por la de sus hijos, á que él no puede atender.

Y este desgraciado padre no es holgazan, ni ménos un imbecil; es un hombre honrado, laborioso, inteligente, que no encuentra donde trabajar, y es español como nosotros, de carne y hueso, y de la misma masa y raza que nosotros, con los mismos deberes y derechos que nosotros.

Y no se crea que esto sea algun caso que otro, ó mucho ménos una ficcion ó cosa de fantasia. Sin salir de Madrid han vivido en esta desesperacion durante el invierno que ha pasado, y aun están viviendo, mas de quinientas familias de albañiles y carpinteros, y mas de cien cajistas de imprenta.

Conforme les acontece á estos millares de personas, podria sucederles á estos señores *economistas de tripallena*. ¿Les pareceria entonces bazofia la sopa de los conventos? ¿Se atreverian á burlarse de ella?

CAPITULO IV.

DIFERENCIA ENTRE LA POBREZA Y LA PORQUERÍA.

Un refran muy comun entre nuestros honrados jornaleros, dice:

La pobreza Dios la amó
peró á la porquería nó.

Será muy posible que alguna persona melindrosa me eche en cara el usar la palabra *porquería*, como poco culta y decente. Pero ella es palabra castiza, de uso corriente, castellana neta y muy gráfica. No solamente el anterior refran, sino otros varios contienen esta palabra. ¿Qué me costaria decir suciedad, desaseo, falta de limpieza, ú otra palabra análoga? Pero estas no tienen la energia de aquella. Con esos melindres tontos se va empobreciendo nuestro lenguaje. Hay ya mas de veinte palabras que apenas se atreve uno á pronunciar por no ver aparecer una sonrisa estúpida en los lábios de un majadero malicioso y corrompido. Si con melindres ridículos se viene haciendo gestos desdeñosos á las palabras castizas que tienen significaciones de cosas záfias y repugnantes y á veces malignas y abusivas, dentro de poco apenas podremos hablar en castellano.

Consolémonos con que ya ni aun las mujeres dicen *advertir*, sino *apercibir* y *desapercibido*, como si fueran curiales, y la jerga alemanisca tiene asesinados á los verbos *hacer*, *cumplir* y *ejecutar*, por mano desu estridente y estúpido *realizar*, aplicado indistintamente á todo.

Dejando, pues, á un lado esta vindicacion preliminar, ó salvedades; segun los traductores de á veinte reales pliego), necesaria para lo que se llama en castellano *curarse en salud*, y ma-

nifestar las razones porque se usa y debe usar la palabra *porquería*, vamos á deslindar la diferencia entre esta y la pobreza.

Que los frailes eran pobres y debían serlo es cosa corriente y sabida. Algunos se titulaban pobres, como los ya citados padres escolapios. Hermanas de los Pobres se titulan otras de que hablaremos luego. Algunos pasaban mas adelante y se apellidaban no solamente *pobres*, sino *mendigós* y *mendicantes*, y de hecho mendigaban de puerta en puerta (*ostiatim*) llegando á este último grado de la pobreza, que es por decirlo así, la *pobreza de la pobreza*. Había las Ordenes que se llamaban *mendicantes*. Padre de ellos era el hijo de un comerciante de Asis, á quien la Iglesia justamente equiparó á los serafines por su ardiente caridad, siquiera el novelista Renan en su *romance*.... de ciego, sobre la vida de Jesu Cristo, le haya calificado poco menos que de imbecil, y á Santa Teresa de *histérica*.

No eran las órdenes monásticas pobres, muy pobres, precisamente del siglo XIII: antes de aquella época habian existido monasterios que vivían en gran austeridad y pobreza. No necesito descender á probarlo, porque es una verdad histórica trivial. Pero los institutos mendicantes principiaron en el siglo XIII, y desde entonces comenzó la distincion entre monges y frailes. Unos y otros vivían á veces en magníficos edificios; tenían suntuosos templos y aunquizá pingües rentas para el culto y para los pobres; pero ellos eran los que ménos participaban de aquellas rentas.

Quizá alguno leerá esto con desden, y se sonreirá con aire de compasion. Pues bien: digo sobre esto lo que dije sobre la sopa en el artículo anterior: —¿Lo han visto vds., ó hablan por boca de ganso? ¿Quieren vds. verlo? ¿Han visitado Vds. algun monasterio de la Trapa?

Hoy es cosa muy fácil. En Francia hay 30 monasterios de Trapenses: en Bélgica 5 (1): en Argel hay ya varios: está cerca de la ciudad misma el célebre monasterio de Estaobeli. Si quieren vds. ver cómo se concilian la pobreza y la austeridad

(1) Tengo á la vista el estado que se publicó el año 1864. El número de trapenses de ambos sexos era en aquel año de unos 3,000.

llevada al más alto grado de rigor dentro de edificios suntuosos y en comunidades ricas, pueden vds. hacer allí una visita, y pasar, siquiera una semana, comiendo lo que comen aquellos monges. Allí estuvo el Emperador Napoleon III: lo halló todo muy limpio: solo que no le gustaron las legumbres aderezadas sin aceite, sal ni manteca, cosas que los monges comunemente no usan. Lo mismo nos sucedería á nosotros, y eso que el edificio es grandioso.

Pero la comida era limpia: el comedor ó refectorio estaba muy aseado: el monasterio es rico: los monges son los primeros agricultores de la Argelia, sostienen un centenar de trabajadores, y ellos mismos trabajan como cualquier jornalero, ó más. El valor del monasterio y su capital es ya de algunos millones, y dá de comer diariamente á no pocos pobres, además de los jornaleros; y suelen dar á los pobres las frutas que los monges cultivan, y que apenas comen estos, por ser demasiado delicadas. Allí hay riqueza, y los monges son pobrísimos y comen... yalo han oído Vds., acelgas, coles, y otras verduras y legumbres, sin aceite ni sal; pescado raras veces, carne nunca. Allí hay á la vez *riqueza, pobreza y limpieza*.

Otros monasterios eran pobres de rentas y de trato: tal sucedió á los capuchinos, que eran y son pobrísimos, y con todo limpios, muy limpios; y se citaban y citan como modelos de suma pobreza con suma limpieza. Es verdad que el novelista Pigault Lebrun, en sus indecentes é impías novelas, traducidas y publicadas en castellano á fines del reinado de Fernando VII, los presentó en caricatura y como hombres súcios, hipócritas y lascivos. Sin acudir á aquel novelista súcio, inmoral é impío, y padre de toda la canalla de novelistas súcios, inmorales y bribones que han venido siguiendo sus pasos, teníamos en España á los parásitos que comían á la mesa de Godoy, donde solían recitarse también de sobremesa los epigramas más obscenos, en que no pocas veces hacían el gasto los pobres capuchinos. Estos epigramas, tan obscenos como impíos, han llegado hasta nosotros, y andan de boca en boca entre los literatos.

Si mis lectores los saben hagan por olvidarlos; si no, básteles saber que eran de lo más inmoral é impío que se ha com-

puesto en castellano; y con todo algunos de ellos se atribuyen á una de las principales señoras de la córte.

La verdad es que cada uno escribe segun lo que es. Manzoni, en su lindisima novela *Los Novios (I promessi sponsi)*, presenta un capuchino, que es el verdadero tipo del mendicante, fraile que interesa en sumo grado y cuya descripcion hace brotar lágrimas de ternura. Pigault Lebrun, immoral é impio, medido siempre entre bribones y bribonas, escribia como lo que era. Las harpias manchaban con su contacto cuanto llegaban á tocar, por cándido, hermoso, rico y elegante que fuera. Asi son los impíos y los hombres inmorales.

Aquel refran castellano—*piensa el ladron que todos son de su condicion*—es una gran verdad.

A una novela indecente podria oponer otra novela piadosa, lindisima, y verdadera joya en su género. Pero yo prefiero oponer otra clase de contestaciones más sólidas; la de Santo Tomás, *¡ver y creer!* Al argumento de los conventos súcios y de las comidas súcias, sin pruebas ni datos, opongo la contestacion de los conventos que hoy existen y que son pobres, pero limpios. No cito con muertos, sino con vivos; no aduzco declamaciones, sino hechos que se pueden comprobar.

Pero entremos ya en otra série de observaciones sobre la pobreza y la porquería; verdades de esas que con ser óbvias se suelen olvidar con frecuencia, y que á mí, amante de la verdad y de la claridad compañera suya, me place exponer con toda lisura. A mí me gusta el agua clara: dejo á los filosofastros y germanólogos desayunarse con su *agua de fregar*.

Puede haber riqueza con porquería; puede haber, y de hecho se halla muchas veces, pobreza con limpieza; pero puede haber, y por desgracia hay con frecuencia, sugetos que confunden la pobreza con la porquería, y que todo lo pobre lo reputan súcio. Para estos, siendo toda pobreza súcia, y teniendo que ser los frailes naturalmente pobres, sacan la consecuencia de que tienen que ser súcios. Bajo este concepto, cuando San Ignacio de Loyola era militar, y San Francisco de Borja grande de España, debian de ser seguramente limpios, porque eran ricos. Pero en el momento en que se hicieron pobres por *Jesucristo*, tuvieron que

ser súcios. Triste condicion de la virtud y grande realce para el vicio, porque generalmente la virtud es pobre, y por el contrario el vicio es rico; ó por mejor decir, la riqueza es viciosa.

Yo entro en una habitacion magnífica: es de un solteron opulento. El suelo está cubierto de riquísima y tupida alfombra, las colgaduras son de damasco, la sillería de terciopelo. Los relojes, candelabros y otros utensilios, todos son de bronce, plata y oro macizo. Pero por de pronto hay allí una atmósfera corrompida y nauseabunda: la noche anterior hubo allí una orgía: las botellas de *champagne* fueron rodando por el suelo, la alfombra está manchada, hay dos sillas rotas, un candelabro caido; el reloj tiene roto el fanal: los de la merienda han escupido por todas partes, el suelo está lleno de ceniza de cigarros y de manchas de vino derramado. Todo lo que hay allí es riquísimo; vale quizá lo que hay en aquella habitacion más de diez mil duros. Con ello serian felicísimas diez familias de labradores. Pues bien; aquello es rico, muy rico, pero súcio, muy súcio. Si el dueño de la habitacion, viendo que tengo necesidad de dormir, me quiere obsequiar ofreciéndome su propio magnífico lecho, que está por el estilo de su habitacion; cama riquísima de bronce dorado, con soberbia colgadura, sábanas de holanda, donde él ha dormido, riquísima colcha, pero todo en desórden, como el resto de la habitacion, le daré las gracias, pero no me acostaré en aquella cama ni con botas y pantalon. Todo es muy rico, pero está súcio.

Lo que sucede en el cuarto del rico solteron sucede en el gabinete de la mujer de mundo, y no pocas veces. Los vestidos andan por encima de las sillas, las joyas tiradas por el suelo, un sombrero encima del velador, una zapatilla bordada y súcia encima de una mesa. Un cuarto de señora en tal estado de desórden, revela desde luego que pertenece á una mujer rica; pero que no vive como Dios manda; y que le ha costado poco el ganarlo.

Pido un vaso de agua, y la doncella trae una copa riquísima de oro en una bandeja del mismo metal, con todo el servicio completo de azúcar, licor, etc., para un *verr d'eau*. Pero la copa está sin limpiar; la señora me sirve un terron de azúcar con sus

dedos, y sobre el agua veo flotar sobre el agua insectos y cuerpos extraños: todo aquello es muy rico, pero muy súcio: ó no bebo el agua, ó la paso en poca cantidad y con repugnancia.

Al día siguiente, yendo por el campo una pobre campesina tostada del sol, pero bien peinada y lavada, con ropas toscas y groseras, pero limpias, sin ninguna mancha ni rotura, me ofrece un vaso de agua tomado de una fuente que brota bajo una peña: el vaso es de vidrio, pero lo veo lavar en el arroyo con gran esmero; no tengo un terron de azúcar ni una gota de aguardiente para el agua, pero la bebo muy á gusto: allí todo es pobre, pero limpio.

Estoy cansado y aquellas pobres gentes campesinas me ofrecen un cuarto pobre pero limpio; los muebles están en su lugar; las ropas de la cama son pobres y de groseras telas, pero blancas y limpias; conócense los dobleces que les dió una mano cuidadosa al encerrarlas en el arca de donde se acaban de sacar. Yo que no quise acostarme en el rico pero sucio lecho del solteron opulento, y me acuesto sin reparo en aquel pobre lecho que me ofrecen aquellos campesinos pobres limpios y humildes.

Esto no es una égloga, es una realidad. Hay ricos limpios y campesinos y campesinas zafios y sucios; pero tambien hay ricos muy sucios y campesinos y campesinas muy limpios. Luego una cosa es la pobreza y otra cosa es la limpieza. Con todo, las gentes opulentas y acostumbradas á llevar una vida sibarítica confunden por lo comun una cosa con otra.

Dad á una señora rica y elegante la camisa nueva y limpia de la campesina, de tela grosera y barata, bien cosida y sin estrenar, y dirá al punto:—¡Qué porquería! ¿yo habia de ponerme esa camisa? Dadle á un sibarita gloton el pobre pero limpio y sazonado puchero del campesino, y dirá:—¡Qué porquería! ¿yo habia de comer eso? ¡Qué bestias son en este país! ¡¡no entienden palabra de cocina!!

No há muchos años que á un opulento cortesano siempre gruñon y descontento de su cocinero, le dió una leccion su señora tomando un pedazo de pan moreno que habia traído una pobre parienta suya montañesa que vino á visitarle.—¡Mira el pan, le dijo, con que se contenta tu hermana! De la misma car-

ne eres que ella y de chico no comias otra cosa. Podría aquel caballero afrentar la casa de sus padres y de sus hermanos, diciendo á vista de aquel pan moreno y casi negruzco:—¡Qué porquería! Entonces su hermana y su familia hubieran podido responderle:—Acuérdate que por espacio de muchos años te criaste con esa porquería.

¡A cuántas docenas de excelentísimos é ilustrísimos señores, ministros, ex-ministros, senadores, y banqueros, que ayer entraron en Madrid *terciados* sobre la mula de un maragato entre dos fardos de cuero ó de garbanzos, y hoy tienen coche, palacios, grandes cruces, títulos y excelencias por doce conceptos, se les podría decir:—¡Vucencia se crió entre porquería!

Es seguro que ese excelentísimo *frailíjolo*, economista de tripa llena, respondería muy enfadado:—Yo me crié entre pobreza, pero no entre porquería: la pobreza no me afrenta, la porquería sí.

La pobreza Dios la amó,
pero á la porquería no.

¡Oh, si, Dios amó la pobreza!

Pudo nacer en el mejor palacio del mundo y con todo prefirió un establo. Pudo nacer hijo de cualquiera de aquellos emperadores ante quienes *muda se postró la tierra*, y prefirió ser hijo de una pobre costurera y tener por padre putativo á un carpintero. Pudo tener riquezas y tesoros mayores que los de Crespo y con todo eso fué pobre, pobrísimo. Solamente los nécios se avergüenzan de que sus mayores fuesen pobres; pero nadie hace alarde de haber sido criado entre inmundicia.

Del mismo Jesús sabemos rasgos de limpieza en medio de su pobreza: el lavatorio de sus discípulos es uno de ellos. Quejóse en casa del rico fariseo porque no le habían dado agua para lavar sus piés, según era costumbre.

¿Por qué, pues, al hablar de los frailes se los ha de llamar súcios porque fueran pobres? ¿Por qué se los ha de juzgar con esa falsa medida de los melindres y de las preocupaciones mundanas? ¿Por qué al visitar los monasterios antiguos ha de haber en sus malignos visitantes dos medidas falsas, dos pesos infieles para apreciar aquella vida?

En efecto, si ven allí alguna cosa pobre exclaman: ¡qué porquería! Si ven algún objeto de riqueza, de aseo, algo que revele limpieza; exclaman por el contrario: — ¡Qué regalones, qué comodones eran los tales frailes!

En resúmen, la llamada bazofia de los conventos, por denigrar el acto de dar la comida sobrante, era por lo comun nada mas que un antojo de los maldicientes, que ni la habian probado, ni siquiera visto.

Esta cuestion es relativa y no puede fallarse de un modo absoluto como la han fallado los *frailifobos* y economistas modernos. Lo que para un hombre honrado de la clase media es limpieza y curiosidad, para un rico es porquería y cosa insoponible; y lo que apenas podria comer una persona de la clase media, es manjar riquísimo y sabroso para el pobre y el mendigo, que logra entrar con ocho cuartos en un figon ó una taberna. Ahora bien; la sopa de los conventos no era para los ricos ni para la clase media, sino para pobres, pobrísimos y famélicos, y cuyo paladar acostumbrado á peores manjares, hallaba deliciosos aquellos residuos de una mesa pobre.

CAPITULO V.

LA LIMOSÑA REBAJA AL HOMBRE Y LA SOPA DEL CONVENTO LE HUMILLA DE UN MODO VERGONZOSO.

Alto origen tiene la primera parte de este tema. Salió nada ménos que de los autorizados lábios del emperador Napoleon III, en un discurso oficial (1). Pero en eso, como en otras cosas de aquel tiempo, no hizo el Emperador más que repetir lo que decía la economía política moderna de tripa llena y la periodiquería subvencionada por la francmasonería que no cree en Dios, y los hijos de Abraham Isaac y Jacob, que creen en la omnipotencia del dinero, y cuyas catedrales son las Bolsas de comercio.

Afortunadamente el Emperador Napoleon III no es infalible ni con mucho. Preguntádselo sino á Bismark y al Presidente de los Estados-Unidos. Al Emperador Maximiliano excusais preguntárselo, pues no os responderá ya.

Sin salir de Francia, interrogad á los diputados Thiers y Julio Favre y otros varios. La ley en España me obliga á que hable de él con respeto; pero no á que le crea en todo lo que diga, y no me puede obligar á que le respete mas que los franceses, los cuales por lo visto tampoco le tienen por infalible.

El mejor modo de respetarle es no volver á citar sus pala-

(1) No me detengo á buscar la fecha, pues me haria perder mucho tiempo. Fué hácia la época de la guerra de Italia, y por aquellos tiempos en que el ministro del Emperador, en un mismo decreto, elogió á la francmasonería francesa y disolvió el Consejo general de la sociedad de San Vicente de Paul.

bras, que si yo he recordado, ha sido tan solo para que se vea cómo los clamores y chillidos de la falsa economía llegan hasta los tronos, y estos se constituyen á veces en eco de sus deletéreas doctrinas, que tan caras les suelen salir.

Entendámonos, pues, con los señores economistas que están más bajitos, y por tanto más próximos á nosotros, ó por mejor decir, á mi; y eso que yo les tengo á los señores economistas, tanto los de tripa llena, como los de tripa por llenar, que llamamos socialistas, un respeto tan grande, que casi rayaria en miedo; si es que yo temiera á nadie más que á Dios. Porque yo creo que Dios sabe más que los economistas, á pesar de que los economistas de allá de la escuela de Gante, en Bélgica, presumen saber más que Dios. No hay más sino que las gentes han dado en no querer creer en el inmenso mérito que ellos en su modestia se atribuyen; ¡pobrecitos!

En esta suposición, veamos despacio qué dice Dios y qué dicen esos señores economistas, inmensamente sábios..... á su juicio.

Dios dice que la limosna es buena.

Los economistas modernos dicen que la limosna es mala.

Dios dice que es mejor dar que recibir. *Beatius est dare quam accipere*. Los economistas están por el daca más que por el toma. Les gusta más la *demanda* que la *oferta*, generalmente hablando.

Veamos lo que dice Dios expresamente acerca de la limosna:

La limosna libra del pecado y de la condenacion ó muerte eterna. *Eleemosyna ab omni peccato et a morte liberat*. (TOBIAS, capitulo IV, v. II.)

En el libro de Tobias se encuentran además todavía cuatro recomendaciones más de la limosna: aquel libro tan dramático y tan interesante, parece escrito *ex profeso* para recomendar la limosna y las obras de misericordia. No se citan más pasajes de aquel libro, por considerar suficiente aquel texto.

El Eclesiástico dice: «*Eleemosyna viri quasi signaculum cum ipso, et gratiam hominis quasi pupillam conservabit.*» (Capitulo XVI, v. 18.)

Capitulos enteros tiene este libro acerca de la limosna y las reglas para hacerla bien, siendo notables entre ellos el III y IV; el XI y XII, y sobre todos el cap. XXIX, que trata del préstamo, de la limosna, de la fianza y de los petardistas y vagos, que pasan su vida de casa en casa y de hospedaje en hospedaje. Es capítulo magnífico para nuestro asunto, pues habla tambien de la limosna que humilla, es decir, la que se dá, no al necesitado, sino al holgazán.

Hay en el mismo libro no solamente elogios á la limosna, sino tambien amenazas para el que no la diere.

Si beneficeris scito cui feceris..... Non est enim ei bene qui assiduus est in malis, et eleemosynas non danti.... Benefac humili et non dederis impio.

Son tres consejos magníficos los que se dan en el principio de este capítulo (el 12):

1.º La limosna se debe dar con discrecion y se debe saber á quien se da.

2.º No lo pasará bien el que no dé limosna.

3.º Debe darse al humilde, no al impio y arrogante.

Aquí se vé cuán distinta es la teoría de Dios de la teoría de los economistas franceses y belgas no católicos. Si la limosna se da al humilde ¿qué importa que le humille si ya está humillado? Y qué ¿la humildad y la humillacion son cosas malas? ¿no las recomienda, no las encomia el mismo Jesucristo?

Mas si se trata de un pobre orgulloso, arrogante, impío, que no se conforme con su desgraciada posición, que cree que la limosna le rebaja y humilla, la Escritura misma y el sentido común dictan lo que hay que hacer, esto es, no darle limosna. El dilema basado en las palabras de la Sagrada Escritura es bien sencillo: ó es humilde, ó arrogante; ó cree el que recibe la limosna que no le humilla, ó por el contrario cree que le humilla y rebaja. Si lo primero, poco le importará la humillacion, pues que es humilde; si lo segundo, todo se reduce á no darle limosna, ó que él no la pida ni la tome. Lo peor será si él se la toma.

Todo ello es cuestion de apreciacion; y para completarla basta con añadir, que si el pobre se cree humillado por la limosna, es señal de que no se vé muy apurado y que predomina el

orgullo sobre la necesidad. Si esos señores economistas modernos se vieran reducidos á pasar una canina de cuatro ó cinco dias, y verla pasar á sus mujeres é hijos, y que estos pedían pan y no habia quién se lo diera, de seguro que rectificarian sus teorías sobre la humillacion consiguiente á la limosna y escribirían de otro modo que como escriben con la tripa llena.

Mas no es solamente el antiguo Testamento el que prescribe la limosna, sino tambien el Nuevo.

Quod superest date eleemosynam (SAN LUCAS, II, v. 44). Aquí tenemos ya el mandamiento de Jesucristo expreso: dad de limosna lo que os sobre. Esta fórmula es imperativa. Entre las diatribas de los economistas y las palabras de Jesucristo, la eleccion no es dudosa.

No hablo aquí del *consejo* de vender la propiedad y darla á los pobres; porque esto no es precepto, sino consejo. Pero si fuera cosa mala, no la aconsejaria Jesucristo.

San Mateo habla hasta del modo de dar la limosna para que no humille al pobre, ni se ensobervezca el que la diere.—*Te faciente eleemosynam nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua.* Ahí está previsto el caso.

La limosna dada á son de trompeta, con orgullo y sin humildad por parte del que la da, humilla y rebaja al pobre. Pero esta no es la limosna de la caridad, sino la de la filantropía. La limosna dada con trompetería, con charlatanismo, con insultos al Gobierno, á la Religion y á los hombres de bien, por espíritu de partido y de secta, por politicomanía, y dándola á los pobres de una comunión política y negándola á los de otra; la limosna llevada en coche, gastando dos pesetas para ir á llevar cuatro reales; la limosna dada al holgazán, al jornalero envenenado por el socialismo, al borracho, al que no tiene trabajo porque es vicioso, rebaja al que la da y al que la recibe; porque es la limosna del vicio, y si esa limosna se le da para que mañana se deje matar detrás de una barricada, ya no es solamente la limosna del vicio, sino la del crimen, limosna que infama al que la da, aun más que al que la recibe.

Alguno me dirá que en estos renglones hago quizá alusiones á cosas no muy remotas. No importa: si por el retrato se cono-

ce al retratado, señal es de que está parecido. Yo no cito nombres ni sucesos. Quien haga aplicaciones, con su pan se lo coma.

En resúmen, la limosna dada sin caridad humilla al pobre y le rebaja: la limosna dada por la caridad cristiana, ni le humilla ni ménos le rebaja; porque está dada con recato, discrecion y cariño, porque es *la dádiva del humilde al humilde*. Si alguna vez por necesidad se descubre, como que el pobre verdadero es humilde, poco le importa aquella humillacion inesperada, antes la ofrece á Dios, pues que el Cristianismo es Religion de humildad.

Por eso la caridad cristiana, para no rebajar al pobre, principia por hacer que se rebaje el mismo que la da, yendo á la casa del pobre, poniéndose á su lado, sentándose junto á su lecho, lavándole, aseándole, llamándole hermano, hablándole con cariño, oyendo con paciencia sus cuitas, encargándose de sus negocios, de proporcionarle trabajo, obren dándole consejos *prácticos* que á él no se le ocurrian.

¿Quién ha dicho que esta limosna rebaja, cuando, por el contrario, consiste en principiar por humillarse y rebajarse el que la da? Jesus, el fundador de *nuestra escuela práctica*, enseña antes con el ejemplo que con la palabra (*coepit facere et docere*), y al concluir su enseñanza en la última noche de su vida mortal, sepone á sí mismo á los piés de sus discípulos, y se humilla, y se abate, y se rebaja á lavarles los piés; y un discípulo, el mayor entre ellos, le dice:—«¡Señor, tú me has de lavar los piés!» Y le amenaza, si no se los deja lavar, y les manda que lo hagan ellos asimismo por ejemplo (*Exemplum dedi vobis*). ¿Quién queda aquí rebajado, el que da ó el que recibe? ¿Quién es el humillado? ¿el pobre ó el rico? ¿el maestro ó el discípulo?

¡Ah, qué extraño es que quien no cree diga desatinos, cuando se mete á hablar de lo que no entiende, de lo que no siente, de lo que en la dureza de sus entrañas no puede sentir, cuando ménos comprender!

La limosna católica, la limosna de la caridad, la limosna *española* se ha dado siempre de igual á igual, á veces de abajo arriba, nunca de arriba abajo. La limosna de arriba abajo es la filantropía. Pues qué, cuando la Reina de España el día de Juéves Santo se arrodilla á los piés de doce pobres y se los lava, ¿no se

pone por debajo de doce pobres, súbditos suyos? Y cuando los pone luego á su mesa y les reparte la comida por su mano, ¿acaso no se constituye en criado de ellos? Y cuando al encontrar en la calle al Señor Sacramentado, llevado por el pobre teniente de una parroquia, se apea de su coche, y se arrodilla en el polvo ó en el lodo, y cede su coche al sacerdote, y tomando un farol acompaña al Viático, yendo al estribo del carruaje, y sube á la bohardilla, y se postra en el suelo, y consuela al moribundo, y le deja debajo de la almohada la cantidad que lleva, si es indigente, y envia un médico de palacio que le asista, ¿humilla al pobre ó se humilla á sí misma?

Hé aquí la limosna española, la limosna de abajo arriba, dada por el jefe del Estado, á pesar de su alta superioridad.

Y cuando un grande de España tiene que estrenar una carretela y avisa á la parroquia para que se use de antemano para llevar el Viático á un pobre, segun piadosa costumbre de muchas casas nobles de Madrid, ¿se rebaja en ello al pobre?

Y cuando los títulos, señores y personas acaudaladas que pertenecen á la santa y piadosa hermandad del Refugio, tan popular, tan querida en Madrid, van á llevar el socorro á los moribundos y á las parturientas, ó caminan á pié junto á la camilla de un enfermo, y van con él hasta el hospital, cuidando de que el paciente sea conducido con decoro y comodidad, ¿rebajan al pobre á quien acompañan?

¿Cómo se dá la limosna en España, cómo la daban nuestros padres y cómo la dan los hombres de bien?

El pobre español, á quien los extranjeros pintan escuálido y famélico pero orgulloso y altanero, pidiendo limosna con una escopeta y un rosario, como lo pintó el francés Lesaje en su plagiado Gil Blas de Santillana, cuando es verdadero pobre y verdadero español, y conoce que pide limosna á un *español*, verdadero *español*, no á un afrancesado, le dice siempre:

—Hermano, ¿me dá Vd. una limosna por amor de Dios? Si el interpelado dá limosna, el pobre la toma y aun la lleva á sus labios, como un favor que Dios le envia, y dice agradecido:—Dios se lo premie á Vd.: Dios le dé á Vd. lo que desea: Dios le libre á Vd. de todo mal.

Si no puede socorrerle en aquel momento, *costumbre es de España et dura todavia et debe durar* (1), que el interpelado diga modestamente:— ¡Perdone Vd. por Dios, hermano!

Es decir, que el que no dá pide perdon por no cumplir el consejo y á veces precepto del Evangelio, y lejos de humillar al pobre, por el contrario, se pone al par de él y le dá el título de hermano en muestra de santa y evangélica fraternidad.

El pobre entonces se consuela con estas palabras con que se despide de él:— ¡Otra vez será! reconociendo con ellas que no es la voluntad la que falta al que no le dió, sino quizá la posibilidad, por falta de medios, por no llevar dinero, quizá por haberlo dado á otros, que antes le han pedido.

He aquí la fórmula de la limosna cristiana, de la limosna española. ¡Qué ejemplos tan hermosos de ella se podrian presentar sacados de nuestra historia!

—Pero estas son antiguallas. La civilizacion moderna mira esas cuestiones de otro modo.

—Ya lo sé: la civilizacion moderna está mas por recibir que por dar. La civilizacion moderna en España consiste en dejar de ser españoles para ser *gabachos*; y cuenta que yo no llamo *gabacho* al francés. El francés es francés: el *gabucho* es el *español-francés* ó afrancesado, mono nacido en España y aclimatado en Francia, anfibio estrafalario que ni es español ni francés. ¡Y si al fin remedaran lo mucho bueno que hay en Francia! Para mí el francés católico es sumamente simpático y por mil títulos aceptable. hallo en él grandes atractivos, al paso que no he hallado cosa mas petulante, fastidiosa y antipática, que un francés sin religion.

Haciendo aplicacion al caso presente y de lo dicho aquí en general acerca de la limosna, concretándolo al caso especial de la sopa de los conventos, que, segun dicen, tambien rebaja al hombre; poco será lo que tendré ya que añadir.

Si la limosna está mandada por el mismo Dios, si la limosna

(1) Palabras con que principian una célebre ley del Fuero Real y otra de las Partidas.

caritativa no solamente no rebaja al que la recibe, sino que es un acto meritorio en el que la dá y en el que la recibe, la sopa de los conventos, que no es sino una forma particular de limosna, tampoco rebajará á nadie. Es el socorro del humilde al humilde: el humilde no humilla, y al que está ya humillado no se le humilla con un acto de humildad.

Si el soberbio, si el orgulloso, si el impío se consideran humillados por la sopa del convento, que no vayan: ¿quién les obliga á ir? Si es altanero y tiene hambre puede elegir entre dos extremos, ó bien reventar de hambre y quedarse con su orgullo, ó satisfacer el hambre aceptando la caridad cristiana que es humilde y se complace en la humildad. Hay otro extremo que es el del pobre moderno, el pobre impío de que ya vamos teniendo cosecha en España. Este no espera á que le dén, sino que se lo toma, pide con desvergüenza y amenazas, y al volver la espalda el que le dió, quizá por temor, le mira de reojo y dice entre dientes:— El día que estalle la *gorda*, ni me contentarás con esto, ni esperaré á que tú me dés.

Este es el pobre moderno, criado á los pechos de la economía moderna; el pobre á quien humilla la limosna, el pobre que no se rebajará á tomar la sopa de un convento. Este pobre está destinado por la Providencia á morder á *la economía de tripa llena*, que le quiere amamantar á sus pechos. Se le conoce con el nombre de comunista y socialista. Escribe economía con *estilos romanos* y *puñalitos triangulares*, de los que reparten las sociedades secretas. La tinta que usan estas plumitas [suele ser la roja. Hay poblaciones en España en donde antes de estallar una jarana se ven bandadas de estos *pobres que no se rebajan*, los cuales, con un saco al hombro, rodeados de su mujer y sus hijos, están, con otros tantos costales, esperando como buitres que principie el motin para lanzarse sobre las casas de los ricos, como el día 17 de Julio de 1834 se lanzaban las harpías de Madrid sobre los religiosos y sus conventos, y no pasaban al robo sino despues de profanar hasta los cadáveres de los mismos, que... quizá les habian dado de comer, sin que ellos y ellas se dieran entonces por humillados. El mismo día 22 de Junio, en las primeras horas de la mañana, se vió á estas harpías rematar á palos y pedradas

á los oficiales y soldados heridos por los sublevados, y escitar á estos á la matanza y al pillaje.

¿Quereis saber quiénes son *los del saco*? Preguntad á los comerciantes y fabricantes de los pueblos principales de Cataluña. Yo solo os diré que son pobres de los que no se humilan á pedir limosna, sino que prefieren tomarla.

Ahora, señores frailifobos, economistas de tripa llena, y ademas *caballeros de la Tenaza*, contemplad vuestra obra.

Esos socialistas, ó sean economistas de tripa vacía, que desean llenarla á costa vuestra, esos son vuestra obra, vuestros hijos predilectos, los pobres que no se rebajan á comer la sopa de los conventos, los que llamais con el fastuoso y falso nombre de *hijos del pueblo*, los que vosotros quereis adormecer con palabras, á los que creéis poder contentar con palabras bonitas, con discursos de relumbron; como si con las palabras se comiera, como si las palabras mataran el hambre.

Vosotros los habeis metido en vuestro seno sin considerar que esos pobres soberbios é impíos, que tienen todos los vicios de los pobres y de los ricos, y aun más repugnantes, no son el pueblo, sino la hez de la sociedad. Pensásteis adormecerlos con palabras cabalísticas como los encantadores á las serpientes. Si no hubieran de morder sino á vosotros, os diríamos aquello de la Escritura:—*¿Quién no se reirá del encantador á quien mordiere la serpiente?*

Augusto La Serre, en su precioso libro titulado *Los sofistas y las culebras*, tiene una preciosa observacion sobre esto. Dice «que Luis Felipe tenia aficion á cebar estas culebras, y encantar á otras con la música celestial que les tocaban los economistas franceses; especie de organillos que él pagaba con este objeto; pero que llegó un dia en que unas y otras culebras le picaron.»

CAPITULO VI.

LA HOLGAZANERÍA DE LOS FRAILES Y AUMENTO DE ELLA POR LA SOPA. RECUERDOS JUVENILES.

A cada momento estoy oyendo decir y aun leyendo las frases siguientes:

«Los frailes eran unos holgazanes.»

«No sólo eran holgazanes, sino que fomentaban la holgazanería, y contribuía á ello la sopa de un modo muy especial.»

«Los pueblos donde habia muchos conventos estaban plagados de holgazanes.»

Antes de pasar á examinar lo que haya de cierto ó de falso en estas tres proposiciones, no puedo resistir al deseo de narrar un recuerdo de mi juventud. Quizá es una impertinencia, lo conozco: tentado estoy por rasgarlo despues de escrito. Pero en fin, seré breve.

Quiero referir la impresion que me hizo esta acusacion de holgazanería la primera vez que la oí lanzar contra los frailes.

Era una noche de Setiembre de 1835, cuando en pobre vehiculo viajaba de Aragon á la Universidad de Alcalá de Henares: el estado de los caminos era inseguro, y las facciones, que cruzaban á veces aquella carretera, salteaban las diligencias y quizás perdonaban á los carruages más modestos. Frente al parador donde posábamos los escasos y humildes viajeros, se levantaba un monasterio suntuoso de los más célebres y antiguos que la órden cisterciense tuvo en España.

Su severa fachada, semejante á los cíclopes de la fábula, solo

tiene un ojo en la frente: es (porque todavía existe convertida en humilde parroquia), un gran roseton, al que de noche servia como de pupila una lámpara que alumbraba al Santísimo. El viajero la veía de lejos y le servia de faro, mientras que ya más próximo, oía la pausada salmodia que á media noche levantaba al cielo la plegaria del monge en medio de aquel desierto, apenas interrumpido por el murmullo de las aguas, escasas y lentas del Jalon, y el susurro del aire entre los álamos y cipreses que rodean el monasterio.

Allí el viajero halló gratuito hospedaje, hasta que el mayor movimiento de nuestro siglo hizo abrir en 1826, aquella tan útil carretera de Madrid á Zaragoza. Aquellos monges, siguiendo el espíritu de la época, construyeron junto á esta carretera un magnífico parador bien distinto de las ventas que pintó Cervantes.

Tres jóvenes que viajábamos en la galera, y deseábamos ver el monasterio, salimos de la venta y fuimos á visitarlo. Un anciano monge, que hacia de párroco, nos recibió con gran amabilidad, en compañía de otro ex-monge joven, que tenia á su cargo la botica. A la luz de dos faroles vimos los sepulcros de San Sacerdote y de nuestro primer historiador y cronista el inolvidable D. Rodrigo Gimenez de Rada: aun logramos ver el soberbio cuadro del martirio de San Estéban y otros de primer orden, tanto en la iglesia como en la sacristía.

Los dos monges nos acompañaron á nuestro regreso hasta el parador: el anciano hablaba correctamente el francés con uno de los viajeros que habia estado en Francia muchos años, y al describirnos la biblioteca, que constaba de 44,000 volúmenes, nos acreditó que la tenia bien conocida.

Durante la cena giró la conversacion sobre lo que habíamos visto, y con juvenil franqueza, con la intimidad que produce un viaje pesado é incómodo, hablábamos de la cariñosa acogida que nos habian hecho aquellos dos pobres y solitarios monges, cipreses humanos de aquel cementerio.

Un hombre que habia allí cerca viéndonos cenar, nos interrumpió bruscamente diciéndonos:—¿Qué están Vds. hablando ahí? Esos monges, como todos los frailes, son un par de holgazanes.

Era la primera vez de mi vida que oía esta frase , hoy tan oída y tan manoseada.

Los tres nos miramos en silencio. El haber abogado por un párroco y un farmacéutico acusados de holgazanería , pudiera habernos comprometido. Los silogismos en *bárbara* estaban entonces á la orden del día. Aun humeaban en Zaragoza , Barcelona, Valencia y otros pueblos las ruinas de los conventos robados, y quemados en gran parte para encubrir el robo ; y el hermano del general O'Donnell acababa de ser arrojado vivo á una hoguera en Barcelona , por los enemigos de Torquemada.

—¿Dónde está la biblioteca de Huerta?

Preguntádselo á los comerciantes de los pueblos inmediatos, que con ellos han envuelto especias.

—¿Dónde están los ricos cuadros?

El deshecho de ellos buscadlo en el Instituto de Soria.

—¿Dónde están los sepulcros de los ascendientes de Medina-celi, y las bellezas del monasterio?

Se quemaron en un incendio *casual*.

Me preguntarán Vds., y con razon, ¿pero y á qué viene todo esto?

Voy á concluir evocando otro recuerdo.

Por el mes de Marzo de 1867, al pasar el tren del ferrocarril á pocas leguas de aquel sitio, un hombre perseguido por numerosos acreedores y encausado en el juzgado de primera instancia, se tendió voluntariamente sobre los *railes*, (no quiero llamarlos *rails*, por la misma razon que no digo los *fusils*), á fin de que le partiese la locomotora, á la cual no pudo detener á tiempo el maquinista.

Era el primer hombre á quien oí decir en mi juventud, por primera vez, que *todos los frailes eran holgazanes*.

—Pero, ¿y qué tenemos con eso? ¿acaso todos los que dicen lo mismo se han suicidado? ¿Acaso aquel infeliz se suicidó por eso?

—Es cierto que no; pero tambien es cierto que despues he podido observar que aquel suicida era un santo con respecto á otros muchos á quienes he oido asegurar que todos los frailes eran holgazanes.

Como luego tiene que venir un capítulo acerca de la gran laboriosidad de muchos de los que hoy tienen coche á costa de lo que fué de los conventos, y las grandes mortificaciones y austeridades que en el Teatro Real y Recoletos, en París y en Biarritz, en los casinos y otros parajes análogos practican ellos y sus familias, entonces volveremos á este punto.

Entremos ya en materia.

§. VII.

LA SOPA DE LOS CONVENTOS FOMENTABA LA HOLGAZANERÍA.—LOS PUEBLOS DONDE HABIA FRAILES ESTABAN PLAGADOS DE HOLGAZANES.

Consecuencias.—Luego donde no habia conventos no habia holgazanes.

Luego donde quiera que habia holgazanes habia conventos.

Luego así que se acabó con los conventos se acabó con la holgazanería en España.

Estas son tres aserciones que debian desprenderse de esa premisa si fuese cierta y esclusiva. Si habia holgazanes en donde no habia conventos, no eran los conventos la causa necesaria de los holgazanes. Eran muchos los pueblos donde no habia convento alguno, y con todo, en ningun pueblo faltaban ni faltaban holgazanes.

Habia holgazanes de coche que no iban á la sopa, y esta holgazanería, la más cara de todas, no era fomentada por los conventos.

Los pueblos fabriles más laboriosos, las provincias más industriales (entre ellas Cataluña, reputada siempre como el país más trabajador de España) abundaban en conventos.

Desde que se suprimieron los conventos se han multiplicado en España los holgazanes, y la holgazanería, y los centros de holgazanería, que son los cafés, teatros, tabernas, casinos y aun las peluquerías. Cuéntense las tabernas que habia entonces y las

que hay ahora; las botillerías de entonces y los cafés de ahora.

Cuéntense las plazas de toros que había entonces y las que hay ahora, y cada plaza de toros es un foco de holgazanería, ferocidad, inmoralidad y desprestigio de la autoridad.

Vamos aquí á presentar varias observaciones económicas acerca de la holgazanería antigua y moderna en España, clasificando á esta en dos grupos distintos, á saber: 1.º holgazanería de levita y la consiguiente plaga de los mendigos de levita; 2.º holgazanería de chaqueta y mendicidad forzosa: pauperismo que trabaja y pauperismo hijo de la holgazanería.

Hecha esta clasificacion precisa é indispensable y analizados sus elementos integrantes, voy á demostrar que la sopa de los conventos no solamente no era fomento de holgazanería, sino que antes ha crecido esta y se ha desarrollado desde la supresion de los conventos.

Por las consecuencias aducidas al principio queda demostrada la falsedad de la proposicion que dice donde había conventos había holgazanes.

1.º Porque había pueblos donde no había conventos y había muchos holgazanes: en España habría apenas 500 pueblos donde hubiese conventos y estaban estos en la proporcion de uno á diez ó quizá más; luego en la inmensa mayoría de los pueblos los conventos no influían en que allí hubiese holgazanes.

2.º Había pueblos pequeños y territorios desiertos en donde daban trabajo los monges que habían fundado y colonizado en ellos; luego allí no solamente no favorecían la holgazanería, sino que por el contrario sostenían el trabajo.

3.º Los monasterios de cistercienses fueron en general tantos orígenes de colonias como fueron sus monasterios, segun puede demostrarse luego con documentos fehacientes é irrecusables.

4.º Hoy día los Trapenses, ramificacion de aquel célebre instituto, son quizás los primeros y mejores colonizadores: su laboriosidad no ha sido puesta en duda, sus ventajas tampoco, y las noticias estadísticas, que daré luego acerca de ellos y sus colonias, sorprenderán no poco á los frailífobos y caballeros de la Tenaza.

Pero antes de entrar en estas pruebas históricas y estadísticas antiguas y modernas conviene deslindar la tercera consecuencia dilucidada antes, á fin de no dejar enemigos á la espalda.

5.º Si los frailes hubieran tenido la culpa de la holgazaneria habitual de nuestro país, concluidos los frailes hubieran concluido los holgazanes y la holgazaneria. *Sublata causa tollitur effectus*. Quitada la causa se quita el efecto. Es así que quitados los frailes y la consabida sopa, la holgazaneria no se ha disminuído y antes en varios conceptos ha hecho grandes y rápidos progresos. Luego la sopa no era la causa de la holgazaneria.

Para demostrar esto, vamos á considerar las dos grandes ramas de la holgazaneria en España: la holgazaneria aristocrática y la holgazaneria democrática; aquella representada por los mendigos de levita y guante, y esta por los mendigos de chaqueta y harapos.

Destinarémos á cada una de estas secciones su correspondiente párrafo, pues no es justo mezclar á los mendigos de levita con los de chaqueta... porque seria rebajar á estos con aquella compañía.

§ VIII.

MENDIGOS DE LEVITA: CÁLCULOS SOBRE EL PROGRESO DE ESTA GRAN RAMA DE LA HOLGAZANERIA.—CONTRAPOSICION DE LA SOPA BOBA CON LA SOPA DE LOS CONVENTOS.

Distingamos ante todo, pues el distinguir es analizar y el analizar dá mucha claridad. No es lo mismo holgazan de levita que mendigo de levita. No es mendigo de levita el que pide limosna por las calles con una prenda de ropa que le dió la caridad, y que es ó fué levita.

Es holgazan de levita todo aquel que, pudiendo trabajar en bien propio y del país, come sin trabajar, pasa la vida fumando, cazando, charlando de política, jugando y frecuentando garitos.

Decimos de este holgazan de levita lo que del mendigo que lleva levita, que por llevar levita raida no deja de ser mendigo de chaqueta; así como este holgazan, aunque gasta chaqueta, hay que computarlo entre los holgazanes de levita. La oligarquía lugareña, ó sea los *caciques de lugar*, como se dice comunmente, suelen en muchas provincias de España vestir de chaqueta, mas no por eso dejarán de computarse sus individuos entre los holgazanes de levita, y de los más formidables por la tiranía y despotismo que suelen ejercer sobre los pobres y sobre pueblos enteros.

Hay señores de levita que trabajan mucho: creer que solo se trabaja con una azada ó un martillo es una vulgaridad.

Por lo que hace á los mendigos de levita, sus variedades son tantas, que no es fácil computarlas. Pertenecen á esta clase aun muchos de los que no creerán pertenecer á ella. Por ejemplo, todos los que sacan pensiones del gobierno para hacer por cuenta del Estado viajes que deberian hacer por su cuenta para comisiones fantásticas é imaginarias, los que van á tomar baños de mar por cuenta del Estado, á pretexto de ver si las piedras de un muelle son blancas ó verdes; los que escriben por cuenta del presupuesto artículos en obsequio y elogio del gobierno que paga; los que asedian continuamente á los ministros para sacar destinos, de los cuales cobran el barato, y otros muchos á este tenor, que seria largo y comprometido el expresar, todos pertenecen á la gran falange de los mendigos de levita.

Son los más funestos y perjudiciales entre ellos los que, dejando su industria, comercio ó grangería se meten á pretendientes, gerundios modernos, que si no dejan los estudios para meterse á predicadores dejan el trabajo para hacerse empleados. Aun más perjudicial que esta raza es la de los empleados llamados comunmente *sietemesinos*, ó sea *bebés de oficina*, nombres con que designan generalmente los empleados antiguos á esos niños mimados de la fortuna, que sacan destinitos de 12.000 rs. apenas han llegado á la tierna edad de doce años; algunos de los cuales no estudian porque tienen oficina, ni van á la oficina porque tienen que estudiar. Todos estos, que no deben ser confundidos con los empleados probos, laboriosos y de escala, ni

con los buenos servidores del Estado, á los cuales, por el contrario, afrentan y rebajan, pertenecen á los *mendigos de levita*.

Vamos, pues, á estudiar una de estas plagas que más han cundido desde la supresion de la decantada sopa.

Para cada destino hay cinco hombres en España. El escritor de costumbres, mi amigo D. Ramon Mesonero y Romanos, conocido por el seudónimo del *Curioso parlante*, notaba esto con mucha oportunidad en sus *Escenas matritenses*.

Estos cinco individuos son: 1.º, el empleado en activo servicio; 2.º, el pretendiente; 3.º, el meritorio ó aspirante; 4.º, el cesante; 5.º, el jubilado. De todos estos el primero trabaja cuando trabaja, y si trabaja, pues el leer los periódicos, fumar, disputar de política, hablar de mujeres y murmurar de los jefes no es trabajar. Hay seguramente empleados probos y laboriosos, principalmente entre los de poco sueldo. El sueldo hoy dia está en proporcion inversa del trabajo: cuanto ménos se trabaja más sueldo se tiene. Destinados los grandes sueldos para premios políticos de notabilidades políticas, los que obtienen estos destinos políticos que ganaron hablando los desempeñan hablando, pues la política moderna más que *parlamentaria* es *charlamentaria*. Hay excepciones honrosas, es verdad, pero la excepcion no es regla, por el contrario, afianza la regla. *Exceptio firmat regulam*.

Si esta es la condicion de muchos de los empleados en activo servicio, ¿cuál es la de los otros cuatro? ninguno de ellos trabaja: ninguno de ellos aspira á trabajar: á lo que aspira es á cobrar: el trabajo en este concepto es un medio, no un fin.

El meritorio—yo trabajaria.

El pretendiente—yo trabajaré.

El cesante—yo trabajaba.

El jubilado—yo trabajé.

El empleado en activo servicio—yo cobro.

¿Quereis saber lo que han aumentado la burocracia y la empleomanía en España desde que no hay conventos ni por consiguiente apénas existe la decantada sopa de los conventos? Mirad la *Guia de forasteros*. Pedid en una biblioteca la *Guia de forasteros* de 1830 y pedid la de 1867, y comparadlas. La *Guia*

actual es diez veces más que la *Guía* de entonces. Los empleos se han quintuplicado y en proporción se han quintuplicado también los pretendientes y jubilados, que por regla general no hacen nada. Este solo renglón nos da diez veces más holgazanes de levita que los que había en tiempo de los frailes.

Pero resta otro capítulo mayor y más grave para el aumento de la holgazanería de levita, que es el de los cesantes. Cada partido político tiene su baraja de empleados, que sube y baja con aquel partido. Comparaba un escritor festivo este juego de los partidos, al juego de los toros; y decía con mucha gracia:—*Cada espada entra con su cuadrilla.*

El partido absolutista está *jubilado*.

El partido moderado histórico es el que ahora está *en activo servicio*.

El partido de la Unión liberal, con todas sus disidencias, está deseando trabajar, en bien de la patria por supuesto, ó lo que es lo mismo está *de pretendiente*.

El partido progresista se retrajo de trabajar para trabajar antes y más. Los retraimientos políticos son como los saltos de los gorbos, los cuales se doblegan hácia atrás para saltar más hácia adelante: el retraimiento probó mal, y el partido está *cesante*.

El partido demócrata principió á organizar la cuadrilla, y la noche que en la calle de T..... se reunieron los jefes á repartirse los destinos gordos, para cuando cayese la breva, hubo toros y cañas, y por poco andan los espadas á capazos, y se pasan de muleta unos á otros. Este partido aun no ha logrado *actuar*. Está á la expectativa, como si dijéramos de *meritorio*, ó aprendiz de empleo.

Cinco por cinco veinticinco: cuenta redonda.

Cada destino produce aproximadamente en España, segun este cálculo, veinticinco empleados. Rebájense de aquí la mitad y el pico y quedan doce. Quitense todavía dos mas para evitar exageraciones, y quedan diez.

Pues ahora bien; pregunten Vds. á los aspirantes, cesantes aspirantes y jubilados ¿si es la sopa de los conventos la causa de la holgazanería en que vegetan?

Dejemos ya á un lado la plaga social de los holgazanes de levita, que no iban ni irian á la sopa de los conventos, pero que están á la *sopa boba*. Esta es una materia que apenas se ha principiado á tocar, y que dejamos casi intacta, por razones de delicadeza que no se ocultarán á nuestros lectores. Nada se ha dicho de los antiguos mayorazgos, que no tenian fama de laboriosos, y con todo, no iban á la sopa: nada de los que eran algo más que mayorazgos, y que se morian y aun mueren sin saber en toda su vida lo que es trabajar. Nada se ha dicho de los que hoy dia pasan su vida en los easinos, fundados en casi todos los pueblos de España, y que son otros tantos focos de holgazanería, hasta el punto de que ya en varias provincias las autoridades civiles hayan tenido que tomar y estén tomando medidas enérgicas para su disminucion, por ser focos de holgazanería, politico-manía, charlatanismo y tafurería más ó ménos encubierta. Es verdad que no todos los casinos adolecen de estos vicios, ni todos los que concurren á ellos son holgazanes, y á veces son reuniones inocentes é inofensivas de personas de buen tono, que despues de trabajar durante el dia buscan en estas reuniones un rato de solaz entre los amigos. Pero no es así en todas partes, ni son de esta especie todos los concurrentes, y las quejas de mujeres honradas, de las autoridades y de las personas laboriosas en general han hecho mirar ya como focos de holgazanería estas reuniones desconocidas de vuestros abuelos, y de cuyos vicios no tiene culpa la sopa de los conventos.

Es bien seguro que ninguno de ellos la ha probado, y en tal caso, si esta les ha inoculado la holgazanería en que vejetan la mayor parte de ellos, debe tener aquella la portentosa eficacia de la célebre *purga de Benito*, que le hacia efecto desde la botica y sin tomarla.

Recuerdo en este momento un suceso que se refiere en el año Teresiano. Sabido es que Santa Teresa ni fué holgazana ni quiso la holgazanería, ni la consintió á sus hijos ni á sus hijas. Ella hilaba y trabajaba, y hacia trabajar á sus monjas para ganar su sustento. Los frailes descalzos, además de la oracion, tenian trabajo manual. Al revés que otros mendicantes, llevaban y llevan una contabilidad muy rígida y exacta.

Tratóse á principios del siglo XVII de fundar un convento en Valencia; y con arreglo á las disposiciones municipales, era preciso discutir aquel asunto públicamente. Habia oposicion contra la creacion de aquel nuevo convento, aunque debia ser de pocos frailes, pues no le gustaban á Santa Teresa las grandes aglomeraciones, siempre difíciles de manejar. Entre las razones que se alegaban en contra, era una de ellas que aquellos frailes nuevos nada harian, y se disminuirian las limosnas para otros pobres. Presentóse entonces en medio de la reunion uno á quien nadie conocia, y encarándose con los más opuestos á la nueva fundacion, les dijo:—¿Cuántos holgazanes hay en Valencia?

Nadie se atrevió á responder. El desconocido continuó:—Teneis en Valencia más de 500 holgazanes, que ni se acuerdan de Dios ni de trabajar, y echais en cara á doce pobres frailes que van á trabajar en su santificacion y en la vuestra, el que son holgazanes. Todos callaron, y el convento se fundó.

Resulta, pues, que desde la supresion de los conventos, y por consiguiente de su calumniada sopa, no solamente no ha disminuido en España la holgazaneria, sino que por el contrario se ha aumentado, ha tomado mayores proporciones, y se ha hecho de peor calidad, pues existen hoy más holgazanes que antes y de más cara y peor holgazaneria.

Luego en buena lógica la sopa de los conventos no era la única y exclusiva causa, ni ménos la principal, de la holgazaneria en España, puesto que con la extincion de los conventos y la disminucion de la sopa no solo no se ha extinguido la holgazaneria, sino que ha ido en aumento y ha empeorado en su calidad.

Dejemos, pues, casi intacto el capítulo de la holgazaneria de levita, y vamos al otro capítulo de la holgazaneria de chaqueta y de harapos.

§. IX.

OBSERVACIONES SOBRE LA HOLGAZANERIA DE CHAQUETA: PAUPERISMO EN ESPAÑA: POBRES LABORIOSOS: POBRES HIJOS DE LA HOLGAZANERIA.

¿Todos los pobres que son verdaderos pobres, son mendigos?

Todos los pobres y todos los mendigos, pueden trabajar?

Hé aquí dos preguntas á las cuales hay que responder previamente para proceder con claridad en este importante capítulo.

Hay indigentes, hay pobres y hay mendigos.

La indigencia acosa á muchos que no pasan por pobres, y á veces aun á los ricos.

Hay pobres laboriosísimos y que trabajan extraordinariamente sin que el producto de su trabajo alcance á cubrir sus más urgentes necesidades. Un jornalero que gana dos pesetas y tiene mujer y seis hijos, es pobre, pobrísimo, cien veces más pobre que el mendigo. Con ocho reales tienen que mantenerse ocho personas: tocan á real cada una. Con ocho cuartos se ha de mantener una persona, desayunarse, comer y cenar, pagar habitación, ropa y calzado. Hay un día en la semana en que no puede ni debe trabajar: el trabajador no es de hierro, y las máquinas mismas de acero se gastan.

¿Cómo atiende la mujer de un jornalero con dos pesetas á todo lo que hay que atender? ¿Pero tiene acaso seguras esas dos pesetas? ¿Pero tiene segura su salud, la de sus hijos y la suya propia? ¿Y cuando falta trabajo, como está sucediendo ahora en todas las provincias de España y fuera de España? ¿Y cuando enferma el jornalero, y no solamente no gana, sino que hay que gastar en medicinas lo que no se tiene? ¿Y cuando se halla de parto ó tiene que lactar á su hijo?

Este cuadro es horrible, es desgarrador. Es preciso verlo para comprenderlo:

Se dice—¡los pobres no ahorran, los trabajadores no tienen prevision, no piensan en mañana!

¡Oh! esto se dice fácilmente; pero seria bueno reducir á esos

economistas teóricos, siquiera por un mes, á esa situacion, con sus mujeres y sus hijos, para que viesen lo que era bueno, y ejecutasen los primores de sus teorías.

Respetemos á esos mártires del trabajo ya que no podamos aliviarlos. Respetemos su silencio, su resignacion, su religiosidad, su probidad, sus lágrimas, sus harapos, y respecto á estos besemos los girones de su blusa como el hábito de un misionero. Ya que no podamos aliviarlos, siquiera respetémoslos. Yo me honro con estrechar su callosa mano, más que en tocar las de un excelentísimo holgazan.

¡Ay de los malvados que explotan estas clases desvalidas para hacerlas aún más desvalidas; que sustituyen su religion con máximas impías, que abrea sus ojos para hacerles ver que están desnudos, sin ofrecerles ropa con que cubrir su desnudez, que vierten su baba ponzoñosa en las úlceras de su corazon en vez de proporcionarles el bálsamo de los consuelos religiosos, que emponzoñan su conciencia en vez de curarla, que las empujan á la taberna, á la políticomania, al garito, á la lógia y de allí á una barricada, para que muera en ella el desdichado desesperado, rabioso como un perro, y dejando perdida á una viuda con seis hijos huérfanos: dos para el presidio, dos para la prostitucion, dos para el Hospicio.

No es que yo haga un cuadro de imaginacion: nada invento: estoy pintando, y al pié de este cuadro podia poner los nombres de los retratados.

¡Será extraño que la mujer de ese jornalero, que esa viuda desamparada, que esos huérfanos vayan á la puerta de un convento á pedir un poco de sopa..... si hallan quien se la dé? Pues bien, preguntad á los Padres de la Escuela Pia, á las hermanas de la Caridad, en Madrid y fuera de Madrid, las lúgubres historias de las infelices que hoy acuden á sus puertas.

En este horrible y crudo invierno que estamos pasando, y cuando se escriben estas líneas, el hambre aflige á España; en Portugal hay que contener á balazos á los pobres campesinos que quieren arrancar de manos de la tropa el maiz que se lleva á Oporto; en los Estados-Unidos hay tres millones de ombres que no encuentran donde trabajar y se aprestan al fe-

nianismo, al filibusterismo, y se venden por un pedazo de pan. Nuestra guarnicion de Melilla tiene que dar rancho algunos dias á los moros famélicos que se agolpan debajo de la estacada á morir de hambre y buscan como los perros las migajas que caen por el suelo.

Estos hombres no son holgazanes, son trabajadores que perecen de hambre de esa enfermedad horrible llamada el *tifus del hambre*. ¿Brindadles con la sopa de un convento? Llamadlos holgazanes si la comen?

Dirán á esto los caballeros de la Tenaza con su acostumbrado aplomo, hijo de una buena digestion, que siente verse interrumpida con estemporáneos clamores.—Pero vosotros todo lo quereis remediar con la sopa de los conventos. A todo sacais á lucir vuestros conventos. ¿Acaso habria hoy ménos hambre porque en la puerta de seis ó diez conventos se diera de comer á cien mendigos? Vosotros todo lo quereis remediar con la caridad. La accion de la caridad es insuficiente. El Gobierno tiene sus deberes de beneficencia, y los cumple y debe cumplirlos.

Dejemos para más adelante lo relativo á la *sopa oficial* ó del Estado, que no es por cierto la *sopa boba*, sino la sopa de otros *conventos* dada por el Gobierno. Pero ¿de dónde sale ese argumento ridiculo de que nosotros, los partidarios de la caridad y del catolicismo, queramos remediarlo todo con la sopa, y no hallemos más remedio á los males públicos que la sopa de los conventos?

Es falso: ningun católico ha dicho ese desatino, y por consiguiente, el que ha formulado ese argumento que lo responda. Nosotros no debemos responder á desatinos que no hemos dicho. Nosotros dejamos á la Beneficencia expeditos sus derechos, la auxiliamos, y en algunos casos la reclamamos que cumpla sus *deberes*, pues deberes y obligaciones tiene; pero pedimos al mismo tiempo que se deje libre y expedita la accion de la caridad religiosa y de la caridad privada, y sobre todo que no se incurra en la brutalidad feroz é inhumana de insultar, de escarnecer esta accion santa y sublime de enjugar las lágrimas del que llora, de dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento, que Jesucristo puso entre las Bienaventuranzas.

Nosotros no decimos que la sopa de los conventos remediaba ni remediaria el hambre de todos los pobres y necesitados que no hallan donde trabajar. Para eso hubiera sido preciso que en cada pueblo hubiese existido un convento. Imposible. Lo que decimos es que no seais egoístas y feroces, y, porque teneis repleto vuestro estómago, vengais á burlaros de los que alimentaban ó siguen alimentando algunos pobres, haciendo obras de misericordia, que vosotros no haceis ¡egoístas! ¡¡tacaños!! ni sois capaces de hacer, ni aun de comprender, porque si tubiérais entrañas y os apiadárais de los pobres, no hariais la bajeza de burlaros del que da de comer al hambriento, ya que vosotros no le dais.

§. X.

OTRA MENDICIDAD DE CHAQUETA.—POBRES INVÁLIDOS.—LA SOPA DEL ESTADO.

No todos los pobres son válidos, esto es, aptos para el trabajo. Los pobres son válidos é inválidos: en esta segunda clase entran aquellos que no pueden trabajar ni sirven para alguna industria. En realidad este punto está á medio estudiar. Los ciegos, mancos, tullidos, cojos, ancianos, ó ya muy débiles, enfermos habituales, raquíuticos, etc. etc., son pobres inválidos, y han existido siempre como existen ahora y existirán, pues no se hallará el medio de que el hombre no se invalide. Muchos de ellos son inválidos del trabajo, en toda la extension de la palabra. Tambien la industria tiene sus campañas y sus inválidos: no los llamaré mártires porque no conviene abusar de las palabras altísimas y consagradas por la religion para usos determinados. Yo he oido llamar sacerdotes de la ley á los magistrados, sacerdotes de la humanidad ó de no sé qué á los médicos, y aun recuerdo haber oido llamar á los militares sacerdotes del orden público.

Yo creo que no hay mas sacerdocio que el sacerdocio, ni mas mártires que los de la religion católica. Si esos señores son sacerdotes serán, cuando mas, parecidos á los de *la ley antigua*.

La cuestion de los pobres inválidos digo que está á medio tratar.

En efecto, en diciendo pobre inválido, se cree que aquel pobre ya no puede trabajar, y que la sociedad tiene la obligacion de recogerlo y mantenerlo, aunque no haga cosa alguna. En tal concepto, pasa á ser pensionista del Estado, y su desgracia trasciende á este en dos conceptos, pues no trabaja ya ni produce en bien de la sociedad, y carga esta con la obligacion de mantenerle. En tal concepto se le envia á un asilo, á un hospicio ó un hospital, á que se muera como un caballo viejo en el rincon de una cuadra, ó se le abandona por las calles á merced de la caridad privada.

No pensaba así el venerable doctor fray Hernando de Talavera, confesor de doña Isabel la Católica, monje gerónimo y primer Arzobispo de Granada, hombre de gran virtud y talento, y, en mi juicio, superior á Cisneros, aunque de menos brillo.

Dejéronle los Reyes Católicos plenos poderes para gobernar á Granada en union con el conde de Tendilla, con quien vivió en completa armonía. El Arzobispo era muy caritativo y limosnero, pero tambien muy laborioso. Tenia prohibido que pidiera limosna ninguno que pudiera trabajar, y hacia que los facultativos reconociesen á los mendigos: si estaban enfermos los hacia acogerse al Hospital, y sino les obligaba á trabajar, so pena de ser los haraganes castigados y expulsados de Granada. Su biógrafo Alonso Fernandez de Madrid, testigo presencial de sus virtudes, consigna el pasaje siguiente muy á propósito de lo que se va diciendo: «Decia muchas veces (el Arzobispo Talavera) que le daba gran pena ver que los ciegos no podian trabajar, y que era forzoso dejarlos andar pidiendo por las puertas, cuya holganza aborrecia mucho. Tratando de esto, dijo un dia con tanto placer como si hubiera hallado un tesoro.—En verdad que estoy el mas contento del mundo, pues pensando esta noche en qué se pueden ocupar los ciegos para que no se anden de aquí para allí, me ha ocurrido que pueden muy bien soplar los fuelles

de los herreros, pues para esto no son menester ojos sino manos. Publicó luego un bando diciendo que cualquier ciego, sano de los demás miembros, que anduviese pidiendo por las calles, fuese llevado á casa de un herrero, calderero ú otro oficial que tuviese fragua donde trabajase, y el que no quisiese hacerlo, saliese de la ciudad so pena de ser castigado. Asi se cumplió y no se volvió á ver un ciego por las calles (1).»

Se ve, pues, que aquel fraile, mejor dicho, monge jerónimo, entendía algo de *economía*, y de la *práctica*, que es la mejor, pues la economía que habla del trabajo y no trabaja, y las economías que tienen por objeto sostener despilfarros propios y ahorrar ochavos en cosas de necesidad, utilidad y decoro, son más bien *econotuyas* que *economías*. En este caso sucede con la economía lo que con la justicia, y en España tenemos una frase muy gráfica para expresarlo:—*tirar la harina y ahorrar en el salvado*.

La mayor parte de los pobres que se reputan por inválidos, pudieran trabajar si se les diera en qué, pues los trabajos de voltear una rueda, sacar agua con una bomba y otros muchos por el estilo, pueden hacerse por ciegos, cojos ó mancos de un brazo.

Con toda la bulla, ni la economía ni la administracion moderna han llegado, ni tienen trazas de llegar en mucho tiempo, á donde llegó en esto Fr. Hernando Talavera, haciendo trabajar y producir á pobres reputados por inválidos, y que él hizo ver que eran válidos. ¿Quién duda que muchos de ellos pudieran ser utilizados? ¿Qué han hecho la ciencia moderna, la centralizacion, la desamortizacion, la economía política, la administracion civil, por los pobres ciegos de Madrid, ni de ningun

(1) No quiero omitir la cláusula siguiente que prueba cómo aquel monje fomentaba la holgazanería. «Tanto aborrecia la ociosidad, que á nadie podia ver holgar. Cuando venian moriscos á negociar con él, porque mientras esperaban audienciá estaban sentados en el suelo, como acostumbra, mandaba darles esparto para que hiciesen allí tomiza y no estuviesen ociosos, y si no que volviesen otro dia. A las mujeres daba ruecas y lino para que estuvieran ocupadas mientras esperasen, y lo que hilaban llevábaselo á sus casas, y para los clérigos tenia libros en la sala.»

otro punto de España? Señalarles un rincón en una calle ó á la puerta de un templo, donde puedan mendigar su alimento de la caridad privada.

¡Cosa rara! un mendigo italiano con buenos brazos y mejores piernas, con buena salud, pero con malas ganas de trabajar, se dedica á ser holgazán de por vida, ó bien cantando canciones equívocas ú obscenas, himnos á Garibaldi y vituperios á Pio IX; y ese hombre no es un holgazán. Con un mono montado sobre un perro entretiene por las calles á otros tan vagos y haraganes como él. Nadie puede asomarse al balcón sin hallarse con la fea catadura de una mona que rechina los dientes, ó dos granujas que tocan el arpa, ó mejor dicho, un armatoste con alambres que obliga á taparse los oídos (1), ó un *purgatorio de música* que llaman organillo. Y ese holgazán extranjero, y esos chicuelos vagamundos, no se rebajan, y á pesar de sus contorsiones y sombreradas y muecas no se humillan.

Segun los economistas modernos, esos holgazanes no son holgazanes, son *industriales que hacen música*. Reniego de esa industria que me hace sangre en las orejas.

Digo lo mismo de los pobres franceses que piden limosna con clarinete: hay que darles, siquiera por que callen. Pobres ciegos españoles que solo piden en España y con una guitarra, que apenas se oye ni molesta, y piden cuando no pueden absolutamente trabajar; y aun así ¡infelices! apenas hallan quien les dé sino otros casi tan pobres como ellos, ó personas de la clase media; mientras que al holgazán extranjero se le echa el dinero á puñados desde los balcones de los palacios, por los hijos de los magnates que entretienen su fastidio en ver la mona ó los grotescos saltos y contorsiones del rapaz extranjero.

¿Qué es lo que ha hecho la ciencia en obsequio de esos pobres españoles más ó ménos inválidos?

—Ensancha los hospicios, crear algún asilo que otro, y no pocas veces entorpecer la acción de la caridad.

¿Pero qué hace de ellos en el hospicio ó el asilo?

(1) Rossini suele decir que en materia de instrumentos, no conoce cosa peor que un arpa, y que solo halla peor dos arpas.

—Dejarlos que se aburran, que á la holgazanería privada se sustituya la holgazanería pensionada, y á la vagancia licenciosa que repugnaba al público, sustituya la reclusion forzosa. Antes tenia la sopa del convento, si se la daban, y ahora tiene la *sopa oficial*.

¿Qué cosa es la *sopa oficial*?

—El gobierno tiene para los mendigos de levita la *sopa boba* y para los mendigos de chaqueta, cuando son inválidos, y en otros casos, tiene la sopa que se dá en los *conventos civiles* llamados hospicios, asilos, casas de locos (1), ú orates, casas de maternidad y demás establecimientos de beneficencia.

Los acogidos en los hospicios y demás establecimientos de beneficencia, por lo común, no comen tan bien como los ministros, senadores y diputados. Del pavo trufado que se sirve en la mesa de estos, á la comida del hospiciano, reducida á las avichuelas con patatas, hay mucha diferencia; pero en cambio de la sopa del convento á la sopa del hospicio no hay ninguna. ¿A qué, pues, tanta burla y tanta chacota contra la sopa del convento, cuando vosotros no dais al hospiciano sino lo mismo que le daba el fraile? ¿Acaso vuestra sopa oficial es mejor que la sopa conventual? Y para disfrutar aquella, ¿no necesita el pobre principiar por despojarse de su libertad y reducirse á reclusion y un régimen severo?

Necesario es que existan vuestras sopas, tanto la *sopa boba* como la *sopa oficial*: sin ellas no cumpliría la burocracia con sus deberes; pero tened siquiera presente aquel refran español que dice: *El que tiene tejado de vidrio no debe apedrear el del vecino*.

Al hablar más adelante acerca de las hermanitas de los pobres, vereis lo que la Religion contrapone á vuestra beneficencia y cómo aquella organiza hoy dia la *sopa particular* en obsequio del pobre inválido, mejor que vuestra *sopa pública oficial*.

(1) No quiero usar la ridícula palabra *manicomios* que los médicos—que hablan en griego *para la mayor inteligencia*, como decia D. Hermógenes,—han pegado á nuestros economistas. Amante de la claridad, no quiero decir en *griego* ni en *gringo* lo que puedo decir claro en castellano.

§ XI.

POBRES VALIDOS.—DERECHO AL TRABAJO.—DESARROLLO DEL PAUPERISMO.—CAUSAS DE LA FALTA DE TRABAJO.

Son pobres validos aquellos que pueden producir y trabajar, ser útiles á sí mismos y al Estado. Si pudiendo trabajar no quieren trabajar, son holgazanes. Nuestras leyes de vagos antiguas y modernas tienen un inconveniente grave y es que llevan equivocado hasta el título. El derecho canónico no confunde al vago con el holgazan (1). Llama vago al que no tiene domicilio fijo, trabaje ó no trabaje, y holgazan al que no quiere trabajar aunque esté fijo y domiciliado en un punto. Un comisionista de una casa de comercio que vá de un punto á otro con el muestrario de una casa de comercio sin fijar su residencia en un punto, pues ni tiene familia ni le conviene tener casa que no ha de habitar, canónicamente es un vago, y si quiere casarse el ordinario formará expediente al tenor de lo que dice el Concilio de Trento para acreditar su soltería. Así que en Derecho canónico puede uno ser vago y con todo ser persona muy útil, laboriosa y honrada. Pero en Derecho civil, confundida por nuestras leyes la vagancia con la holgazaneria, la vagancia es afrentosa y criminal.

La ley declara obligatoria la instruccion primaria en España, pero no tiene valor para sacar sus consecuencias, ni para cumplir lo mandado en 1812, pues no se atreve á quitar los derechos electorales *activos* (no los pasivos) al que no sepa leer y escribir, consecuencia natural y lógica de aquella premisa. Pero en cambio el legislador no se ha atrevido, por miedo á las preocupaciones modernas, á declarar el trabajo obligatorio, ó lo que es lo mismo, el *deber del trabajo*, y deja preconizar el *derecho al trabajo*. Con todo el deber del trabajo es obligario por Derecho di-

(1) Cap. VII de la ses. XXIV de Reform. matrimonii.—*Vagi matrimonio caute conjungendi*. Aunque este capítulo dá mala idea de ellos no los condena por serlo. *Multi sunt qui vagantur et incertas habent sedes*.

vino, y lo era antes del pecado, pero con placer y gusto, y después del pecado á veces con dolor (1), al paso que el saber leer y escribir no es obligatorio por derecho divino, y en el resto de la instruccion primaria solo es necesaria por derecho divino y para el cristiano la parte de la doctrina cristiana necesaria para salvarse y precisa *necesitate mediü ad salutem*, como dicen los teólogos, pero esta no es tanto del maestro como del párroco.

El derecho al trabajo es una ridiculez, así como por el contrario, es un atentado contra el derecho á trabajar el sacar á un comerciante de su almacén, á un artesano de su taller, y á un abogado de su bufete para que, vestidos de colorines, se pasen horas enteras jugando á los soldados, en una edad á que ya los hombres no suelen jugar al toro y á los soldados, como jugaron cuando eran chicos. Sólo una necesidad imperiosa podrá obligar, en bien del estado, á limitar ó coartar este derecho, como todos los demás derechos legítimos que el hombre tiene.

Sentados, pues, los preliminares acerca del derecho del hombre á trabajar, y este correlativo, como siempre, al deber de trabajar, el pobre valido que pudiendo y debiendo trabajar falta á su deber; el que se inutiliza directa ó indirectamente para trabajar, falta á su deber; el que pudiendo trabajar en su pueblo se va á buscar trabajo á una capital donde no hay trabajo, falta á su deber; el que deja su oficio por otro más cómodo en que quiere se le dé un trabajo que no es posible darle, falta á su deber; el que por su embriaguez, insolencia ó inmoralidad hace que se le despida de todos los talleres, y por eso no halla trabajo, falta á su deber; el que rehuyendo el trabajo pretende entrar en un convento, no por amor de Dios y por salvar su alma, sino porque se figura que allí no ha de trabajar, falta á su deber.

Digo esto último á todo intento, para que no se me eche en cara que lo callo. Alguno que otro de esta clase que haya entrado y deshonrado su hábito, no hace regla; es excepcion. No se diga que han sido *muchos*; más bien ha sido mucho el ruido que

(1) *Et posuit eum in horto voluptatis ut operaretur et custodiret illum.* (Génesis, cap. II.

con pretexto de ellos se ha metido y el empeño de generalizar estos casos excepcionales y particulares.

Viniendo ahora á la cuestion, los pobres validos que no encuentran trabajo y que están ociosos contra su voluntad, se han aumentado ó se han disminuido. Todos los economistas y estadistas convienen en que el pauperismo se ha aumentado mucho en todos los paises de Europa y América, y sobre todo, y lo que es peor, que tiende á propagarse y aumentarse de una manera espantosa.

Los cálculos actuales en esta materia son horribles. Oigamos algunos, copiados en todos los periódicos de Madrid en Enero de este año, 1868, concretándonos á Francia y los Estados- Unidos en uno y otro hemisferio:

«Dedica *Las Novedades* el artículo de fondo de su número de ayer á examinar la situacion desconsoladora de los Estados- Unidos, víctimas, como la mayor parte de Europa, de lo que se ha dado en llamar el *tifus del hambre*.

»Los datos que presenta *Las Novedades* dan una idea terrible de lo que pasa en la *gran* república, y una idea tristísima de los modernos.

»TRES MILLONES de hombres en el Sur están á punto de morir de hambre. *Trescientos mil* trabajadores carecen de ocupacion en los Estados del Norte. Los negros se matan unos á otros por un pedazo de pan; caen sobre los campos como langostas, y roban todo lo que pueden.

Lo peor del caso es que el Gobierno no sabe qué providencias tomar, ni todos los esfuerzos de los fabricantes é industriales son parte á atajar un mal tan grave. *Las Novedades* cree, sin embargo, que una nacion tan llena de vida no dejará de hallar pronto el remedio de esta calamidad.

El periódico de donde copiamos estos datos, que es EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, responde oportunamente:

«Nosotros creemos á nuestra vez que la exuberancia de vida mata en ocasiones, que la vida, comunicada por la riqueza, no es una vida inmortal, ni mucho ménos; creemos que cuando no marchan unidas la vida del alma y la del cuerpo, este, tarde ó temprano, sucumbe bajo el peso de su propia fortaleza. Por

«eso la vida de las naciones puramente industriales, nos parece efímera y peligrosa si no está sustentada por el calor fecundo del sentimiento y de la fé.

Desengañese *Las Novedades*: para atajar esos males públicos que de vez en cuando azotan á las sociedades modernas, no basta la accion del Gobierno, aunque á ella se una la accion de los particulares. Ambas acciones son cuasi ineficaces si están movidas por el egoismo de los más, que no quieren ser molestados con los lamentos de los ménos. Pero ambas acciones son extraordinariamente fecundas si están informadas del espíritu de caridad. Mas ¿cómo puede ser general este espíritu vivificador en una sociedad que no es esencialmente católica? Hé aquí la primera condicion, el medio más eficaz y seguro para evitar á los pueblos esas terribles calamidades que de vez en cuando los alligen.»

Con respecto á Francia leíamos el dia 25 de Enero en este mismo periódico lo siguiente:

«Al principiár el año de 1852, los establecimientos públicos de beneficencia disponian en Francia de 80 millones de francos. El 1.º de Enero de 1867 su capital ascendia á 83 millones. El *Monitor* no dice cuántos eran los pobres socorridos por la beneficencia pública el año 1852; el 1867 eran 1.700,000. A esto hay que agregar la cooperacion que para remediar algun tanto la miseria que existe en el vecino imperio presta á la beneficencia pública, á esa filantropia administrativa, reglamentaria, glacial, la caridad privada, centella que abrasa en santo amor los corazones de los afortunados y los impele á satisfacer las necesidades, y á consolar las aflicciones todas de sus semejantes por la naturaleza, y de sus hermanos en Jesucristo, de los pobres.

«A principios del año 1852 las asociaciones caritativas llegaban á 4,327, sus recursos á 40 millones de francos, y los pobres por ellas socorridos á 393,339. El 1.º de Enero de 1867 ascendian estas asociaciones á 2,736, sus recursos á 46.073,322 francos, y los indigentes por ellas asistidos 637,000. Preciso es confesar, sin embargo, por lo que hace á la caridad privada de Francia, que á pesar de haber aumentado considerablemente las aso-

ciaciones y sus recursos, y á pesar de que los pobres que socorren reciben por término medio un auxilio de 25 francos y 49 céntimos por individuo en vez de los 23 francos 65 céntimos que el año 1852 recibían, es más triste la situación de los indigentes á consecuencia de la gran depreciación que ha sufrido el numerario.

»Ahora bien; si á los 1.700,000 pobres socorridos por los establecimientos públicos de beneficencia agregamos los 637,000 asistidos por los establecimientos particulares de caridad, resulta que en Francia hay un total de 2.337,000 indigentes que con relación á los 36 millones de almas que tiene el vecino imperio, deducido el departamento del Sena, el cual no entra para nada en la cuenta, están en proporción de un indigente por cada 17 almas. Y téngase presente que en este cálculo no figuran ni los pobres socorridos por las conferencias de San Vicente de Paul, ni otros muchos que no han podido obtener asistencia de ningún género, ni los que viven alimentándose malamente con el exiguo salario que los jornaleros perciben por su trabajo, cuando tienen trabajo, á consecuencia de la larga crisis por que están pasando las industrias, y principalmente la fabril y mercantil; y por la escasa demanda de trabajo que ella produce; y téngase presente sobre todo que los datos del *Monitor* se refieren al 1.º de Enero de 1867, época en que el hambre no se hizo sentir tanto como algunos meses despues.»

»El departamento del Sena, que, como hemos dicho, no está comprendido en la estadística anterior, gasta anualmente en socorrer indigentes mas de 35 millones de francos, 12 de los cuales son suministrados por los particulares, 9 por la municipalidad de Paris y 14 por el presupuesto departamental.

»Pasando de la contemplación de lo que sucede en todo el Imperio á lo que acontece en Paris solamente, resulta, segun datos oficiales, que el número de indigentes socorridos por los establecimientos públicos de beneficencia el año 1866, subía á 405,419, ó sea á uno por cada 17 habitantes; porque, segun el censo de población, Paris tenía ese año 4.799,980 almas. Los indigentes socorridos por el Estado en la capital de Francia constituyen 40,644 familias, cada una de las cuales recibe por tér-

mino medio 48 francos y 65 céntimos por año; mezquino socorro material que á los pobres sirve de muy poco, que sólo lo impetran los que están sumidos en la mas extremada miseria, y que, á pesar de todo, no es posible conceder á cuantos lo piden. Si á esto se añade la indigencia socorrida por la caridad privada, ya por medio de instituciones formadas al efecto, ya particularmente, y la paralización de la industria y del comercio con la falta de trabajo que á esa paralización es consiguiente resultará, aunque se resientan de alguna estrechez ó mezquindad nuestros cálculos, que el cuadro económico-social que actualmente nos ofrece Paris, no puede ser mas horroroso.

»Es verdad que á estos socorros ordinarios hay que agregar otros extraordinarios, que el Gobierno y los súbditos conceden á los pobres de cuando en cuando; pero nada es bastante para extinguir la miseria que corroe las entrañas de la poblacion que predica y ha esparcido por el mundo los *regeneradores principios* de 1789, y que periódicamente rinde culto á los progresos de la materia en esas fiestas que se apellidan exposiciones universales.»

A *última hora* nos avisa el telégrafo, al publicar estas líneas, que en Argel se come carne humana (1). ¡Están medrados!

Los cálculos sobre el pauperismo de Inglaterra son horrosos y bien conocidos. En proporción que crece su riqueza en manos de los ricos, crece horriblemente el malestar y la inmoralidad en las clases pobres. Si se viera la progresión del pauperismo en España, Italia, Prusia y otros países, horrorizaría.

El conde Armand de Villeneuve presentaba hácia el año 1830 la estadística siguiente del pauperismo europeo, es decir, cuando en España habia conventos y no los habia apenas en Bélgica, Francia y Europa.

(1) Partes telegráficas de Paris del 11 de Marzo dirigidos por la Agencia Havas á varios periódicos de Madrid. «Las cartas de Argel vienen llenas de detalles espantosos sobre el hambre. Ha habido *bastantes casos de antropofagia*, en que entienden los tribunales.

Naciones.	Habitantes agrícolas.	Industriales.	Pobres relativamente á la poblacion.
1 Rusia.....	48.850.000	3.850.000	1 á 100
2 Turquía.....	8.312.500	1.187.500	1 á 40
3 España.....	11.583.333	2.316.667	1 á 30
4 Prusia.....	10.648.915	2.129.085	1 á 30
5 Portugal.....	2.941.665	588.335	1 á 25
6 Italia.....	15.870.000	3.174.000	1 á 25
7 Austria.....	25.600.000	6.400.000	1 á 25
8 Dinamarca.....	2.000.000	500.000	1 á 25
9 Suecia.....	3.092.800	773.200	1 á 25
10 Francia.....	25.600.000	6.490.000	1 á 20
11 Suiza.....	1.142.666	571.334	1 á 10
12 Países-Bajos...	2.451.000	3.692.000	1 á 7
13 Inglaterra.....	9.360.000	14.040.000	1 á 6

Resulta, pues, que hace unos 40 años España, en la época funesta de la sopa, tenia un pobre por cada 30 habitantes, al paso que Francia tenia uno por cada 20, y la rica, la opulenta, la sábia Inglaterra, tenia uno por cada seis habitantes, esto es, *¡venticuatro veces más pobres proporcionalmente que España!*

Bien veo que se me dirá:—Pues qué, ¿cuando habia frailes y habia conventos trabajaban todos los obreros? ¿Acaso entonces no habia hambres y epidemias? ¿Si hubiera hoy frailes habria mejores cosechas, tendrian trabajo todos nuestros pobres validos? ¿Alcanzaria hoy la sopa conventual á todos los pobres que en España, en Bélgica, en Francia y otros puntos perecen de hambre y no encuentran trabajo?

Yo creo que la accion moralizadora de los frailes sosteniendo la moral cristiana y la pureza del catolicismo harian á los pobres y los trabajadores mas religiosos y mas morigerados, y que si no remediaban estos males, los atenuarian por lo menos.

Creo efectivamente que el catolicismo no disminuiria el hambre directamente, pero sí indirectamente, haciendo á los pobres validos y á los trabajadores en general, mas resignados, mas laboriosos, mas honrados, mas económicos, mas sóbrios y mas duros para la fatiga y el trabajo. El trabajador, sobre todo en España, segun que va perdiendo su catolicismo se va inutilizando para el trabajo. Se hace fumador, borracho, blasfemo.

Creo efectivamente que el catolicismo no disminuirá el hambre directamente, pero sí indirectamente, haciendo á los pobres validos y á los trabajadores en general más resignados, más laboriosos, más honrados, más económicos, más sóbrios y más duros para la fatiga y el trabajo. El trabajador, sobre todo en España, segun que va perdiendo su catolicismo, se va inutilizando para el trabajo. Se hace fumador, borracho, blasfemo, insolente, procaz, grosero, politicomaniaco, pendenciero, fullero y trapalon. Se las apuesta al amo y al maestro, golpea á los aprendices, cree saberlo todo y olvida lo poco que sabe, no se sujeta á medidas, quiere hacerlo todo á ojo, echa á perder cuanto coje en sus manos. Su afan es concluir pronto, aunque lo haga mal, estropea las herramientas, charla más que trabaja y cuanto ménos y peor trabaja pide más jornal. Su pobre padre se honraba con llamarse *artesano*, y ser carpintero, albañil, zapatero ó cerrajero, él se apellida *artista*. Cuando iba aquel á trabajar á casa del señor duque, este le alargaba un cigarro: el hijo si no se lo dan lo pide. Crece su orgullo en proporcion de su ineptitud. Su jornal no le alcanza para sus vicios: el vino de casa no le gusta; pasa la noche en la taberna; despues juega, despues, en vez de llevar el jornal á su mujer, entrega una gran parte á la harpia enemiga de su mujer y de sus hijos, y por fin el sábadó por la noche, en vez de volver á casa con dinero, vuelve medio ébrio, disgustado, estafado y sin un cuarto, á llevar golpes á su mujer, lágrimas á sus hijos. Despedido hoy de su taller, mañana de otro, entrampado, mal vestido, peor alimentado; quiere hablar del *derecho al trabajo*, politiquea, maldice al gobierno, á los ricos, á los que trabajan, al mundo á sus hijos, á Dios mismo... Politicos modernos, economistas del dia ese *artista* es vuestra obra: su padre carpintero del convento A, cerrajero del convento B, era un artesano que comía poco, pero limpio y con cuchara de plata. Un *artista* de los vuestros lo primero que compra es un reló para llegar siempre tarde á todas partes. El artesano antiguo lo primero que procuraba tener era una capa, lo segundo cuchara de plata; en materia de reló le bastaba con el de la torre de la iglesia.

En cuanto á sobriedad y economia habria mucho que hablar.

No me atreveré á decir que haya países en España en donde los trabajadores comen mucho. Seria inhumano que dijéramos esto á clases que se dan por contentas cuando tienen el cocido español, con el cual no se contenta ya la clase media en España. Pero citemos las provincias, y en esto no se ofende á nadie, en que los trabajadores son sumamente sóbrios, como sucede en las del Norte, Galicia, Astúrias y Vizcaya, en que los trabajadores se mantienen con maiz y leche. Pero es lo cierto que el trabajador jornalero y obrero era antes mucho mas sóbrio y parco que ahora, y que en proporcion que la aristocracia y la clase media han ensanchado el círculo de sus goces materiales los ha ensanchado tambien la clase obrera. Así que ninguno puede vivir hoy con lo que vivian su padre y su abuelo. El grande que antes vivia espléndidamente con 12,000 duros de renta, hoy necesita medio millon y se come en un año las rentas de dos. El jornalero que antes vivia con seis reales, necesita ocho ó diez, y aun así no alcanza á cubrir sus necesidades, parte porque quiere más goces, parte porque todo se ha encarecido.

¿Ha ganado, pues, ó ha perdido el jornalero? ¿Ha ganado ó ha perdido el pobre de chaqueta, que no siempre halla trabajo y cuando lo halla no le alcanza su producto para atender á sus necesidades, ni satisfacer goces que antes no codiciaba?

Pero dejando á un lado al pobre que puede trabajar y no quiere trabajar, y al que trabaja poco y mal, y al que trabaja bien, pero que tiene vicios y adolece de politicomanía, entremos á decir algo acerca del pobre que puede y quiere trabajar y no halla donde trabajar, que es el más digno de lástima y aprecio. Los otros tres tienen culpa y en la culpa llevan la penitencia: este no tiene culpa alguna, y con todo eso padece y sufre.

Al decir que no tiene culpa, claro está que se habla en general; pues ¿quién podrá decir que no tiene culpa? Pero este al fin no es holgazán, ni tiene los vicios ostensibles, que en el otro hemos hallado, y que dan lugar á que se le cierren los talleres, aunque haya trabajo que poder darle.

Esta especie de pobres abunda hoy mucho en España, y no solamente en España, sino en Francia, Bélgica, Prusia, Italia, y aun más en los países fabriles que en los industriales. ¡Quién

habia de decir que habia de llegar el caso de que los hubiera en los Estados-Unidos, y con todo, las noticias que llegan de aquel país, y que acabamos de consignar, nos manifiestan que tambien allí se ven acometidos de esta desgracia, y que falta el trabajo durante este pavoroso invierno. A pesar de eso, mientras millares de nuestros semejantes perecen de hambre en este momento, y en ambos hemisferios, el caballero de la tenaza y el economista de tripallena, que no tienen entrañas para socorrer á un infeliz, que perece de hambre y no halla trabajo, se burlan de la sopa de los conventos y de la *gandinga del Obispo*.

Detengámonos un momento aquí, y apartemos la vista con horror y desprecio de este sibarita egoista, y fijémosla en el pobre sin trabajo, para examinar alguna de las causas de esta situacion, y conociendo el mal, procurar el remedio con respecto á España, que es lo que nos importa.

Al regresar uno á España desde Francia, y sobre todo en los meses de Julio, Agosto y Setiembre, desde que pone los piés en Bayona, cree estar en España. Oye hablar en español casi más que en francés. Allí y en Biarritz, en Aguasbuenas y en otros varios puntos fronterizos encuentra centenares de españoles, que viven con la mayor opulencia, con más lujo y prodigalidad que en España, por mejor decir, al revés que en España, pues economizan aquí para derrochar allá. Segun cálculos formados allí por persona imparcial y de toda mi confianza no bajan de *treinta los millones*, que nuestras aristocracias (no culpeamos solo á la de nacimiento) disipan todos los veranos en aquella tierra; esto, además del contrabando inmenso que introducen y del surtido de ropas para todo el año. Si calculamos en cuarenta millones el derroche que allí se hace por todos conceptos, no solamente no se hallará exagerado, sino que antes bien lo hallarán corto los que lo conocen á fondo. El dicho vulgar de «que las calles de Biarritz se podrian empedrar con plata de España» es una verdad. Estos cuarenta millones son robados anualmente al comercio, á la agricultura y á la industria española. No hablo aquí de esa zona de Aragon, tierra en otro tiempo de honradez, probidad y virtud convertidos hoy en tierra de maldicion y de latrocinio: de latrocinio, sí, pues entre el ladron

y el contrabandista no hay apenas diferencia, diga lo que quiera la moral relajada y casuística que se va introduciendo. Esto no lo había antes, esto hay que registrarlo como especialidad de nuestra época y en este capítulo. Preciso ha sido declarar ese país en estado de sitio, como ahora lo está.

Pues bien, todos estos millones que el lujo estúpido, el sensualismo, la falta de patriotismo verdadero y el contrabando, su auxiliar infame, arrebatan á nuestros campos, á nuestros talleres y á nuestro comercio, son una de las causas mas poderosas de nuestro actual malestar, de la falta de trabajo, de la ociosidad forzada á que hoy se ven condenados muchos millares de españoles. Para mí y para toda persona cristiana y sensata, el que fomenta el contrabando es mas criminal que el contrabandista: es el verdadero contrabandista. Entre un diez veces excelentísimo señor y treinta veces ilustrísimo, etc. etc., que se deja todos los años en Francia diez ó doce mil duros, sacados ó ganados en España, Dios sabe cómo, y que además entra todas sus compras de ropas, muebles y otros objetos de contrabando, defraudando al Estado diez ó doce mil reales, y el contrabandista que los introduce, estoy por el contrabandista. Este quizá no existiría sin aquél, este arriesga su vida ó su libertad por ganarse unos reales, el otro sibarita, lleno de dinero, roba por robar, mata la prosperidad del país por capricho, y es traidor á la pátria sin necesidad, por vicio y sensualismo.

De entre estos sibaritas, ladrones del Tesoro, traidores á la pátria, verdugos de nuestro comercio y nuestra industria por varios conceptos, salen no pocos detractores de la sopa de los conventos, al paso que con sus vicios empujan á nuestros obreros á la sopa del hospicio.

En el momento en que el español regresa á su pátria y cruza el Vidasoa, principia á ver ya desde el primer kilómetro tierras incultas y eriales aun en las provincias Vascongadas, á las que no se puede culpar de desidiosas; y mientras uno á vista de nuestros páramos y vastas llanuras incultas recuerda que las landas de Francia están ya utilizadas y se ha hecho productivo un terreno al parecer improductivo, ve rodeadas las estaciones de mendigos, de jornaleros sin trabajo y de hombres que

le alargan la mano, diciendo que no tienen trabajo, pidiendo una limosna para *un pobre que no halla donde trabajar*. ¡Que no se halla en España donde trabajar! cuando aquí casi todo está por hacer, cuando la mitad de nuestro suelo se halla inculto y espera que venga la mano del hombre á sacarle de la inercia en que yace desde principios del siglo V, es decir, hace catorce siglos y medio.

—Pero nuestro país carece de aguas. Claro está, y carecerá más de cada día, segun vamos talando nuestros montes y nuestros bosques seculares. Por otra parte, por medio de los pozos artesianos se hace brotar manantiales en medio de los arenales de Africa. Con lo que se gasta en Biarritz durante un verano por nuestras aristocracias y por muchos que no son de ninguna aristocracia, pero que tienen más vanidad y sensualismo que los individuos de aquellas, se podian abrir muchos pozos artesianos, y reducir á cultivo millares de hectáreas hoy eriales é incultas.

En ellas se ocuparian millares de brazos, y se evitaria la aglomeracion de esas falanjes de mendigos validos que infestan nuestras capitales, demandando un trabajo que allí no encuentran, y siendo un peligro continuo para la propiedad y el orden público.

—Pero esos males vienen de muy atrás: este es el funesto legado que nos queda del tiempo de la sopa.

La contestacion á este cargo merece ya capítulo aparte. Pero ántes de pasar á examinar la desamortizacion y sus resultados hasta ahora, quede consignado:

1.º Que desde la supresion de los conventos acá se ha desarrollado el pauperismo horrorosamente.

2.º Que el número de acogidos en nuestros establecimientos de beneficencia es diez veces mayor que lo era hace cuarenta años, y por tanto, que al suprimir la sopa de los conventos, el Estado ha tenido que aumentar la suya en los hospicios.

3.º Que el lujo y el sensualismo han aumentado en proporciones horribles, haciéndonos tributarios del extranjero, sacando multitud de millones de nuestra pátria en perjuicio de la agricultura, la industria y el comercio, y aumentando el fraude, y el contrabando, y matando el verdadero patriotismo.

4.º Que hoy día se van despoblando los campos, y llenando de mendigos y pobres jornaleros sin trabajo los grandes centros de población.

5.º Que esto no sucedía en los tiempos anteriores, y por tanto, no hay razón para que los culpemos de lo que no hicieron ellos, sino que reconozcamos nuestras culpas económicas y procuremos enmendarla, guardándonos de *tirar piedras al tejado vecino*.

Las compañías de ferro-carriles, las grandes empresas mercantiles y fabriles, tienen todavía mucho que desamortizar, y les llegaría su turno. Todos sus intereses llegarían á ser desamortizados en la gran prendería ó almoneda pública.

Por supuesto estas desamortizaciones no entran en los cálculos de los desamortizadores; tampoco los que escribían acerca de la desamortización hace cien años, calculaban que esta había de llegar á donde ha llegado y tiene trazas de llegar; pero en fin, parodiando un refrán vulgar podemos decir:

El comer y el *desamortizar*
todo es hasta principiar.

Quevedo escribió *El Alguacil alguacilado*, ¿quién sabe si antes de concluir este siglo escribirá algún socialista un opúsculo titulado «*El desamortizador desamortizado*, obra económico-filosófico-político-moral, ilustrada con fotografías sociales y políticas tomadas al vuelo en el Teatro Real, Recoletos y varios casinos de provincia.» La propiedad es una cosa muy delicada y ocasionada á muchos roces: semejante á las calcetas, en soltándose un punto por allí se va.

Siguiendo en la pendiente de las desamortizaciones, llegaron los desamortizadores á desamortizar las Antillas. Alguno que otro ha dicho ya algo, aunque á media voz y como con timidez y en tono hipotético, pero los grandes alborotos principian siempre por rumores sordos y casi imperceptibles.

En estas observaciones ha sido preciso invertir el orden cronológico. Hemos principiado este párrafo hablando del porvenir. Así era preciso. Echemos ahora una mirada á lo pasado, y veamos cómo se formó esa gran masa de riqueza, y estu-

mino medio 48 francos y 65 céntimos por año; mezquino socorro material que á los pobres sirve de muy poco, que sólo lo impetran los que están sumidos en la mas extremada miseria, y que, á pesar de todo, no es posible conceder á cuantos lo piden. Si á esto se añade la indigencia socorrida por la caridad privada, ya por medio de instituciones formadas al efecto, ya particularmente, y la paralización de la industria y del comercio con la falta de trabajo que á esa paralización es consiguiente resultará, aunque se resientan de alguna estrechez ó mezquindad nuestros cálculos, que el cuadro económico-social que actualmente nos ofrece Paris, no puede ser mas horroroso.

»Es verdad que á estos socorros ordinarios hay que agregar otros extraordinarios, que el Gobierno y los súbditos conceden á los pobres de cuando en cuando; pero nada es bastante para extinguir la miseria que corroe las entrañas de la poblacion que predica y ha esparcido por el mundo los *regeneradores principios* de 1789, y que periódicamente rinde culto á los progresos de la materia en esas fiestas que se apellidan exposiciones universales.»

A *última hora* nos avisa el telégrafo, al publicar estas líneas, que en Argel se come carne humana (1). ¡Están medrados!

Los cálculos sobre el pauperismo de Inglaterra son horrorosos y bien conocidos. En proporcion que crece su riqueza en manos de los ricos, crece horriblemente el malestar y la inmoralidad en las clases pobres. Si se viera la progresion del pauperismo en España, Italia, Prusia y otros países, horrorizaría.

El conde Armand de Villeneuve presentaba hácia el año 1830 la estadística siguiente del pauperismo europeo, es decir, cuando en España habia conventos y no los habia apenas en Bélgica, Francia y Europa.

(1) Partes telegráficas de Paris del 11 de Marzo dirigidos por la Agencia Havas á varios periódicos de Madrid. «Las cartas de Argel vienen llenas de detalles espantosos sobre el hambre. Ha habido bastantes casos de antropofagia, en que entienden los tribunales.

Naciones.	Habitantes agrícolas.	Industria- les.	Pobres relativa- mente á la poblacion.
1 Rusia.....	48.850.000	3.850.000	4 á 100
2 Turquía.....	8.312.500	1.187.500	1 á 40
3 España.....	11.583.333	2.316.667	1 á 30
4 Prusia.....	40.648.915	2.129.085	1 á 30
5 Portugal.....	2.941.665	588.335	1 á 25
6 Italia.....	15.870.000	3.174.000	1 á 25
7 Austria.....	25.600.000	6.400.000	1 á 25
8 Dinamarca....	2.000.000	500.000	1 á 25
9 Suecia.....	3.092.800	773.200	4 á 25
10 Francia.....	25.600.000	6.490.000	1 á 20
11 Suiza.....	1.142.666	571.334	1 á 10
12 Países-Bajos...	2.451.000	3.692.000	1 á 7
13 Inglaterra.....	9.360.000	14.040.000	1 á 6

Resulta, pues, que hace unos 40 años España, en la época funesta de la sopa, tenia un pobre por cada 30 habitantes, al paso que Francia tenia uno por cada 20, y la rica, la opulenta, la sabia Inglaterra, tenia uno por cada seis habitantes, esto es, ¡*veinticuatro veces más pobres proporcionalmente que España!*

Bien veo que se me dirá:—Pues qué, ¿cuando habia frailes y habia conventos trabajaban todos los obreros? ¿Acaso entonces no habia hambres y epidemias? ¿Si hubiera hoy frailes habria mejores cosechas, tendrian trabajo todos nuestros pobres validos? ¿Alcanzaria hoy la sopa conventual á todos los pobres que en España, en Bélgica, en Francia y otros puntos perecen de hambre y no encuentran trabajo?

Yo creo que la accion moralizadora de los frailes sosteniendo la moral cristiana y la pureza del catolicismo harian á los pobres y los trabajadores mas religiosos y mas morigerados, y que si no remediaban estos males, los atenuarian por lo menos.

Creo efectivamente que el catolicismo no disminuiria el hambre directamente, pero sí indirectamente, haciendo á los pobres validos y á los trabajadores en general, mas resignados, mas laboriosos, mas honrados, mas económicos, mas sóbrios y mas duros para la fatiga y el trabajo. El trabajador, sobre todo en España, segun que va perdiendo su catolicismo se va inutilizando para el trabajo. Se hace fumador, borracho, blasfemo.

Creo efectivamente que el catolicismo no disminuirá el hambre directamente, pero sí indirectamente, haciendo á los pobres valedos y á los trabajadores en general más resignados, más laboriosos, más honrados, más económicos, más sóbrios y más duros para la fatiga y el trabajo. El trabajador, sobre todo en España, segun que va perdiendo su catolicismo, se va inutilizando para el trabajo. Se hace fumador, borracho, blasfemo, insolente, procaz, grosero, politicomaniaco, pependenciero, fullero y trapalón. Se las apuesta al amo y al maestro, golpea á los aprendices, cree saberlo todo y olvida lo poco que sabe, no se sujeta á medidas, quiere hacerlo todo á ojo, echa á perder cuanto coje en sus manos. Su afán es concluir pronto, aunque lo haga mal, estropea las herramientas, charla másque trabaja y cuanto ménos y peor trabaja pide más jornal. Su pobre padre se honraba con llamarse *artesano*, y ser carpintero, albañil, zapatero ó cerrajero, él se apellida *artista*. Cuando iba aquel á trabajar á casa del señor duque, este le alargaba un cigarro: el hijo si no se lo dan lo pide. Crece su orgullo en proporción de su ineptitud. Su jornal no le alcanza para sus vicios: el vino de casa no le gusta; pasa la noche en la taberna; despues juega, despues, en vez de llevar el jornal á su mujer, entrega una gran parte á la harpia enemiga de su mujer y de sus hijos, y por fin el sábado por la noche, en vez de volver á casa con dinero, vuelve medio ébrio, disgustado, estafado y sin un cuarto, á llevar golpes á su mujer, lágrimas á sus hijos. Despedido hoy de su taller, mañana de otro, entrampado, mal vestido, peor alimentado, quiere hablar del *derecho al trabajo*, politiquea, maldice al gobierno, á los ricos, á los que trabajan, al mundo á sus hijos, á Dios mismo... Politicos modernos, economistas del día ese *artista* es vuestra obra: su padre carpintero del convento A, cerrajero del convento B, era un artesano que comia poco, pero limpio y con cuchara de plata. Un *artista* de los vuestros lo primero que compra es un reló para llegar siempre tarde á todas partes. El artesano antiguo lo primero que procuraba tener era una capa, lo segundo cuchara de plata; en materia de reló le bastaba con el de la torre de la iglesia.

En cuanto á sobriedad y economia habria mucho que hablar.

No me atreveré á decir que haya países en España en donde los trabajadores comen mucho. Seria inhumano que dijéramos esto á clases que se dan por contentas cuando tienen el cocido español, con el cual no se contenta ya la clase media en España. Pero citemos las provincias, y en esto no se ofende á nadie, en que los trabajadores son sumamente sóbrios, como sucede en las del Norte, Galicia, Astúrias y Vizcaya, en que los trabajadores se mantienen con maiz y leche. Pero es lo cierto que el trabajador jornalero y obrero era antes mucho mas sóbrio y parco que ahora, y que en proporcion que la aristocracia y la clase media han ensanchado el círculo de sus goces materiales los ha ensanchado tambien la clase obrera. Así que ninguno puede vivir hoy con lo que vivian su padre y su abuelo. El grande que antes vivia espléndidamente con 12,000 duros de renta, hoy necesita medio millon y se come en un año las rentas de dos. El jornalero que antes vivia con seis reales, necesita ocho ó diez, y aun así no alcanza á cubrir sus necesidades, parte porque quiere más goces, parte porque todo se ha encarecido.

¿Ha ganado, pues, ó ha perdido el jornalero? ¿Ha ganado ó ha perdido el pobre de chaqueta, que no siempre halla trabajo y cuando lo halla no le alcanza su producto para atender á sus necesidades, ni satisfacer goces que antes no codiciaba?

Pero dejando á un lado al pobre que puede trabajar y no quiere trabajar, y al que trabaja poco y mal, y al que trabaja bien, pero que tiene vicios y adolece de politicomanía, entremos á decir algo acerca del pobre que puede y quiere trabajar y no halla donde trabajar, que es el más digno de lástima y aprecio. Los otros tres tienen culpa y en la culpa llevan la penitencia: este no tiene culpa alguna, y con todo eso padece y sufre.

Al decir que no tiene culpa, claro está que se habla en general; pues ¿quién podrá decir que no tiene culpa? Pero este al fin no es holgazan, ni tiene los vicios ostensibles, que en el otro hemos hallado, y que dan lugar á que se le cierren los talleres, aunque haya trabajo que poder darle.

Esta especie de pobres abunda hoy mucho en España, y no solamente en España, sino en Francia, Bélgica, Prusia, Italia, y aun más en los países fabriles que en los industriales. ¡Quién

había de decir que había de llegar el caso de que los hubiera en los Estados-Unidos, y con todo, las noticias que llegan de aquel país, y que acabamos de consignar, nos manifiestan que también allí se ven acometidos de esta desgracia, y que falta el trabajo durante este pavoroso invierno. A pesar de eso, mientras millares de nuestros semejantes perecen de hambre en este momento, y en ambos hemisferios, el caballero de la tenaza y el economista de tripallena, que no tienen entrañas para socorrer á un infeliz, que perece de hambre y no halla trabajo, se burlan de la sopa de los conventos y de la *gandinga del Obispo*.

Detengámonos un momento aquí, y apartemos la vista con horror y desprecio de este sibarita egoísta, y fijémosla en el pobre sin trabajo, para examinar alguna de las causas de esta situación, y conociendo el mal, procurar el remedio con respecto á España, que es lo que nos importa.

Al regresar uno á España desde Francia, y sobre todo en los meses de Julio, Agosto y Setiembre, desde que pone los piés en Bayona, cree estar en España. Oye hablar en español casi más que en francés. Allí y en Biarritz, en Aguasbuenas y en otros varios puntos fronterizos encuentra centenares de españoles, que viven con la mayor opulencia, con más lujo y prodigalidad que en España, por mejor decir, al revés que en España, pues economizan aquí para derrochar allá. Según cálculos formados allí por persona imparcial y de toda mi confianza no bajan de *treinta los millones*, que nuestras aristocracias (no culpeamos solo á la de nacimiento) disipan todos los veranos en aquella tierra; esto, además del contrabando inmenso que introducen y del surtido de ropas para todo el año. Si calculamos en cuarenta millones el derroche que allí se hace por todos conceptos, no solamente no se hallará exagerado, sino que antes bien lo hallarán corto los que lo conocen á fondo. El dicho vulgar de «que las calles de Biarritz se podrían empedrar con plata de España» es una verdad. Estos cuarenta millones son robados anualmente al comercio, á la agricultura y á la industria española. No hablo aquí de esa zona de Aragón, tierra en otro tiempo de honradez, probidad y virtud convertidos hoy en tierra de maldición y de latrocinio: de latrocinio, sí, pues entre el ladron

y el contrabandista no hay apenas diferencia, diga lo que quiera la moral relajada y casuística que se va introduciendo. Esto no lo habia antes, esto hay que registrarlo como especialidad de nuestra época y en este capítulo. Preciso ha sido declarar ese país en estado de sitio, como ahora lo está.

Pues bien, todos estos millones que el lujo estúpido, el sensualismo, la falta de patriotismo verdadero y el contrabando, su auxiliar infame, arrebatan á nuestros campos, á nuestros talleres y á nuestro comercio, son una de las causas mas poderosas de nuestro actual malestar, de la falta de trabajo, de la ociosidad forzada á que hoy se ven condenados muchos millares de españoles. Para mí y para toda persona cristiana y sensata, el que fomenta el contrabando es mas criminal que el contrabandista: es el verdadero contrabandista. Entre un diez veces excelentísimo señor y treinta veces ilustrísimo, etc. etc., que se deja todos los años en Francia diez ó doce mil duros, sacados ó ganados en España, Dios sabe cómo, y que además entra todas sus compras de ropas, muebles y otros objetos de contrabando, defraudando al Estado diez ó doce mil reales, y el contrabandista que los introduce, estoy por el contrabandista. Este quizá no existiria sin aquel, este arriesga su vida ó su libertad por ganarse unos reales, el otro sibarita, lleno de dinero, roba por robar, mata la prosperidad del país por capricho, y es traidor á la pátria sin necesidad, por vicio y sensualismo.

De entre estos sibaritas, ladrones del Tesoro, traidores á la pátria, verdugos de nuestro comercio y nuestra industria por varios conceptos, salen no pocos detractores de la sopa de los conventos, al paso que con sus vicios empujan á nuestros obreros á la sopa del hospicio.

En el momento en que el español regresa á su pátria y cruza el Vidasoa, principia á ver ya desde el primer kilómetro tierras incultas y eriales aun en las provincias Vascongadas, á las que no se puede culpar de desidiosas; y mientras uno á vista de nuestros páramos y vastas llanuras incultas recuerda que las landas de Francia están ya utilizadas y se ha hecho productivo un terreno al parecer improductivo, ve rodeadas las estaciones de mendigos, de jornaleros sin trabajo y de hombres que

le alargan la mano, diciendo que no tienen trabajo, pidiendo una limosna para *un pobre que no halla donde trabajar*. ¡Que no se halla en España donde trabajar! cuando aquí casi todo está por hacer, cuando la mitad de nuestro suelo se halla inculto y espera que venga la mano del hombre á sacarle de la inercia en que yace desde principios del siglo V, es decir, hace catorce siglos y medio.

—Pero nuestro país carece de aguas. Claro está, y carecerá más de cada dia, segun vamos talando nuestros montes y nuestros bosques seculares. Por otra parte, por medio de los pozos artesianos se hace brotar manantiales en medio de los arenales de Africa. Con lo que se gasta en Biarritz durante un verano por nuestras aristocracias y por muchos que no son de ninguna aristocracia, pero que tienen más vanidad y sensualismo que los individuos de aquellas, se podian abrir muchos pozos artesianos, y reducir á cultivo millares de hectáreas hoy eriales é incultas.

En ellas se ocuparian millares de brazos, y se evitaria la aglomeracion de esas falanjes de mendigos validos que infestan nuestras capitales, demandando un trabajo que allí no encuentran, y siendo un peligro continuo para la propiedad y el orden público.

—Pero esos males vienen de muy atrás: este es el funesto legado que nos queda del tiempo de la sopa.

La contestacion á este cargo merece ya capítulo aparte. Pero ántes de pasar á examinar la desamortizacion y sus resultados hasta ahora, quede consignado:

1.º Que desde la supresion de los conventos acá se ha desarrollado el pauperismo horrorosamente.

2.º Que el número de acogidos en nuestros establecimientos de beneficencia es diez veces mayor que lo era hace cuarenta años, y por tanto, que al suprimir la sopa de los conventos, el Estado ha tenido que aumentar la suya en los hospicios.

3.º Que el lujo y el sensualismo han aumentado en proporciones horribles, haciéndonos tributarios del extranjero, sacando multitud de millones de nuestra pátria en perjuicio de la agricultura, la industria y el comercio, y aumentando el fraude y el contrabando, y matando el verdadero patriotismo.

4.º Que hoy día se van despoblando los campos, y llenando de mendigos y pobres jornaleros sin trabajo los grandes centros de población.

5.º Que esto no sucedía en los tiempos anteriores, y por tanto, no hay razón para que los culpemos de lo que no hicieron ellos, sino que reconozcamos nuestras culpas económicas y procuremos enmendarla, guardándonos de *tirar piedras al tejado vecino*.

§. XII.

CONSECUENCIAS DE LA DESAMORTIZACION.—AUMENTO FICTICIO DE RIQUEZA.—DESPOBLACION DE LOS CAMPOS Y AGLOMERACION DE LOS POBRES EN LAS CAPITALS.

Al hablar de la desamortización eclesiástica en el siglo pasado y en el presente, se nos demostraba casi matemáticamente que con la desamortización iban á correr por nuestra patria las aguas del Pactolo y raudales de oro en polvo, de modo que no habría más que llegar y cogerlo. La desamortización en España cuenta cien años de antigüedad: la preparó Campomanes. Principió la desamortización por los Jesuitas, y desde su expulsión en 1767. Los bienes de estos fueron desamortizados, aunque por el bien parecer, los edificios se destinaron al culto, instrucción ó beneficencia. Tocó luego á los colegios mayores, los de hospitales y capellanías; luego los de los frailes, las monjas, los patronatos y memorias pías; despues á los del Clero secular, y por último á los de propios y municipios, y por fin á los del Real Patrimonio.

Todavía no han llegado las aguas del Pactolo hasta nosotros. Todos claman por *economías* y buscan las *econotuyas*; y un día y otro día se rasca y se rasca el presupuesto, á la manera que el judío va limando un poquito las pesetillas y esudos que pa-

san por su mano, á fin de obtener unas particulitas casi imperceptibles de plata. De esto á los auríferos raudales de la tierra prometida hay mucha distancia.

Aún queda mucho por hacer, dicen los partidos que se dicen progresistas.

Todavía, nosotros en el poder, hallaríamos medio de hacer dinero, porque, sobre no pagar al Clero, en lo cual nos ahorraríamos más de cien millones, venderíamos los edificios religiosos que aún quedan, los cuadros y objetos de valor, los conventos de monjas, y al último todo cuanto oiera á piedad y religion.

Dejemos por ahora de responder á esto, que más bien que desamortizacion se llama demolicion. De esto hablaremos luego.

—Esta política casera de esos buenos señores, que hablan de progreso cuando retroceden hasta 1789, es harto añeja y prosáica; harto vulgar y conocida. Es una cosa tan original y nueva, que la ensayan cada dia el chispero y la cigarrera en los barrios bajos de Madrid, en sus frecuentes crisis financieras. Esta alta política de progreso no es mas que la economía de nuestras difuntas manolas (que en paz descansan) resucitada por el progreso indefinido y elevada al poder y á la gestion de la cosa pública.

Al llegar los dias de San Eugenio, Noche-Buena, el entierro de la sardina, San Isidro y las ruidosas y *navajíferas* verbenas, por penuria que haya para comer, no falta para bureo, vino y estimulantes al vino. Se principia por no pagar al casero, el cual hace á las mil maravillas el papel del Clero. Al casero se le maldice, se le culpa de todo, pero no se le paga. Si un chico rueda por la escalera, si el farol del portal está apagado, si hay dentro de la casa substracciones, adiciones ó *anexiones*, el casero tiene la culpa, porque la escalera está desgastada, porque tiene portera, si la tiene, y, si no la tiene, porque no la tiene, el casero es el fantasma, el bú, el coco de la vecindad. ¡*El casero!* es la voz de alarma en ciertas casas como ¡la Inquisicion! entre ciertas gentes.

Cuando ya se han agotado los recursos se venden las sillas; la mesa, la cama, despues la capa, por último el colchon. Nosotros hemos vendido ya en España cuadros, camisas, vestidos,

sillas: ahora la política chisperil anda ya por los extremos y grita, —no hay que apurarse, todavía puedo remediar á España, vamos á empeñar ó vender la capa, el colchon y el candil, últimos objetos venales que en la casa quedan. Para dormir no se necesita luz, á buen sueño no hay cama dura, y la capa no hará falta en verano. Esta política se llama —*pan para hoy y hambre para mañana.*

Al desamortizar no se cuenta con las indemnizaciones. Se calculan los ingresos y no el gravámen de estos. Así hemos venido á echar sobre nosotros un pasivo que absorbe el presupuesto y nos abruma.

Yo veo otras muchas desamortizaciones que vienen despues, y en las cuales todavía no se ha pensado por esos señores, ó, por mejor decir, en las que no quieren pensar. Por ejemplo. Se ha hablado ya por tierras de Andalucía de desamortizar los cortijos y las grandes propiedades; en Aragon en 1854, se gritaba *mueran los censos* y se quemaban los archivos, para hacer que desaparecieran aquellos. Hubo pueblo donde fusilaron el código penal debajo de la lápida de la Constitucion: en otros quemaron hasta los libros parroquiales. Los administradores del conde de Pársent en Aragon y los de los duques de Medinaceli y Osuna en Andalucía podrian poner comentarios á estas noticias. En Arahál debe haber algunas sobre asuntos análogos.

Además de toda esta riqueza desamortizable, sobre la que ya han hecho curiosas indicaciones los socialistas, siguiendo esta política chisperil, y, para cuando sea preciso llevar á la prendería el colchon y el candil, hallamos todavía en el terreno de la desamortizacion, los intereses de la deuda, por el sencillísimo procedimiento de la bancarota, ó la quema del *gran libro*, y la desamortizacion de la plata y alhajas de los particulares. De esta desamortizacion se hizo un ensayo, con buen éxito, en la casa del Sr. Salamanca el año 1854, pues echando al fuego los estuches de las alhajas que tenía aquel banquero y gritando ¡nadie los toque! ¡pena de la vida al que los saque de la hoguera!! los que habian echado al fuego los estuches, al regresar á su casa, ¡oh milagro, de que no hay ejemplar ni aun en la vida del gran taumaturgo San Antonio de Padua! se hallaban en los bolsillos las alhajas de

los estuches, que estaban ardiendo en la hoguera. Si el Sr. Sartorius conserva alguna reminiscencia de cosas pasadas, podría hacer también análogas indicaciones.

Las compañías de ferro-carriles, las grandes empresas mercantiles y fabriles, tienen todavía mucho que desamortizar, y les llegaría su turno. Todos sus intereses llegarían á ser desamortizados en la gran prendería ó almoneda pública.

Por supuesto estas desamortizaciones no entran en los cálculos de los desamortizadores: tampoco los que escribían acerca de la desamortización hace cien años, calculaban que esta había de llegar á donde ha llegado y tiene trazas de llegar; pero en fin, parodiando un refrán vulgar podemos decir:

El comer y el *desamortizar*
todo es hasta principiár.

Quevedo escribió *El Alguacil alguacilado*, ¿quién sabe si antes de concluir este siglo escribirá algún socialista un opúsculo titulado «*El desamortizador desamortizado*, obra económico-filosófico-político-moral, ilustrada con fotografías sociales y políticas tomadas al vuelo en los teatros, paseos y casinos de provincia y de la corte.» La propiedad es una cosa muy delicada y ocasionada á muchos roces: semejante á las calcetas, en soltándose un punto por allí se va toda.

Siguiendo en la pendiente de las desamortizaciones, llegaron los desamortizadores á desamortizar las Antillas. Alguno que otro ha dicho ya algo, aunque á media voz, y como con timidez y en tono hipotético, pero los grandes alborotos principian siempre por rumores sordos y casi imperceptibles.

En estas observaciones ha sido preciso invertir el orden cronológico. Hemos principiado este párrafo hablando del porvenir. Así era preciso. Echemos ahora una mirada á lo pasado, y veamos cómo se formó esa gran masa de riqueza, y estudiemos las consecuencias de la desamortización, puesto que las aguas del Pactolo no han llegado todavía á España, ni llegarán por ese medio, según lo que acabamos de ver.

§. XIII.

ADQUISICION DE LA RIQUEZA ACUMULADA POR EL CLERO.

¿Cómo se formaron esas grandes y decantadas riquezas con que nuestros monjes y frailes daban la tan calumniada y detestada sopa conventual?

Dejemos á un lado los conventos que eran pobres y pobrísimos. Todos los bienes raíces de los Padres Escolapios de España se capitalizaron el año 1855 en un millon escaso. Los franciscanos, capuchinos y otros no tenian bienes.

Llevaban fama de ricos los benedictinos, cistercienses, cartujos y gerónimos. Los dominicos tenian algunos, aunque pocos conventos ricos. Al desamortizar los bienes decantados de los Jesuitas se vió que no eran tan ricos como se decia: la nacion no salió de apuros. Vamos á estudiar cómo se formaron esas acumulaciones de riqueza, y los medios que para ello hubo, en la edad media y posteriormente.

Si vamos á creer á Van Espen, Caballaris ó Caballario y otros *ejusdum furfuris, seu farinae*, estos bienes se adquirieron por medios poco evangélicos, por donaciones arrancadas á los moribundos á fuerza de supersticiones, indulgencias é intimidaciones, por la predicacion terrorífica de la proximidad del juicio final, por las precarias y otros medios análogos. Se citan los monjes *haredipetas* ó embestidores de herencias, de que habló San Gerónimo, los *gyrovagos* y otras cosas á este tenor, mil veces respondidas y mil veces vueltas á citar.

Hay escritores tan mal intencionados, que hasta de las obras de los Santos sacan motivo para insultar todo lo que aquellos quisieron enaltecer: lo que se dijo con santo celo para el bien de la Iglesia, denunciando abusos en los Prelados, en los monasterios, en el Clero secular y regular y aun en todos los cristianos, ellos lo aprovechan para insultar y escarnecer á los reprendidos, no para que esto sirva de ejemplo y correccion, sino por el villano placer de insultar lo que debe ser objeto de respeto. De

donde sacan miel las abejas sacan las abispas su veneno. De las obras de los Santos Padres, doctores de la Iglesia y escritores piadosos, sacan noticias con que atacar á la Iglesia: las obras de San Cipriano, San Pedro Damiano y las cartas de San Bernardo á su discípulo Eugenio III y otros escritos de este género, llenos de Santo y evangélico celo, son manoseados por ellos, no para bien, sino para dañar (*non ad ædificationem sed ad destructionem*).

Conocí años pasados á un corredor de cuadros viejos y malas copias, que ideaba mil medios para dar salida á su difícil mercancía. De un cuadro viejo y destrozado de San Miguel hizo cuatro. Recortó un ángel que tocaba la trompeta, y le llamaba el ángel del Apocalipsis; á otro que tenia una espada de fuego le apellidaba el ángel exterminador; el San Miguel estaba tan mal parado, que lo convirtió en un San Jorge de medio cuerpo. El que mejor librado salió fué el diablo, y tanto, que le aplicó un marco viejo. — «¡quién sabe si alguno le tendrá devoción! decia el pobre *orbanejero!*» Él, por de pronto, con codiciosa impiedad, llamaba San Miguel á la *peana* del Arcángel.

—Pero hombre, ¿no ve Vd. que eso es una barbaridad, y una burla impía?

—¡Qué quiere Vd., señorito, *eso* lo saqué yo de un cuadro de San Miguel.

A las mientes se me viene esta ocurrencia, sin poderlo remediar, siempre que veo á ciertos orbanejas literarios citar á tuertas y á derechas y con maligna ó indigesta crítica, pasajes tomados de libros santos y piadosos para fines muy distintos y aun contrarios de aquellos para los cuales se escribieron, torciendo su sentido, mutilando las frases y haciendo con los libros lo que el pobre orbanejero con sus cuadros viejos. Al ver sus diabólicas y mal traidas citas les oigo decir como á este: *Eso* lo saqué yo de un San Gerónimo: *eso* lo saqué de un San Bernardo (1).

(1) Con mi historia eclesiástica de España me ha sucedido ya algo de esto, rebuscando en ella lo que se dijo con muy distinta intención y para otros más nobles fines:

¿Por qué se han de citar contra los monges, contra los frailes, contra los Jesuitas las censuras que algunos compañeros suyos celosos lanzaban contra algunos pocos tibios y flacos, contra otros que cometían abusos que era necesario remediar? ¿Por qué se ha de juzgar á los muchos por los defectos de alguno que otro? ¿Por qué se citan esas frases de San Gerónimo y no se hace caso de la *Escala* de San Juan Climaco, en que se describen las virtudes de los monges orientales? ¿Por qué se juzga á la compañía por el libro de las *Enfermedades* atribuido al Padre Mariana, y no por esa pléyade asombrosa de Santos y sábios, que describió con elegante pluma su compañero y amigo Pedro de Rivadeneira? (1)

En el colegio apostólico entre doce escogidos por el mismo Jesús, salió un Judas. ¿Habrà alguno tan nécio, tan osado, tan impio que juzgue al colegio apostólico por la conducta de Judas? Con todo, ese es el criterio de los jansenistas del siglo pasado, y la de sus discípulos en este, los cuales, por no saber nada, ni aun saben ser jansenistas.

¿Quiénes son ellos, llenos de defectos y quizá de vicios, para denunciar de ese modo las ajenas faltas (1)? Ellos, los adúlteros, ¿con qué derecho van á tirar la primera piedra? Ellos, los sibaritas, los glotones, los comilones, quizá borrachos, aunque se disfracen con el pesado, exótico y ridículo nombre de *gastrónomos*, ¿quiénes son para poner en caricatura los excesos de algun monje que, quizá despues de largas privaciones, se permitiò un acto de intemperancia? Ellos, los hombres de las siete fortunas, los agiotistas, los tahures, con qué derecho van á censurar las adquisiciones hechas por los monjes, y que ellos han destrozado más bien que explotado? Ellos, que se juegan las rentas de un monasterio á la vuelta de una carta, ó para arruinar una inocencia derrochan en un dia lo que fué el dote de cien vírgenes consagradas al Señor, ¿con qué razon, con qué derecho censuran los medios con que se adquirieron aquellos bienes?

(1) Del mismo Rivadeneira he publicado una carta en que denuncia al general algunos abusos que se iban introduciendo: esto lejos de rebajar enaltece el Instituto por el celo del denunciador.

Yo he podido estudiar una á una las adquisiciones hechas por varios monasterios de los más opulentos de España, los primeros monasterios cistercienses, y no he hallado semejantes abusos. Para escribir el tomo 50 de la España Sagrada, he visto uno á uno los tumbos y cabreos de los célebres monasterios de Fitero, Veruela y Piedra, he visto los orígenes y adquisiciones de los monasterios de Huerta, y de Poblet, y de otros varios célebres en la Rioja, Castilla, Navarra, Galicia y Cataluña, y no he hallado ni aun vestigios de semejantes fraudes y de esos medios de adquisicion que se describen. Si algun documento apócrifo se encuentra hácia el siglo XII y en otros monasterios, es para asegurar lo adquirido, no para adquisicion nueva, cuando quemados los archivos ó perdidos los documentos, se reemplazaban con otros, en que se expresaba candorosamente lo que la tradicion decia acerca de ellos.

He tenido la cachaza, que cachaza más que paciencia se necesita, de leer más de doscientas escrituras del monasterio de Fitero (1), solo para ver cuándo San Raimundo principió á llamarse Abad de Fitero, en lugar de Abad de Castellon, y cuando vino desde el monte Yerga á Castellon y Fitero, y protesto ante Dios y ante los hombres, que no he hallado ni aun vestigios de semejantes cosas en aquel rico monasterio, dueño del pueblo de Fitero en lo espiritual y en lo temporal por sentencia de la Diputacion de Navarra y su Cámara de Compts.

Las donaciones hechas á San Raimundo son casi todas insignificantes y de prédios de valor escaso; pero los monges truecan, venden, traspasan y trabajan con sus propios brazos. Habia dos razones poderosas para que los monasterios se hicieran ricos en poco tiempo y sin ninguna villania; era la una filosófica, la otra económica. La primera la expuso Balmes, la otra es casi matemática.

Balmes presentó la primera con su acostumbrada maestría, Es ley de la filosofía de la Historia, ó como decimos en castella-

(1) El cabreo ó copiador de escrituras llamado por su color el *libro naranjado*, se conserva en la Real Academia de la Historia. Los años son de 1140 á 1153.

no y decian nuestros padres, es una *cosa providencial*, que donde quiera que se encuentren el saber y la ignorancia, el vicio y la virtud, aun cuando estos logren triunfar momentánea y parcialmente, el vicio y la ignorancia tienen por fin que rendir párias al saber y la virtud. En la Edad Media el Clero regular era mas sábio y más ilustrado que el Clero secular: por ese motivo aquel se sobrepuso á este, y, por la fuerza de las circunstancias, se hizo mas rico, influyente y poderoso, logró privilegios y esenciones, y se propagó en beneficio de la Iglesia y del Estado.

Esta ley de la filosofía es en el terreno de la moral la misma á que obedecen las naciones en el terreno de la política, y la cual se condensa en esta fórmula: Cuando quiera que un pueblo rudo y atrasado logra imponerse por la fuerza á otro país más ilustrado, civilizado y culto el pueblo vencido impone al cabo su civilizacion y cultura al pueblo vencedor.

Como se vé, esta regla providencial es una misma, con distintas aplicaciones á la moral y á la política.

La razon económica á favor del rápido enriquecimiento de los conventos por la fuerza de las cosas no es ménos óbvia y exacta.

El trabajo del monje es más barato que el de cualquier jornalero, pues trabaja solamente por la comida y no lleva salario alguno. Asi que no consume el capital, antes bien lo acrecienta mucho y rápidamente. Buscad por ahí braceros que trabajen por la comida solamente, y por una comida parca, y con frecuentes ayunos. Tal era la condicion del benedictino, del cisterciense y del cartujo en la Edad media. Tal el origen de sus monasterios y de la acumulacion de sus riquezas.

¿Qué dió el rey D. Alfonso VII á los cistercienses de Fitero? Nada apenas, una ermita en el monte Yerga. De allí bajan á Castellon y principian á colonizar y poblar. Los monjes trabajan con sus propios brazos. Los vecinos de los pueblos inmediatos de Turungen y otros hallan más cómodo el ser colonos ó braceros auxiliares de los monjes, que no de los otros señores comarcanos, y crece la colonia monástica en proporcion que decrecen los pueblos inmediatos. ¿Qué prueba esto?

Que el servicio de los monges era más suave que el de los otros señores. Que los pecheros preferían depender de esos y trabajar con ellos.

Poco despues, San Raimundo arma á sus monges jóvenes y los colonos, y se marcha á defender á Calatrava, que los templarios no se atrevían á sostener, como tampoco ningun magnate de Castilla. Ved si se habia hecho pujante la pequeña colonia que diez años antes se albergaba en la pobre ermita de *Yerga*.

¿Que dió D. Alonso VII á los monges de Huerta?

Un cazadero suyo que solo le servia para matar ciervos y javalies; lugar erial y pantanoso lleno de malezas y jarales. Los monjes encauzaron el Jalon, y obtuvieron pingües cosechas en donde antes apenas se podia habitar. El monasterio en breve fué rico, y los colonos que vinieron para ayudar á los monges formaron un pueblo al lado del monasterio.

Los monasterios de Veruela y de Piedra tienen tambien origen análogo. Este segundo era solamente un castillejo sobre un cerro y en medio de un desierto. Hoy estaria todo aquel terreno inculto, erial y pedregoso si los monges no hubieran hecho allí una posesion magnífica.

San Juan de Ortega funda una colonia en un paraje lleno de hortigas y frecuentado de malhechores. Ni aun sabemos el nombre de aquel piadoso monge. Por las malezas que habia en el paraje donde fundó el pueblo, se le llamó de Ortega ó de los Ortigas. ¿Cuánto le costó al Estado la fundacion de aquel pueblo?

—Nada, ni un maravedí. Y con todo, ¡cuántos millones costaron en el siglo pasado las colonias de la Carolina en Sierra-Morena!

Al ver los grandes prédios que los monges allegaron, y sus ricas abadías y sus claustros bellos y suntuosos, las generaciones descreidas les echaron en cara sus riquezas, sus vastas posesiones y las bellezas artísticas de que se habian rodeado. Pero esas riquezas artísticas, por nosotros destruidas ó malbaratadas, databan por lo comun del siglo XV, pues en el siglo XIII todavía la mayor parte de nuestros monasterios eran pobres. Si cuando fueron ricos gastaron sus riquezas en fomentar las artes, y con sus tesoros comieron el obrero, el escultor, el archi-

tecto, el cantero y el pintor, ¿debemos acaso quejarnos de ello? ¿Era fomentar la holgazanería el dar de comer á todos esos artistas y artesanos, que sin ellos hubieran perecido de hambre? ¿No era mejor dar cien escudos á un pintor por su trabajo, que dejarlo morir de hambre y que sus hijos vinieran á mendigar á la puerta del monasterio.

Uno de nuestros más célebres artistas, no logrando que le pagasen por un cuadro el precio en que lo tasaba, lo lleva al guardian de un convento de mendicantes. El guardian, hombre de genio, se extasía ante el cuadro, y siente que su comunidad no pueda comprarlo.—Os lo doy por un plato de potaje ó de chanfaina, dice el artista, y deja el cuadro en el convento, por un triste plato parecido al precio en que Esaú vendió su primogenitura. Aquel magnífico cuadro se llama todavía entre los artistas españoles *El cuadro de la Chanfaina*.

Inicuo es el criterio de los modernos para con los monges, si criterio puede llamarse ese cúmulo de acusaciones hijas del odio y de la codicia.

Si los monjes tienen opulentos monasterios se dice con Judas Iscariote. *Ut quid perditio haec*. ¿Por qué habian de tener estos palacios? ¿Por qué habian de tener estas magníficas pinturas? ¿Qué buenas carreteras se podrian hacer con estas piedras! (1) ¿Cuánto mejor hubiera sido socorrer á los pobres con esos dineros!

Si daban á los pobres se les acusa de fomentar la holgazanería. Si los conventos eran pobres y mezquinos se les acusa de gente soez, de poco gusto y de estrechas miras. ¿Cómo se podrá dar gusto á críticos tan descontentadizos é indigestos, por no decir tan inicuos?

Si quisiera añadir pruebas de la verdad económica arriba consignada, necesitaria solamente para ella un tomo en folio. Citaré solamente tres ó cuatro de varias épocas y escogidas al azar.

(1) Estando yo en Salamanca, y hacia el año 1856, se empleaban las piedras del grandioso y artístico monasterio de San Vicente para la carretera de Valladolid, como se emplearon las del de Valparaiso en la de Zamora. Esto es público y sabido.

El monasterio de Silos estaba empeñado. Sus monjes eran poco fervorosos. Viene el Santo Domingo llamado de Silos á restaurar su disciplina, y el monasterio es en breve opulento y se cuentan los años por las donaciones. La virtud trae la economía, y con la virtud y la economía, el monasterio empeñado, en breve se hace rico y opulento.

Cuando el inolvidable Fr. Hernando de Talavera fué nombrador Prior de Nuestra Señora del Prado en Valladolid, halló el monasterio empeñado. Despachó á todos los mozos de la casa y se sujetó él con los monjes á todas las obras manuales de la casa, inclusas las de carpintería y albañilería. Todas las noches, despues de maitines, se iba á la panadería con los monjes más fervorosos, y ellos cernían y amasaban el pan por sí mismos, cuidando el mismo Prior del horno. Por este procedimiento tan sencillo la casa se desempeñó en breve tiempo, y aun principió á estar sobrada y abastecida.

En nuestros dias el célebre Cura de Ars logró ejecutar un prodigio semejante, gracias á sus austeras virtudes. El pequeño pueblo de Ars, donde fué Cura por espacio de 41 años el Presbítero Mr. Viannay, contaba al tiempo de su muerte, en 6 de Agosto de 1859, un vecindario diez veces mayor, que habia acudido á vivir alrededor de aquel pobre Sacerdote. Los expedientes prévios, para entablar á su tiempo la causa de su beatificación, están terminados, y en Agosto del año pasado 1867, se colocó sobre su pobre sepultura una magnífica estátua de mármol.

Ved ahí la influencia de la virtud en la economía, y de la virtud y de la economía en el aumento de los pueblos y en la mejora de la condicion social de los pobres y de las clases desvalidas, ó como dicen ahora *desheredadas*. Ved cómo se formaron las riquezas de los monasterios, y cómo de los jarales y pantanos sabe el monje formar oasis y magníficos predios. Veamos ahora las consecuencias que la llamada desamortizacion de estos codiciados bienes ha tenido para esos mismos pobres, cuyo bienestar dicen que se busca.

La desamortizacion solo ha servido para hacer pasar los bienes de los monasterios á unas cuantas manos, que con ellos se

han enriquecido. Los arriendos se han subido de una manera exorbitante: los colonos apénas pueden soportar el peso de tan gravosos arriendos. De ahí el que en muchas partes se nieguen á continuar con ellos, que huyan de los campos hacia los grandes centros de poblacion, ó emigren para ser *esclavos blancos*. De ahí la falta de brazos que se advierte en algunas partes y la consiguiente carestía de productos, pues los precios de estos son exorbitantes y no pueden sostener la competencia con los mercados extranjeros.

La Iglesia, por el contrario, y los monasterios arrendaban á precios módicos y por grandes plazos. Preciso fué prohibir los arriendos largos llamados *locationes ad firmam*, pues los arrendadores á largos plazos se llegaban á considerar como dueños de los predios, y disputaban la propiedad á las Iglesias y monasterios.

Mackeldey y otros escritores modernos reconocen cuán benéfica fué esta moderacion cristiana para la agricultura y la riqueza pública, llegándose á formar así los pequeños propietarios y la clase media.

Compárense estos resultados con los que está dando el excesivo recargo de los arriendos. Los antiguos colonos huyen de los campos, y en los grandes centros de poblacion sobran los brazos. Hay que intentar obras públicas que no hacen falta, ó demoliciones feroces y vandálicas de que hablaremos luego. El obrero no quiere ya trabajar en el campo. Nuestras capitales se ven invadidas de falanges de trabajadores que no hallan trabajo, en un país donde apenas se labra la mitad de lo que se habia de labrar. No habló aquí del pobre que exige trabajo donde él quiere, como quiere, cuando quiere y por lo que quiere, y sobre todo cerca de la taberna. Hablo solo del pobre expulsado de los campos que cultivaron sus padres, abrumado de exorbitantes arriendos, y que al marchar para la ciudad dice como el poeta Virgilio á vista de sus campos:

«Nos patriæ exules et dulcia linquimus arva.....
 Inserere nunc Melibee puros, pone ordine vites.»

CAPÍTULO VII.

LOS PÍCAROS Y LOS HOLGAZANES NO ERAN LOS QUE FRECUENTABAN LA SOPA DE LOS CONVENTOS. ÉSTA SE DABA Y DA CON DISCERNIMIENTO.

No es de estrañar que haya actualmente ideas equivocadas acerca de la limosna dada por los regulares. Habia preocupaciones sobre esta materia, aun en la época misma de los conventos. En prueba de ello, referiré mas adelante un lance gracioso ocurrido entre varios estudiantes de Alcalá, cuando yo cursaba en aquella Universidad, y poco tiempo antes del degüello de los frailes y la exclaustracion que vino en pos de este.

Creen los detractores de la limosna conventual, que esta se daba á todos indistintamente y que no habia mas que llegar y tomarla. Esto seria suponer que la comida sobrante en aquellos cosas era tanta y tan abundante que habia, como suéle decirse, *para todo el mundo*. Pero esto es un error grosero. Habia algun convento que otro rico y aun opulento, pero estos estaban en la proporcion de uno á veinte. Habia conventos de comunidad numerosa, pero estos eran los menos. Cuando se trató de reducir los conventos por medios indirectos, se mandó suprimir todos los que no tuviesen mas de doce individuos, pretestando que sin este número apenas se podian seguir bien las reglas, ni ser útiles á la Iglesia y al Estado. Calculóse entonces, que con aquella medida se hacia desaparecer mas de la mitad de los conventos de España, quizá las tres quintas partes. Calcúlese si con el sobrante de esos conventos se mantendrian muchos holgazanes.

Los pobres á quienes se repartian las limosnas y aun la sopa,

eran casi siempre pobres conocidos y elegidos, y acerca de ellos se tomaban infirmes si no habia en la comunidad quien los conociese. Eran por lo comun ciegos, cojos, mancos, tullidos, ancianos imposibilitados de trabajar, epilépticos, jornaleros sin trabajo, jornaleros de poco jornal y cargados de familia, viudas de trabajadores, á veces de criados y jornaleros de la casa, viudas cargadas de hijos, con niños de pecho. Si estos eran holgazanes, tambien lo son ahora cuando no hay conventos y donde no hay conventos.

Varios escritores del siglo xvi fueron muy notables en el género picaño, ó picaresco. No fué el que menos escribió en este concepto, nuestro célebre Quevedo, el inolvidable autor de nuestras inolvidables cartas del *Caballero de la Tenaza*, legítimo ascendiente de nuestros modernos frailifobos que no desmienten su preciada alcúrnica. El gran tacaño, Lazarillo de Tormes, Guzman de Alfarache, Gil Blas de Santillana, Márcos Obregon y otros varios que citarse pudieran, describen la vida de los mendigos vagabundos, caballeros de industria, buscones, hidalgos de gotera y demás holgazanes de profesion que poblaban por entonces nuestras principales ciudades, y no solamente la córte, sino tambien Toledo, Sevilla, Salamanca, Alcalá, Valladolid y otros pueblos importantes. Apenas en ninguno de ellos se vé aludida la sopa de los conventos. Aquellos buscones y holgazanes petardeaban por todas partes y raras veces iban á la sopa de los conventos.

Quevedo en la vida del Gran Tacaño presenta uno de estos pícaros y holgazanes que viene á la reunion de los petardistas con una sarta de búcaros que ha robado en varios tornos de monjas, donde habia pedido agua para beber, robando la jarra en que la daban las religiosas. Otro de los buscones, acosado del hambre, llega un dia á la puerta del convento de la Vitoria y pide racion doble para una familia vergonzante: le dan racion doble; métese en un rincon á comerla; los otros pobres lo advierten, y le insultan y maltratan, sobre todo por el fraude y por tenerse como afrentado de comerla. Allí mismo dice que los buscones solo acudian á la sopa en caso extremo, y aun eso fingiendo que lo hacian por devocion y procurando no ser vistos.

No era, pues, la sopa el recurso usual de los pícaros, holgazanes y petardistas de aquel tiempo, cuyas malas mañas describían aquellos autores en estilo festivo. Y no se diga que eran estos partidarios de los frailes, que temían á la Inquisición y otras vulgaridades por el estilo. Los frailes son á veces presentados en ellas en caricatura, y la cínica inmoralidad que revelan algunas de esas novelas da á entender bien á las claras que los autores no pensaban pasarlas por el tamiz de la censura eclesiástica.

Pero dejando esto á un lado, lo cierto es que la limosna de los conventos tal cual se daba en ellos durante este siglo, y tal cual la alcanzamos á conocer en los últimos años de su existencia, de 1824 á 1834 inclusive, no era dada indiscretamente, ni ménos á pícaros y holgazanes. Los frailes sabían muy bien á quién la daban, como lo saben ahora en los conventos y seminarios, y demas casas en que aún existe.

Hablo de ello como testigo de vista. Más de una vez ví repartir esa limosna en el convento de San Diego y en el colegio de la Compañía de Jesús en Alcalá de Henares. ¡Podrán decir otro tanto los detractores, que hablan de oídas, al capricho, ó por relacion de personas mal intencionadas!

¡San Diego de Alcalá!....

¿Qué recuerdos despierta este nombre y el convento donde yacían los benditos restos del pobre lego andalúz, que lo santificó con sus virtudes y lo honró con sus milagros!

Allí estaba sepultado el Arzobispo Carrillo. Allí vivió Cisneros. De allí salió la procesion que presidia este, vestido de pontifical, para poner la primera piedra de la Universidad y del *nuevo pueblo* que iba á fundar, pues aquel varon eminente no hacia las cosas á medias, y construía más que una Universidad todo un pueblo nuevo para albergar á sus alumnos.

Peró ninguno de ellos logró dar su nombre al convento. Un pobre lego franciscano vivía en el siglo XV, ántes de los tiempos del Cardenal Cisneros. Aquel lego, á quien profesaban ya en vida singular respeto el Clero secular y regular de Alcalá de Henares, repartía la sopa á los pobres, y más que la sopa cuanto hallaba á mano. El guardian hubo de poner tasa á su caridad;

excedi6la el lego llevando á los pobres el pan de la comunidad, y sorprendido por aquel, hubo de advertir el superior, con no peque6a sorpresa, que los trozos de pan se habian convertido en rosas y flores en el halda del hábito donde los llevaba el bendito lego.

Veo asomar la risa en los lábios del excéptico y del impío: veo al crítico indigesto fruncir el ce6o. El primero me dice con tono burlon:

—¿Cree Vd. esa leyenda?

El segundo, con aire magistral y mirándome por encima de sus anteojos, me dice:

—Eso es legendario: ni aun es original. Data esa leyenda del siglo XII, y se dice lo mismo de una doncella musulmana, llamada Casilda, hija de un Rey moro de Toledo, á quien su padre habia prohibido socorrer á los cristianos que tenia cautivos.

No contestaré al primero. Despues de disputar cuatro horas, ni se dará por convencido, ni mucho ménos me convencerá á mí. Al segundo le responderé sencillamente.

¡Sea enhorabuena por la leccion de crítica histórica! Yo creo que Dios puede hacer eso y mucho más. Quien puede hacer que de un grano de mostaza salga un árbol corpulento, bien podrá hacer que de un mendrugo de pan se haga una rosa; y si pudo hacerlo con Santa Casilda en Toledo en el siglo XI, bien pudo volverlo á hacer en Alcalá de Henares en el siglo XV, puesto que despues de criar el mundo *le quedó el brazo sano para criar otros mayores y mejores*, como dice nuestro clásico Granada.

Vosotros lo llamais leyenda: yo lo llamo verdad, y fuente de bellísima poesia. ¿No lo quereis creer? peor para vosotros. ¿No le hallais belieza? Yo le hallo la hermosura de la religion, la hermosura de la sencillez, la hermosura de la tradicion, la hermosura que supo darle Murillo á este suceso en uno de sus mejores cuadros, la hermosura que le hallaron nuestros padres. Vosotros os extasiais con los cuentos fantásticos de Hoffman. ¡Cosa rara! Si escribe un aleman y cuenta necedades de escenas de artistas de la Opera, encontrais belleza y sublimidad. Allí hay estética. Si lo escribe un español y tiene sabor religioso, ya

perdió para vosotros toda su belleza. ¿Dónde está el criterio imparcial?

Oid un cuento fantástico español, superior á todos los cuentos fantásticos de Hoffman. Un pobre anciano lisiado llega á la puerta del convento franciscano de Alcalá de Henares. Viene con hambre y desea un pedazo de pan para sí y para su familia. Espera que salga Fr. Diego, el lego andaluz que suele socorrerle con la conventual limosna. ¡Ay, el lego no volverá á salir á la portería! Ha muerto: aquella mañana le han enterrado. Llorando se arrastra el mendigo hasta la huesa del lego su favorecedor. La tierra está removida: arrodíllase junto á ella el hambriento, y pegando sus labios contra el polvo, grita:— »¡Ah, Fr. Diego, Fr. Diego, ¿por qué te has muerto? ¿Quién me dará pan? ¿quién aliviará mi hambre?»

La tierra, apenas apisonada, se remueve suavemente. Sale de ella un brazo humano, vestido con el sayal franciscano, teniendo en la mano una rosca de pan. Fr. Diego desde su tumba ha oído el clamor del pobre, y le da todavía el último y milagroso socorro.

Sobre la tumba de mármol donde se guardaba el cuerpo incorrupto del bendito lego se veía un brazo vestido del sayal franciscano, teniendo en la mano una rosca de pan, cual monumento perenne de aquel milagro y del favor divino en obsequio de la limosna de aquel célebre y monumental convento.

¡Convento histórico, célebre y monumental! Los detractores de la sopa, ¿qué habeis hecho de él?

CAPITULO VIII.

LAS DEMOLICIONES MODERNAS EN SUSTITUCION DE LA SOPA Y COMO MEDIO DE DAR DE COMER AL HAMBRIENTO.

La pregunta consignada al fin del párrafo anterior al narrar la poética y caritativa tradicion histórica vinculada al sepulcro de San Diego de Alcalá, me lleva como por la mano á otra série de observaciones comparativas muy notables. Nuestros antepasados, en los tiempos de la sopa conventual, daban de comer al hambriento edificando: nosotros damos de beber al sediento demoliendo; y este sediento suele ser uno que no tiene hambre, sino mas bien ganas de beber vino, ó quizá rom y ginebra y otros licores extranjeros.

En las ruinas del célebre, grandioso é histórico convento de San Diego de Alcalá de Henares, simbolizo yo las de más de mil conventos y monasterios en España, menores algunos pero mayores otros.

—¿Qué habeis hecho, repito á los detractores de la limosna de los conventos, que habeis hecho de aquel histórico y célebre convento?

Vosotros los inventores de la peregrina idea del derecho al trabajo, que en vez de pensar en el *deber de trabajar*, habeis creado un foco de revolucion permanente con vuestra anti-económica idea *del derecho al trabajo*, qué habeis hecho de aquel convento donde ya en el siglo XV se hermanaban la caridad y las letras?

—Primero hicimos del convento un cuartel, luego lo demolicimos y en su área construimos otro nuevecito y de planta, que nos ha costado unos 32 millones, ó segun otros algo mas.

A bien que para maldita de Dios la cosa nos hacian falta esos treinta á cuarenta millones. Teniendo, como tenemos, la tesorería apuntalada, hay que dar salida á todo ese excedente de millones que tenemos, y con los cuales no sabemos qué hacer. El dinero se fabrica redondito á fin de que corra.

Demolemos un convento y edificamos un cuartel: no hay de qué quejarse. El convento significaba piedad, caridad y estudio: el cuartel significa el orden sostenido por la fuerza. Los escolásticos decian *introductio unius expulsio alterius*: nosotros lo decimos al revés *expulsio unius introductio alterius*. Donde se arranca una cruz se planta una bayoneta.

Además, no vayan Vds. á creer que nosotros seamos unos vándalos. ¡Bonitos somos nosotros para atropellar recuerdos históricos, ni demoler monumentos artísticos ó de recuerdos gratos! Todo lo histórico del convento que no hemos destruido, lo hemos conservado. Los cuadros del altar mayor los enviamos al Museo: á Santa María de Jesús la llevamos á la parroquia de Santa María, donde está como pobre en puerta agena. A San Diego lo llevamos una noche sin luz y sin moscas á la iglesia magistral de San Justo, y tuvimos la atencion de dejarle la cajita de plata sobredorada que le regaló Felipe II, porque nos enteramos de que la hoja de plata es delgadita. Aun así y todo poco faltó para que se la regaláramos al piadoso ministro D. Juanito, el célebre campanólogo de 1836. Al Beato Julian lo trasegamos tambien con San Diego á la misma iglesia de San Justo. Allí trasladamos tambien el sepulcro del Arzobispo Carrillo: el de su hijo D. Troilo, que era igual al de su padre, no sabemos lo que se ha hecho. Quizá se haya perdido; pero en cambio lo mismo les sucede á otros muchos de personajes muy notables, que habia repartidos por la Iglesia. Poniéndolos en el *Diario de avisos*, quizá den razon de su paradero.

El baston de Cisneros, despues que lo dejamos robar, lo tuvimos que rescatar á precio de oro. El sepulcro de San Diego lo trasladamos á la iglesia de Jesuitas y allí se está (1).

(1) En obsequio de los amantes de nuestras antigüedades históricas y de las personas piadosas, y tambien para que no se pier-

¿Qué más pueden Vds. pedir?

Hubo además tal conformidad en aquella demolicion, que no hubo un alma caritativa que se atreviera á protestar contra aquel acto de vandalismo, siquiera por el buen parecer y fuera de la autoridad eclesiástica, cuya voz fué completamente desatendida; nadie chistó.

Con lo que costó la demolicion, se pudiera haber comprado terreno en donde construir el cuartel, y se pudiera haber hecho el nuevo sin demoler aquel antiguo edificio. Muy bien podria haberse destinado aquel convento para la colocacion del archivo nacional, que hoy está de prestado en el palacio arzobispal? En otros tiempos de ignorancia y de sopa quizá se hubieran gastado 30 millones en un archivo mejor que en un cuartel. Si el cuartel se hubiera hecho de planta en otro paraje de las vastas llanuras que rodean á la célebre Compluto, entonces no hubiera habido demolicion ni las gangas consiguientes á las demoliciones: al menos tendríamos dos establecimientos más y una mancha histórica de menos. Cada demolicion de convento es la historia de un bolsillo. No me refiero á ninguno determinadamente, pero, si tuviera tiempo para ello, narraria á mis lectores las historias secretas de un centenar de demoliciones de conventos, que yo sé, en las cuales podria referir cosas *edificantes*, de puro *demolientes* (1). ¡Qué cosas tan buenas de los conventos de Ara-

da la memoria del sitio donde estuvo enterrado San Diego de Alcalá, y donde tuvo lugar el milagroso, caritativo y poético suceso que se ha narrado, quiero dejar consignado, que el sepulcro estaba en el parage que hoy ocupa el cuarto del oficial de guardia, á la izquierda de la puerta principal de entrada en dicho cuartel.

(1) No quiero dejar de referir una de las más graciosas. Cuando se estaba haciendo la obra de la actual Universidad Central, entré un dia en la que fué sacristía del Noviciado, y ahora salon de Claustro, al lado del llamado *Paraninfo*, á tiempo que estaban picando cuatro magníficos frescos que habia en la bóveda de cañon, que aun existe, y que se cubrió con papel figurando casetones. Lamentando yo aquella bárbara profanacion, me dijo el aparejador, que era algo gangoso, estas tres estupendas palabras:—*Juelen á Iglesia*. Quería decir, en cuanto se lo permitian sus narices: ¡*Huelen á Iglesia!*

gon y Navarra, de los de Madrid, Alcalá, Avila, Zamora y Salamanca!

En ellos, por lo comun, los arquitectos, albañiles, maestros de obras, contratistas, sobrestantes y otra gente ordinaria, han puesto dinero de su bolsillo; y al compás de la piqueta han gritado — Estos frailes eran unos haraganes! ¡estos frailes fomentaban la holgazanería! ¡La sopa de los conventos era solo un medio de fomentar la holgazanería!

¡Quitemos los nidos y no volverán los pájaros!

— ¡Ah, majaderos!... ¿han dejado de venir ningun añolas golondrinas aunque les hayan quitado sus nidos? ¿Acaso las golondrinas cuando vienen á nuestras tierras vienen por los nidos?

Hoy la gente en España se ha engolosinado de tal manera con las demoliciones, que en habiendo hambre ó carestía, en vez de pensar en cocinas económicas, obras de utilidad pública verdadera, ú otras cosas análogas, idean una demolicion civil, ya que no hay conventos que demoler. En Salamanca se demolió la puerta de Zamora para dar de comer á los obreros que no tenían qué hacer en el invierno de 1856, y se proyectó meter la carrêtera por dentro de la poblacion para demoler varios edificios, y entre ellos la célebre casa de la Salina, idea feroz y estúpida que no se le ocurriría á un arriero maragato. Para dar de comer á los braceros de Toledo en este rigoroso invierno, hemos volado con pólvora los restos del artificio de Juanelo. Por análogas razones estamos proyectando en Zaragoza la demolicion de la torre Nueva, cuyas grietas dicen que quitan el sol y las vistas á varias casas inmediatas de vecinos ricos. En Tarifa se demuelen las murallas desde las cuales tiró su espada Guzman el Bueno.

En los parajes de estas y otras demoliciones, el buen gusto moderno exige hacer jardinitos ingleses de yerbas forrageras, que hacemos crecer á jeringazos, y producen para los médicos abundante cosecha de tercianas. Con esto, y con la plantacion de algunos chopos y acacias, tenemos ante nosotros el aspecto de todo nuestro progreso indefinido ó no definido: forrage por ahora y zoquetes para más adelante.

CAPITULO IX.

PREOCUPACIONES CONTRA LA LIMOSNA DE LOS CONVENTOS AUN EN LOS TIEMPOS MISMOS LLAMADOS DE LA SOPA.

He dicho que la preocupacion contra la sopa conventual no era moderna, que la generacion actual, que habla contra ella sin haberla alcanzado, no es tan criminal en esta parte como la que la precedió, y desde la época de la invasion francesa principió ya á zaherirla calumniosa é injustamente, y dijo una mentira cuando podia convencerse de lo contrario con abrir los ojos.

No quiero salir todavía de Alcalá, puesto que acabo de hablar del convento de San Diego. Aunque sea de poca importancia lo que voy á decir, y aun algo grotesco y estudiantil, al lado de otras observaciones mas sérias y mas graves, servirá con todo para lo que se llama dar al cuadro algo de colorido, y recordar escenas y cosas de tiempos que pasaron y de los últimos años de los conventos próximos á ser extinguidos.

Erase que se era el mal que se vaya y el bien que se venga..... (1). Erase que se era hácia el año 1834, cuando todavía los estudiantes gastaban manteos y los frailes andaban por el mundo, es decir, cuando aun no habia principiado la degollina.

Ocurrió, pues, en una reunion de estudiantes de leyes, que asi se llamaba entonces á lo que ahora llamamos facultad de derecho, que despues de desollar unas cuantas reputaciones feme-

(1) Así principiaban los cuentos antiguos y solian añadir:—*el mal para los moros y el bien para nosotros.*

ninas y algunas de catedráticos y doctores, charlando mucho y estudiando poco, se vino á parar á la cuestion de los frailes, y de una en otra cayeron los interlocutores en la sopa, sin ser moscas. Ninguno habia asistido á ella, pero todos hablaron de ella y la execraron, como si la hubieran visto.

—¡Qué desgracia seria tener que comer eso!

—Yo primero reventaria, decia otro, que comerlo.

—¡Oh! debe ser una cosa nauseabunda: no habria hambre que me hiciera arrimar á ese pote, ni á la portería de un convento.

—Pues yo, dijo un estudiante manchego, no tendria reparo en echarme al cuerpo un plato de ese bódrio, si tenia buen hambre y me dejaban elegir convento.

Esta salida fué acogida con general desagrado, y casi con estupor.

—Eso lo dices tú, replicó otro, pero no lo harias.

—¿A que sí?

—¿A que no?

—¿Apuestas algo?

—Apuesto.

—¿Cuánto?

—Tanto.

Se apostó media onza de oro. El manchego hizo que se depositára la media onza tangible y visible. ¡No que no! En las reglas de juego que pasaban por tradicion de una generacion de estudiantes á otra generacion de *crasos* (1), y que se consignaban en latin macarrónico, habia una que decia: *Inter scolasticos quod non ponitur non solvitur*. No servia apuntar una peseta al as deoros, si la peseta buena y corriente no era depositada sobre la carta. El manchego tenia esta regla presente al hacer que saliera la media onza á ser vista.

Pusiéronse condiciones, plazos, testigos, etc. Era una cosa muy formal, demasiado formal, el comer un plato de sopa en la portería de un convento, para que dejáran de tomarse precauciones. El manchego se consideraba poco menos que como el

† (1) Nombre que se daba en Alcalá á los estudiantes noveles.

araucano Caupolican, cuando iba á cargar el roble sobre sus hombros. Se purgó, se previno con dieta, eligió dia, y por teatro de su hazaña la portería del Colegio de Jesuitas.

Seguido de los compañeros de disputa, que iban á cierta distancia, avanzó por la calle de Libreros, y, con gran desenfado, entró en la portería. ¡Mal pecado! Lo primero que se echó á la cara fué á otros dos estudiantes de la tuna juntamente con ocho ó diez pobres lisiados, ó mujeres escualidas con sus niños de pecho. El un estudiante era teólogo y de las montañas de Aragon: el otro, era cursante de todas las facultades: se matriculaba todos los años, pero, ó no se examinaba ó perdía curso.

Debia tener ya unos 50 años, edad poco á propósito para el estudio; pero él, en rigor, no era estudiante, era cursante de oficio, un verdadero sopista ó estudiante de la tuna. Acuérdome de su nombre como se acordarán muchos de los que por entonces cursaban en Alcalá. Habia algo de misterioso en la vida de aquel sopista. Poco despues de principiar la guerra civil, desapareció de la Universidad, y vagos rumores aseguraron que habia sido pasado por las armas.

Acercóse el sopista al manchego (que así los llamaremos) y le manifestó su extrañeza de verle allí.

—¡Qué quiere V!.. una desgracia... No ha venido el arriero de mi pueblo... me veo mal... El interpelado no tenia preparada ninguna mentira para este caso y dijo las primeras que se le ocurrieron.

—No importa, le contestó el sopista, yo no puedo consentir que venga V. á la sopa. Aquí tengo yo media onza de oro para sacar de apuros á un condiscipulo, y diciendo y haciendo, le alargó media *pelucona*, prima hermana de la depositada en apuesta.

—Gracias, mil gracias... yo no tomo dinero... no puedo consentir... no faltaria más...

El pobre manchego no sabia qué responder: el sopista instaba, los compañeros atisbaban desde una casa de enfrente y otros pasaban y repasaban desde la puerta de Mártires hasta el Colegio del Rey, pues querian cerciorarse de que se habia comido el execrable plato de la tan formidable y temida sopa.

Al fin manifestó el manchego que á todo trance queria comer la sopa, por lo ménos aquel dia, ya que habia venido.

Oh! se puede comer muy bien, dijo el sopista, guardando su media onza de oro, y mirando de reojo al nuevo comensal, pues á su astucia no se podia ocultar fácilmente que en aquello habia algun misterio.

—No crea Vd, añadió, que va á comer mal aquí, ó una comida cualquiera. Yo la prefiero á la del figon por mil razones, y entre otras, porque aquella es peor y cuesta dinero.

El manchego respiró: abrióse la puerta interior. Salió el portero con la marmita, rezó las oraciones de costumbre, y llamando á los tres estudiantes, les hizo seña para que entraran en el claustro. Nuevo apuro: la apuesta era que la sopa se habia de comer en la portería, y de modo que pudieran presenciar aquel acto los testigos. Entraron los dos sopistas; negábase el manchego, pero el portero le instaba á entrar. Este caso tampoco estaba previsto.

—Adentro, zeñó estudiante, dijo con acento andaluz el portero, que tenia toda la pinta del beato Rodriguez, y *habia zido alguasil mayó en Baesa*. Segun él, San Ignacio de Loyola, hijo de nobles padres, habia estudiado en Alcalá, y comido la sopa en el hospital de Antezana y en otros puntos por el estilo, y habia tenido siempre mucho cariño á los estudiantes. ¿Habia de consentir él que un estudiante de Alcalá se quedase á la puerta del colegio de la Compañía?

—¡Adios mi apuesta! dijo en sus adentros el manchego, aturullado por la erudicion del portero ex-alguacil mayor, y siguió los pasos de los otros dos estudiantes. En un cuarto decente y aseado, con buena mesa y mantel limpio, con servilletas, vasos y cubiertos decentes, se les sirvió á los tres una buena, limpia y sazónada comida, que á su vista se vertió del puchero, preparado exprefeso para los estudiantes. El manchego, gracias á su dieta, y gracias á la realidad, lo comió con apetito, y halló la sopa, el cocido y los postres superiores á los que diariamente le servia la patrona por su dinero.

¡Amarga decepcion! venia por bazofia y le habian servido una comida limpia, abundante y sazónada.

— ¡Pero esa no era la sopa del convento! Además los jesuitas no tienen conventos.

Esta solución me recuerda la burla de aquel titiritero, que enseñaba un gato en una jaula, en la cual había un rótulo que decía: *este gato no es gato*. Averiguada la verdad, en efecto, no era gato, sino una gata.

Entre los estudiantes de la apuesta se dijo lo mismo, y la disputa quedó sin decidir. El manchego porfiaba que él había ganado la apuesta, pues había puesto todos los medios de su parte para comer la sopa, y al fin había comido sopa, y sopa en un convento, luego había comido sopa de convento.

Los contrarios decían que aquella sopa no era la verdadera sopa, sino una sopa apócrifa, que no la había comido en público, y que debía repetir la tentativa en otro convento.

La cosa llevó ruido por la universidad; el manchego se quedó sin la media onza de oro, y los frailifobos no se apearon de su asno, á pesar de la relación de su condiscípulo.

CAPITULO X.

LA SOPA CONVENTUAL EN SUS RELACIONES CON LOS TESOROS DE INDIAS.—UN SOPISTA QUE VALIA UN MUNDO.

De Alcalá pasemos á Salamanca, aunque en ello no sigamos orden cronológico ni gerárquico: al fin esto no es un compendio de historia. Quiero tomar de algo lejos el asunto de este capítulo.

Habia á fines del siglo XIII en Mallorca un hombre noble y rico que habia dejado su casa, bienes y familia para vestir el humilde sayal de San Francisco. Llamábase Raimundo Lulio, y se empeñó en predicar y convertir á los musulmanes. Los alemanes le tienen por un gran filósofo y hombre profundo: los franceses por un hombre extravagante y perdulario. Los españoles, claro está, nos hemos decidido por lo segundo: no habíamos de ir á desairar á nuestros caros y amables vecinos; y enseñamos á nuestra juventud lo que dice M. Bouvier en menosprecio de nuestro compatriota. Fué á Túnez, predicó, lo derrengaron á palos; hizo una correría por Europa á fin de propagar la enseñanza del árabe; logró plantear escuelas y colegios, y, á la edad de ochenta años, aquel ignorante, que tanto habia escrito y fundado enseñanzas, aquel holgazan, que aun entonces no queria poner término á sus importantes empresas, volvió al Africa á predicar; los moritos le suministraron racion doble de palos y pedradas, de modo que lo dejaron por muerto. A duras penas lo recogió en su buque un comerciante genovés, y aquel hombre extraordinario espiró en el buque á donde habia sido trasladado.

El genovés que lo recogió y condujo el cadáver á Mallorca se llamaba Colon.

Dos siglos habian pasado cuando otro marino, que tambien se llamaba Colon y tambien era genovés, llegaba con un niño estenuado de hambre y de fatiga á la puerta del pobre convento franciscano de La Rávida, á pedir un pedazo de pan. Algo más que pan y sopa le dió al abatido marino el guardián del convento, Fr. Juan Perez Marchena. Gracias á su proteccion halló recomendacion en la córte de España el marino desvalido, desechado en su pátria y en algunas córtes de Europa.

La sopa del convento de La Rávida valió en España más oro y plata que cabia en el convento. Si Cristóbal Colón era descendiente del piadoso genovés que recogió al moribundo Lulio, Fr. J. Perez de Marchena pagó la deuda de la órden para con la familia genovesa; pero el pago de aquel sopista genovés en verdad que tambien fué muy espléndido.

Cuando Colon pasó á Salamanca, halló igualmente acogida en el convento Dominicano de San Esteban de Salamanca, célebre no sólo por sus grandes hombres, sino tambien por los muchos pobres que á sus puertas mantenia. De la sopa de San Francisco pasaba Colon á la sopa de Santo Domingo: no se sabe de ningun título, ni militar, ni comerciante, ni filósofo que le ofreciera habitacion y mesa; pero constan los conventos donde comió la sopa.

Se ha tratado y aun quizá se trata de rebajar el mérito que los frailes españoles tuvieron en el auxilio prestado á Colon para el descubrimiento del Nuevo Mundo. Se habla de los disfavores que le hizo Fr. Hernando de Talavera, confesor de doña Isabel la Católica: se habla tambien de ultrajes que le hicieron sufrir los frailes de San Esteban de Salamanca.

Con respecto á D. Fray Hernando de Talavera, consta de las cuentas de los Reyes Católicos que la reina Doña Isabel comisionó á este para atender al equipo de la flotilla con que fué Colon al descubrimiento del Nuevo Mundo. Si fray Hernando era desfavorecedor y adversario de Colon, no se comprende cómo la Reina se valió de un enemigo de Colon para favorecer á Colon. Seria esto un logogrifo y un contrasentido. Era entonces

fray Hernando Obispo de Avila, y la partida de finiquito dado á los tesoreros Luis Sant Angel y Francisco Pinelo de sus cuentas de 1491 á 93, contiene, al número 134, la partida siguiente publicada por Clemencin en sus documentos relativos al reinado de Doña Isabel: «*Vos fueron recibidos é pasados en cuentas un cuento é ciento cuarenta mil maravedis, que disteis por nuestro mandado al Obispo de Avila, que agora es Arzobispo de Granada, para el despacho del almirante Don Cristóbal Colon.*»

Aunque al liquidar las cuentas se daba á Colon el título de Almirante, los dineros dados á Fr. Hernando, siendo Obispo de Avila, eran para su primera expedicion, pues esto se hizo cuando era Obispo de Avila; pues al regresar Colon de su viaje ya era Arzobispo de Granada. En la *Historia del Almirante*, escrita por su hijo D. Fernando Colon, cap. XI, dice así hablando de Colon: «Vino á Castilla dejando á su hijo en Palos en un convento llamado La Rávida (es decir que dejó su hijo á la sopa de un convento); pasó á Córdoba, donde estaba la corte, y con su afabilidad y dulzura trabó amistad con las personas que gustaban de su proposicion, entre los cuales Luis de Sant Angel, caballero aragonés, escribano de la Razon de la Casa Real, sujeto de gran prudencia y capacidad, entró muy bien en ella.»

Este Sant Angel, favorecedor de Colon, es el mismo á quien se abona la partida arriba citada y entregada á Fr. Hernando. Continúa diciendo de Sant Angel: «Habló al rey sobre que el almirante mostraria por razon la posibilidad de su empresa. El Rey lo cometió al Prior del Prado, que *despues fué Arzobispo de Granada*, para que con los más hábiles cosmógrafos confriese con Colon..... Obedeció el Prior del Prado; pero como los que habia juntado eran ignorantes, no pudieron comprender nada de los discursos del almirante, *que tampoco queria explicarse mucho, temiendo no le pasase lo que en Portugal*. Los cosmógrafos dijeron al Rey que el intento de Colon era imposible.»

Aquí se habla de los cosmógrafos, no del Prior del Prado, que no era cosmógrafo, aunque es verdad que habia enseñado filosofia en Salamanca.

El Cura de los Palacios, amigo y hospedador de Colon, difiere de la relacion de D. Fernando, y se la tiene por más verídica.

ca, y dice de los cosmógrafos llamados por los Reyes: «é la opinion de los más de ellos, oida la plática de Cristóbal Colon, fué que decia verdad, de manera que el Rey y la Reina se afirmaron á él, é le mandaron dar tres navios.»

Este es el hecho y esta es la verdad. Si los cosmógrafos y el Prior del Prado hubiesen insistido en tener á Colon por loco, no nos parece probable le hubiesen dado los navios y los recursos que tanta falta les hacian para otras atenciones. Se los dieron: luego es de suponer que si en un principio hubo dudas (y ¿podia no haberlas?), estas desaparecieron luego. Por otra parte, si Colon *no queria explicarse mucho*, no es extraño que le entendiesen poco.

Los enemigos de nuestra patria han acogido la patraña de que la universidad de Salamanca le tuvo por loco. Por autor de esta patraña se tiene al americano Wasingthon Hirvyng. La universidad de Salamanca ha vuelto por su honra (1), ha depurado los hechos y ha logrado reaccionar la opinion publica contra una calumnia hija de ligereza de escribir, y copiada tambien ligeramente por historiadores modernos. Poco me importa de lo que digan estos, llámense Prescott ó Cantú, llámense Lamartine (2), y aunque tengan apellidos españoles. Hasta citas falsas han atrapado los salamanquinos citados al escritor norte-americano, y una de ellas es donde habla del dictámen desfavorable que transmitió Talavera á los Reyes católicos, pues en el capítulo por él citado resulta que no se dice semejante cosa.

Lo cierto, lo indudable es que Colon fué albergado en el celeberrimo convento de San Estéban de Salamanca, uno de los primeros monumentos históricos y artísticos de España, y que, aun cuando no tuviera otros mil méritos, bastaria este para ponerle entre los primeros no solo de España, sino de todo el mundo. Mientras el hijo de Colon comia la sopa de San Francisco en el convento de la Rávida, su padre comia la sopa de Santo Domingo en San Estéban de Salamanca. Si tuvo por pri-

(1) La universidad de Salamanca en el tribunal de la Historia, por D. Domingo Doncel y Ordaz: Salamanca, 1838.

(2) «Historia general de las Indias,» libro 1.º, cap. 29.

mer protector al pobre franciscano Fr. Juan Perez de Marchena, tuvo por último y decidido protector á todo trance, á Fr. Diego Deza, catedrático de teología de Salamanca y maestro del malogrado príncipe D. Juan; y tan decidida fué la proteccion de este, que Fr. Bartolomé de las Casas, el célebre Obispo de Chiapa, escritor contemporáneo de aquellos sucesos, afirma haber visto una carta original de Colon á los Reyes católicos, en que dice «*que deben las Indias al maestro Fr. Diego Deza y al convento de San Estéban de Salamanca.*»

¡En verdad que fué una sopa bien pagada!

No quiero concluir sin prevenir al público contra otra calumnia mas reciente. Hace pocos años se dijo, con cierto aire de importancia y misterio, que se habia hallado en el archivo de Simancas una carta del almirante Enriquez al Rey católico en que este le hablaba no solamente contra la universidad de Salamanca sino contra el convento de San Estéban; diciendo que los frailes le habian tenido por loco, y que le habian llevado á su granja de Valcuevo para divertirse á costa de él, haciéndole objeto de malignas burlas. Con motivo del informe elevado por la Real Academia de la Historia acerca de la cesion del monumento erigido en Valcuevo, se pidieron noticias acerca de esto á Simancas, de donde se respondió por el jefe del archivo, que ni existia semejante carta ni habia noticia de semejante cosa. Conste así, y sépase por todos, por si acaso alguno de esos *andrajeros de la Historia*, que rebuscan en los basureros calumnias y miserias con que manchar todo lo mas noble, benéfico y sublime, quisiera mas adelante darse aires de erudicion misteriosa y recondita con esta otra mentira moderna.

CAPITULO XI.

LA SOPA CONVENTUAL EN GRANDES APUROS Y MOMENTOS CRÍTICOS.

Lo que se acaba de aducir acerca de la limosna del convento de San Estéban de Salamanca, me recuerda otro hecho, si no tan ruidoso, aun más caritativo de los frailes de aquel convento. Era este uno de los más ricos de España, pero también de los que gastaban sus rentas con más caridad y esplendor. Su fábrica es grandiosa, y estas fábricas traen consigo siempre grandes gastos y reparos. Tenía una comunidad muy numerosa, y de la que salían muchos misioneros para diferentes puntos de Indias. Además de la comida sobrante daba grandes limosnas á pobres vergonzantes, labradores y artesanos, y diariamente repartía una gran porcion de pan, además de alimentar á varios estudiantes pobres.

Pero hay un hecho en su historia que dice por sí solo más que cuanto yo pudiera alegar aquí, y que quiero insertar tal cual le copié de un documento que habia entre los papeles de la comision de monumentos históricos de aquella provincia, cuando era yo secretario de ella. Dice así:

PARA MEMORIA EN LOS SIGLOS FUTUROS

SE HACE AQUI DE ALGUNOS SUCCESOS DE LOS PASADOS.

El año de 1626 fueron tantas las lluvias y aires que, aquellas por sí, y estos por las muchas nieves que derribaron de los montes y sierras, dieron tan grandes fuerzas al rio Tormes que

se animó á entrarse por la puerta de San Polo, (1) y llegar tan cerca de la puerta de los Carros de este convento, que con una pica se tocaba el agua desde el umbral de la dicha puerta. Fué así que por la causa dicha comenzó el rio, á 26 de Enero á las cinco de la tarde, á crecer de tal modo, que á las ocho de la noche por la otra parte de la puente se llegaron á juntar él y el arroyo que llaman Zurguen, y cogiendo en medio las casas, parroquia de la Trinidad y convento de San Lázaro de Agustinos descalzos, solas las dos iglesias dejó en pié, llenando del convento la habitacion toda de los religiosos, que se fueron luego que llegó el rio á su casa al pozo de la nieve, donde estuvieron toda la noche, y en una guerta, y de todas las demas casas, no dejando cosa en pie. Llenando entonces la media puente nueva por esta parte del rio, se llevó muchas casas, derribó y dejó inhabitables del lado de los conventos de Trinitarios descalzos, Agustinas descalzas. Y hizo mucho daño á los premostratenses en la habitacion de su convento, y á los canónigos de la Vega, en el suyo, asoló totalmente el colegio de las niñas huérfanas que estaba junto al convento de San Andrés, á quien hizo tambien daño en la iglesia y cuartos bajos. Entróse en la parroquia de Santiago, San Lorenzo y la Veracruz, y en el hospital de Santa Maria la Blanca, á quienes tambien hizo destrozo en altares, etcétera. Fué el ímpetu desta creciente á las diez de la noche, por cuya causa cogió de improviso todos los vecinos á á su corriente, y así, á unos por cuidar de sus haciendas y salvarlas, á otros porque no les daba lugar la mucha agua que los cercaba, quitaron la vida las casas, que por no tener muy fuertes los cimientos se caian, y cogiendo á los que las habitaban les daban sepultura en tierra y agua. Acudió la justicia y caballeros deste lugar á la hora dicha á favorecer los atribulados y sacar en caballos los que podian; y para ver algo, que la oscuridad era mucha, hicieron grandes hogueras en el Rastro, puerta del Rio y los demas puntos donde habia casas. A la mesma hora este convento acudió, y por la cerca del monte echaban leña para que los Religiosos de San Andrés se calentasen, y tambien

(1) Se deja con su peculiar ortografía.

les socorrieron con comida. El dia siguiente, luego que amaneció, el P. Maestro fray Bernardino de Ayala, que Dios aia, Prior que entonces era de este convento, imbió mas de cincuenta religiosos de los mas alentados á ayudar á desenterrar los que habian perecido, y sacar de la tierra las alhajas destes, y los que escaparon las vidas, en cuió ministerio se ocuparon todo el dia entero. Por haberse llevado el rio las aceñas faltó el pan de tal suerte, que personas muy ricas passaban calamidad en la materia, y los pobres mucho en todas. Visto esto, el Padre Prior, *con sumo gusto de todos los Religiosos*, á quien primero lo propuso en capítulo, y vinieron en ello con gran voluntad, hizo que á cada Religioso se le diese para su comida *la mitad que antes*, de modo que á nadie se daba más de medio panecillo y una racion, y de los demas se daba todo á los pobres y demas; á más ponía el convento para dar de comer á todos los pobres. De suerte que se puso mesa franca en la portería para todas las personas que quisiesen venir, y á cada uno se les daba pan sufficientísimo y una escudilla de garbanzos y una racion. Porque venia mucha gente honrada y de muy buen hábito se puso una mesa dentro de la portería y allí se les daba de comer. Y para que esto se hiciese con más abundancia y á nadie faltase de cuantos venian, despachó el convento un religioso á todos los lugares donde tiene renta de trigo para que sacase á los renteros harina, la cual enviaba, y porque de pan moreno dan más libras las panaderas para que se diese más á los pobres se acomodó el convento á comer pan baço. Duró esta liberalidad seis dias: y estaban ya tan habituados y con tanto gusto lo hacia la comunidad, que aunque durara más lo llevara muy bien. Cuando se daba la comida á los pobres, asistian de ordinario los padres lectores y las más veces el Padre prior y catedráticos, y los religiosos ministraban á las mesas, cosa de que se edificó mucho la ciudad toda, y el Obispo de ella vino en persona á verlo, gozoso de la generosidad caritativa deste convento.

»No cesando el rigor del tiempo creció el rio en Febrero adelante á los 12 del mes más que la vez pasada; pero como no habia casas ni puente en qué detenerse, no se extendió tanto ni

hizo daño por no haber dejado en qué, más que dos ojos de la puente nueva, que, por no dejarlos, los derribó esta segunda creciente.

»El año de 1624, por el mes de Mayo, se comenzaron las obras del capítulo y sacristía, y al poner las primeras piedras se halló presente el scriptor de esta relacion y el que ordenó se escribiese. Y dos años despues, por el mes de Setiembre, se hizo el oratorio de casa de novicios.»

Cuando el incendio de la plaza Mayor de Madrid, á fines del siglo pasado, los roperos de la plaza Mayor hallaron franca acogida en la casa contigua de San Felipe Neri: allí depositaron casi todo lo que pudieron salvar, y por espacio de muchos dias ellos y sus familias fueron alimentados y algunos albergados en el edificio mismo. Así me lo refirió un testigo ocular; pero ¿á qué citar hechos de este género, si de ellos pudiera citar más de uno la crónica de cualquier convento?

CAPITULO XII.

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES. — ORGANIZACION DE LA SOPA AL ESTILO MODERNO.

—¿Qué son *las hermanitas de los pobres*?

—Son los instrumentos de la caridad cristiana para la organizacion de la sopa doméstica al estilo moderno.

En el capítulo primero de este libro, pág. 12, se probó que nadie tiene derecho á destruir lo que le sobra cuando sus hermanos hambrientos carecen hasta de lo más preciso. Que en este concepto el que dá á la puerta de su casa lo que sobra en su mesa ó en su cocina cumple con un deber de derecho natural, ó por lo ménos derivado de la equidad natural, y hace en pequeño á la puerta de su casa lo que el fraile á la puerta de su convento; no siendo, por tanto, justo el quitar á los frailes el hacer á la puerta de su convento lo que hace cualquiera á la puerta de su casa.

Pero la sopa doméstica repartida de este modo por los particulares tenia inconvenientes. A veces uno recoge el sobrante de tres ó cuatro casas, y otro no encuentra un bocado de pan. No siempre sobra comida, y el pobre no tiene seguridad de encontrarla. Tiene por lo comun que comerla fria. Hay pobres verdaderos que se hallan imposibilitados de ir á buscarla. Pues bien; las hermanitas de los pobres se encargan de remediar todos estos inconvenientes. Recogen por las casas, por las fondas y establecimientos públicos la comida sobrante, la separan con esmero y con grande aliño, la calientan, la reparten á los ancia-

nos acogidos, á la hora conveniente y en la cantidad suficiente, y luego que han comido los pobres, comen ellas de lo que ha sobrado... y si ha sobrado. Es hasta donde puede llegar la abnegacion.

Oid ahora el origen de esta institucion tal cual se narra en el cuadernito recientemente impreso en Madrid (1). Leedlo á vuestras familias; no les proporcionareis un folletin más ameno, útil y edificante.

«La obra de las Hermanitas de los pobres comenzó en San Servando. Es esta una reducida poblacion de Bretaña situada en la orilla del oceano y separada de San Malo por un brazo de agua que se seca dos veces al dia. Los habitantes de las costas ejercen su industria en el mar, á cuyos furores se atribuye el gran número de ancianas viudas y desvalidas que se encuentran en la Bretaña, y que, sin otro recurso que la mendicidad, participan de todos los vicios que la acompañan.

»Muchas de ellas recuerdan los pobres de que hablaba ya á San Francisco de Sales la buena Ana Jaquelina Costa: «Reciben limosna sin saber que se la da Dios, viven en una deplorable vagancia y frecuentan las puertas de las iglesias sin entrar jamás en ellas y sin conocer los misterios que dentro se celebran; se entregan á todos los vicios, y viven y mueren en una inaudita ignorancia de las cosas relativas á la salvacion.» El cuidado de estas pobres almas, que decidia á la buena tornera del primer monasterio de la Visitacion de Annecy á dirigir dichas palabras al bienaventurado Obispo de Ginebra, y á indicarle las medidas que debia tomar para el bien de esta numerosa porcion de su rebaño; el cuidado de estas pobres almas abandonadas, ciegas, alejadas de Dios y en un estado de miseria religiosa cien veces más lamentable que la miseria fisica, que alivian á lo ménos las limosnas; este cuidado aquejaba, hace unos doce años, á un Vicario de la parroquia de San Servando.

»No nos es permitido penetrar en el interior de la vida de

(1) «Historia de las Hermanitas de los pobres.» Madrid: imprenta de Tejado, 1867.

este eclesiástico; pero nos bastará decir que era ya una vida dedicada á Dios y á los santos ejercicios de la caridad, una vida de abnegacion, cuyo celo no se enfriaba por obstáculo alguno. El abandono de las almas que movian su compasion era completo, pues San Servando no poseia hospicios tales como existen en otras poblaciones, gobernados por nuestras administraciones civiles, donde los ancianos reciben un asilo y donde se debe creer que reciben tambien los auxilios espirituales de que necesitan.

»El pobre Vicario no disponia de ninguno de los medios indispensables para levantar semejante establecimiento; mas podia comunicar á ciertas almas la compasion de que estaba poseido.

»La Providencia se encargó de designarle aquellas á las cuales debia dirigirse. Una jóven de la parroquia, que no solia hablarle, se halló un dia al pié de su confesonario, sin que haya jamás podido explicar por qué y cómo habia llegado allí. El eclesiástico reconoció inmediatamente un alma propia para la empresa que meditaba. Por su parte, oyendo los consejos del sacerdote, al cual habia sido conducida como sin querer, la jóven sintió aquel estado de paz y de consuelo que Dios da á las almas sometidas á la direccion que les impone. Abrigaba desde mucho tiempo el deseo de ser religiosa: siendo una pobre jornalera, no contaba con otros medios de existencia que el trabajo de sus manos. El eclesiástico la confirmó en sus intenciones, vislumbrando ya el dia en que podria realizar su deseo de aliviar á los pobres viejos.

»No tardó en notar, entre las almas que dirigia, otra jóven, huérfana y de la misma condicion que la primera. Las incitó á que se uniesen, y sin comunicarles todavia su proyecto, les aseguró que Dios las queria entrambas enteramente para sí y que debian servirle en la vocacion religiosa. Las alentó á que se preparasen para semejante honor, y que tratasen de vencer en sí mismas todas las inclinaciones de la naturaleza. Las dos niñas (bien se las puede dar este nombre, pues la mayor no tenia diez y ocho años y la segunda apenas llegaba á los diez y seis) pusieron generosamente manos á la obra. El Vicario les habia

dicho que servirían á Dios en la misma comunidad, y ellas sin inquirir más, lo creían. Había también dicho á la más jóven que mirase á la mayor como superior y madre. Trabajaban cada una por su lado durante toda la semana, y se reunían el domingo.

»Antes que el eclesiástico les hubiese encargado que se hiciesen amigas, ni siquiera se conocían; pero desde aquel momento se hallaron ligadas por un vínculo poderoso y amable, tal como la Providencia los crea entre las almas que le pertenecen, y de cuya dulzura y fuerza no bastan á dar idea las frívolas amistades de los mundanos.

»Cada domingo después de la misa parroquial, evitando las distracciones y la compañía de otras personas, iban las dos niñas á la orilla del mar. Habían escogido el hueco de una roca, donde se abrigan y pasaban las primeras horas de la tarde en conversar de Dios, y de las infracciones que podían haber cometido contra un pequeño reglamento de vida que les había dado el Vicario, acostumbándose de esta suerte y con toda sencillez al ejercicio de la vida religiosa, que se llama conferencia espiritual.

»Ocupábanse en su regla y trataban de penetrar su espíritu; mas había una frase que les estorbaba: «Nos complaceremos especialmente, decía el reglamento; en portarnos bondadosamente con los pobres ancianos achacosos y débiles, á los cuales no negaremos nuestros cuidados; se entiende cuando se presente ocasión oportuna, pues de ninguna manera debemos meternos en lo que no nos atañe.» Pesaban todas estas palabras sin que nada les diese á comprender el proyecto del que podían ya llamar su Padre. Portábase este con ellas como San Francisco de Sales con Santa Chantal, hablándoles de su vocación, proponiéndoles ciertas comunidades, cambiando luego de parecer, incitándolas á dar pasos donde sabía que hallarían negativas, y ejercitando por fin su paciencia y doblegando su espíritu por todos los medios posibles casi durante dos años.

»Hacia los últimos meses de este tiempo de prueba, se había franqueado un poco más con ellas y les había recomendado que cuidasen de una vecina suya, vieja y ciega. Las jóvenes obede-

cieron y emplearon todos los ratos de que podian disponer en favor de esta pobre enferma; la aliviaban segun sus escasos medios, disponiendo en favor de ella de sus economías, arreglando su casa, acompañándola el domingo á la misa, dispensándole en fin todos los oficios que podia inspirar la caridad. Entre tanto la Providencia dispuso las cosas de suerte que se pudiese proceder á un comienzo de la obra de que no se tenia hasta entonces más que un tan débil bosquejo, poniendo en el camino de las dos jóvenes una mujer que habia servido de criada, cuyo nombre conoce hoy toda la Francia.

»Juana Jugan, que adoptó ardientemente los proyectos que le comunicaron, tenia cuarenta y ocho años; poseia como unos seiscientos francos, y por medio del trabajo se proporcionaba lo que le faltaba para atender á sus necesidades, que aligeraba viviendo con otra piadosa doncella mucho más entrada en años. En los designios de la Providencia parece que Fanchon (1) Aubert estaba destinada á representar el papel de primera bienhechora de la Congregacion, pero como todo era humilde en estos comienzos, la bienhechora no era rica. Contaba cerca de sesenta años, tenia algunos fondos, un pequeño mueblaje adecuado á la más modesta condicion, y abundante avío; lo dió todo, y se puede decir que se dió á sí misma. Se sujetó á los trabajos y á las privaciones de las Hermanas, vivió con ellas, no las abandonó jamás y murió en sus brazos.

»Se le habia propuesto que se ligase con votos á sus compañeras, pero se creyó demasiado vieja, y quiso continuar siendo con ellas lo que habia sido desde los primeros dias. En la buhardilla que ocupaba con Juana habia recibido gustosa á María Teresa, que era huérfana, y que por razon de sus circunstancias debia buscar un asilo. María Agustina iba á pasar al lado de su amiga todo el tiempo que le era posible.

»No se habian manifestado á Fanchon los proyectos que se meditaban, ni tampoco se queria publicar que iba á fundarse un nuevo Instituto, lo que casi ignoraban tambien las mismas tres Hermanas.

»Una hija familiar del nombre Françoise, que corresponde á nuestra Fráscuola ó Paca.

»Su padre les habia encargado que se abandonasen completamente á la Providencia, que todo lo pusiesen en sus manos y que se eslorzasen únicamente en amar á Dios, en servirle con toda su alma y en consagrarse á la salvacion y al alivio del prógimo, y en especial de los ancianos. Las Hermanas cumplian alegremente lo que se les mandaba, despues de haber suplicado á Dios que bendijese su empresa y mirase con misericordia su ensayo de vida comun. Además, María Teresa no se habia establecido en el chiribitil sin compañía, pues habia llevado consigo á Nuestro Señor, presente y vivo en la persona de sus pobres. Fanchon, prudente y reservada hasta un grado maravilloso, y que sin querer penetrar los designios de sus compañeras, se hacia partícipe de su generosidad, Fanchon, que era una viejecita limpia y arreglada y hasta entonces muy apegada á sus hábitos, consintió en hospedar á la pobre ciega de ochenta años, que algunos meses habia estado cuidando.

»El dia de Santa Teresa de 1840 María Agustina y María Teresa condujeron en sus brazos á esta querida enferma, con la cual entró en su nueva habitacion la bendicion de Dios. Dado el primer paso y quedando todavía un rincon en la vivienda, introdujeron muy pronto á una nueva anciana. Quedó entonces completada la familia, sin que por esto se hubiesen modificado las costumbres de los que la componian y que seguia presidiendo Fanchon.

»Juana hilaba; María Agustina y María Teresa cosian y planchaban, interrumpiendo sus trabajos para cuidar de las dos ancianas y cumplir con ellas todos los deberes de piadosas hijas para con sus madres, aliviando sus padecimientos, ilustrando su fé, animando, sosteniendo é inflamando su piedad.

»El vicario, que ya podemos llamar Fundador y Padre, auxiliaba en cuanto podia á la pequeña comunidad, y con el auxilio de Dios no les faltaba lo necesario. Mas esto no bastaba y era necesario ensancharse. Se habia unido á las tres primeras una nueva servidora de los pobres, María José, que enferma y casi á punto de morir quiso, á la manera de los antiguos tiempos, morir consagrada á Dios y entre los criados de los pobres. Se hizo trasladar á la buhardilla y curó. Entregó á Dios aquella

vida que le habia ofrecido y le habia sido devuelta, y se consagró al servicio de los enfermos y de los ancianos.

»No podia, sin embargo, reducirse al alivio de dos viejos todo el fruto que para la gloria de Dios debia sacar la Iglesia de la abnegacion de aquellas generosas doncellas.

»Permanecieron en la buhardilla diez meses, que vino á ser su tiempo de prueba y, por decirlo así, su noviciado. Tal vez se habia aguardado que esta abnegacion excitase luego un generoso concurso y atrajese socorros bastantes para extender la Obra y abrir un asilo á mayor número de ancianos, ó acaso no se habia pensado en llevar mas adelante los comienzos que acabamos de reseñar. Lo cierto es que si se habia esperado un auxilio humano, se resolvió prescindir de él, y que si los primeros deseos se habian limitado al bello y consolador espectáculo de lo que su vivienda ofrecia, se aspiró luego á mas.

»Quien se dá á Dios, es necesario que se dé por entero: el sacrificio tiene atractivos á que no pueden sustraerse las almas que ya los han gustado; sino que procuran llegar hasta el término, haciendo cuanto bien depende de ellas, y dejando que los demás contribuyan, si les parece bien, á las obras que Dios les ha indicado una vez.

»En el consejo de la pobre vivienda se resolvió, pues, el procurar mayor extension y encaminar al provecho de mayor número de ancianos los beneficios que se trataba de dispensarles. Mas cuando hablamos de consejos, debemos explicarnos, pues no se ha de creer que fuesen muy frecuentes en aquella morada las deliberaciones. El padre encargaba á sus hijas que orasen, oraba él tambien, y cuando creia haber reconocido la voluntad de Dios, la indicaba á sus hijas dejándoles el mérito de la obediencia: la obediencia, virtud de maravilloso precio, de incalculable empuje, que brilla en las obras de la Iglesia, las sostiene y las anima y las dá fuerza y victoria. Se persuadió á Fanchon, única persona de la pequeña comunidad de algun crédito en la poblacion, que sacrificase el aposentito á que acaso tenia bastante aficion, para alquilar un piso bajo, húmedo é incómodo, que habia servido mucho tiempo de taberna. Cabian en él doce camas, que no tardaron en ser colocadas y ocupadas.

Las cuatro sirvientas de los pobres, á pesar del auxilio de su buena amiga la vieja Fanchon, no tenian poco que hacer con sus pensionistas. No era ya posible el ganarse trabajando su propia subsistencia y la de sus huéspedes, pues bastante ocupacion les daba el servir á sus muy queridos pobres, como exigian su edad y sus enfermedades.

»Cuidaban de sus llagas, limpiaban las inmundicias, hacian levantar y volver á la cama á sus viejas, instruyéndolas además y consolándolas, con lo cual les era imposible acudir á sus demás atenciones. La administracion de beneficencia continuaba pasando á las viejas, que la caridad habia reunido, los mismos auxilios que antes, es decir, que les daba pan y les prestaba ropa, y para satisfacer las demás necesidades (que en verdad no faltaban) las mujeres que podian andar continuaban su antigua industria, saliendo todos los dias para mendigar. Las Hermanas preparaban la comida y comian tambien de este pan de la mendicidad, y de esta manera con los auxilios imprevistos é imposibles de prever, que de cuando en cuando allegaban, se llegó al fin á reunir lo mas indispensable.

»No bastaba, sin embargo, vivir de este pan mendigado, pues Dios exigia un nuevo sacrificio y una última humillacion; la mendiguez de las mujeres viejas tenia el inconveniente de ponerlas siempre de nuevo en el peligro de renovar sus malas costumbres y de ofrecerles la ocasion de emborracharse, que era en realidad el vicio dominante de estas desgraciadas. Las Hermanas, que atendian sobre todo á la salvacion de sus pobres, quisieron alejarlas de esta tentacion y ahorrarles la humillacion de la mendiguez, á pesar de que la mayor parte habian envejecido en ella y no les pareciese ignominiosa. El padre propuso á sus hijas que no fuesen tan solo las servidoras de los pobres, sino que se convirtiesen tambien en mendigas por amor suyo, y para la mayor gloria de Dios. Apenas se indicó el sacrificio fué aceptado, y, sin escrúpulo ni vacilacion, las Hermanas se hicieron mendigas. Juana fué la primera que tomó una cesta y salió inmediatamente, y con el corazon inflamado por el amor de Dios y del prójimo, se presentó denodadamente en todas las casas que solian auxiliar á sus pobres, donde recogió

con humildad y reconocimiento los mendrugos y los ochavos que quisieron darle. Con esto preparaba la Providencia un inagotable recurso para las Hermanitas, que desde entonces han recogido el pan de sus pobres en esta noble y santa mendicidad. Aunque todas sus compañeras han imitado á Juana, esta, sin embargo, ha seguido siendo, como si dijésemos, la colectora titular del Instituto: no contenta con recorrer las poblaciones en que se halla establecida la Obra, va por todas partes, y acaso, querido lector, la verás cuando menos lo pienses entrar en tu casa, exponer con sencillez y dignidad el objeto de su visita, dar razon de las necesidades de sus pobres y hablar de las misericordias del Señor para con ellos. Nada la cansa ni la perturba: en todo ve la mano de Dios, dá gracias de lo que esta mano dispensa, espera lo que esa mano rehusa, y no duda de la generosidad ni de la bondad de los que no pueden tomar parte en su empresa. Tan increíble abnegacion, no tan sólo se atrae las bendiciones de Dios, sino que tambien alcanza las simpatías de los hombres. Los mismos que proscriben la mendicidad no han podido dejar de reconocer la virtud de esta noble é intrépida mendiga: sabido es que la Academia francesa le ha dado un premio de virtud.

»Tal abnegacion sorprendió y conmovió desde los primeros dias, de suerte que se añadió alguna cosita al ochavo y al mendrugo acostumbrados. Resultando mas abundante que la de las pobres viejas la limosna recogida por las Hermanas, pudieron estas dispoaer de vestidos, de muebles, de provisiones de toda especie, dando por consiguiente mejor trato á sus pobres.

»No obstante escaseaba la ropa blanca, pues la de la administracion de beneficencia ya no era bastante, y la carestía subió de punto cuando teniendo la administracion que acudir á otras atenciones, se vió obligada á negar este artículo á las Hermanitas.

»En tal angustia, las Hermanitas se valieron de su acostumbrado recurso: oraron y se dirigieron más principalmente á María, suplicándola que las auxiliase. El dia de la Asuncion se levantó un altarcito á Nuestra Señora, de cuya construccion y ornato se encargó un gendarme que vivia cerca del que la po-

blacion llamaba ya el asilo de las buenas mujeres, conmovido por lo que todos los días presenciaba en esta bendita casa. Las Hermanas pusieron al pié del altar las cinco ó seis malas camisas que formaban la riqueza de la casa: nada de ropa de abrigo. Compadecióse la Santa Virgen; y ¿quién no se hubiera compadecido al ver tanta miseria?

»Varias personas visitaron los días siguientes el altarcito; la Madre de Dios tocó sus corazones y todas se apresuraron á contribuir al alivio de los pobres. Hubo criadas que no pudiendo dar otra cosa se quitaban sus sortijas y las ponian en el cuello del Niño Jesús que tenia entre sus brazos la Virgen Madre, cuya estatua, no más alta que la mano, dominaba el altar. Por medio de esta industria y de esta misericordia quedaron los pobres suficientemente provistos de camisas, de tela y de otras ropas indispensables.

»De esta manera seguia todo su curso, si bien el espectáculo de la abnegacion de las primeras Hermanas no habia despertado ninguna nueva vocacion.

»Mas de tres años habian ya trascurrido desde que el fundador comunicó su proyecto á Maria Agustina y Maria Teresa, les dió un reglamento de vida y las puso bajo el patrocinio de la Inmaculada Virgen, de San José y de San Agustin.

»Mas de diez y ocho meses habia que comenzara la Obra del alivio de los pobres y nadie acudia á reunirse con las cuatro fundadoras. Si bien se habian manifestado verdaderas simpatías y abundaban bastante las limosnas, no por esto dejaba el demonio de suscitar un sin número de estorbos á la santa empresa. No debia contarse entre el menor resultado de sus artificios el aislamiento en que seguian las Hermanas. Sin duda Dios le dejaba este poder para poner á prueba la constancia de sus servidores y fortificar su Obra, siendo, por otra parte, cosa acostumbrada que todas las empresas de Dios estén sujetas á contradicciones.

»Las que sufrían las Hermanitas de los pobres eran de diversas clases. El señor Párroco de San Servando habia aprobado los esfuerzos de su caridad, pero no obstante, daban mucho que reflexionar. ¡La empresa era tan singular, tan nueva, y confun-

dia de tal manera la prudencia humana! No estaba todø en alimentar á los pobres y en buscarles asilo por medios extraordinarios, pues no dejaba de ser tambien inconcebible la empresa de reunir en comunidad á pobres jornaleras sin instruccion.

»¿Quién las educaria para la vida y disciplina religiosa? ¿Quién las enseñaria á amar y practicar las reglas espirituales? Antes de reunir las, ¿no hubiera sido conveniente instruir las en una comunidad antigua y bien conocida? A lo ménos al comenzar debia ponérselas bajo la direccion de una maestra de novicias acostumbrada desde mucho tiempo á la vida regular, hábil en formar y reconocer las vocaciones, en manejar, ejercitar y quebrantar los voluntades humanas.

»Todo esto era exacto y fundado en razon; mas el espíritu de Dios sopla dónde y como quiere, y en el fondo de su corazon sentia el Fundador que emprendia una nueva Obra, y que una nueva Obra exige nuevos obreros. Por muy excelentes que sean las órdenes religiosas deben limitarse al ejercicio de las obras á que han sido destinadas, y por las cuales fueron creadas, y es cosa impropia pedirles sacrificios ó proponerles trabajos no previstos por sus fundadores; y bien pudiera ser que semejantes tentativas, que separarian de su regla y de su objeto primitivo á las congregaciones, acabasen por arruinarlas.

»El fundador y las fundadoras de la obra de que estamos hablando, tal vez no profundizaban tanto: seguian la inspiracion de Dios y nada les parecia más sencillo que obrar como habian obrado.

»Por otra parte, á estos argumentos que podian sugerir la razon y la prudencia, el demonio, segun hemos dicho, añadia sus artificios. Al propio tiempo que se habian despertado las simpatías necesarias á la existencia de sus pobres, formábase alrededor de las Hermanas una especie de atmósfera de ridiculidad y de oprobio y debieron beber toda la vergüenza de su mendiguez. Señalábanlas con el dedo, burlábanse de ellas y las motejaban en las calles de San Servando, y apenas se atrevian á hablarlas sus antiguas compañeras de escuela, de doctrina, de taller ó de infancia.

»Aun aquellas que se sentian atraídas por sus ejemplos, que-

admiraban su abnegacion y se hallaban inclinadas á imitarlas, se detenian como por instinto al considerar el escándalo y lo ruidoso de su empresa. María Agustina era la única de las cuatro fundadoras que tenia familia, y esta no le escaseaba las reprimendas. Su hermana menor, hoy Sor María de la Concepcion, superiora de la casa de Rennes, le decia cuando la encontraba con su cesta para ir á la colecta: —vete, vete, no me hables, pues con tu cesta me das vergüenza. La Hermana María Luisa, en el dia superiora de una de las casas de Paris, se sentia movida y hubiera querido tomar parte en el sacrificio de las Hermanitas; pero viendo la abyeccion en que vivian sentia cierto disgusto, y dirigiéndose á Dios, le decia interiormente:

—«No, Dios mio, no, no es posible; vos no exigis esto de mí.

»La Hermana Felicitas, que ha muerto superiora en Angers, y muerto como se concibe que deben morir las Hermanitas de los pobres, esta Hermana, devorada por el deseo de consagrarse á Dios, invocaba á san José, ante cuyo altar solia colocarse en la iglesia, y llena de candor, al mismo tiempo que le pedia la gracia de ser religiosa, añadía: «pero no entre las Hermanitas.»

»La primera que pasados cuatro años de esta terrible prueba de aislamiento rompió aquella especie de hechizo, no sabia, al entrar en la casa que debiese permanecer en ella, pues solo habia ido para ayudar á las Hermanas un dia de mucho trabajo. Cuando hubo gustado la paz de estas amables doncellas, aquella paz que dá Dios á los que le aman y se consagran á su servicio, cedió á tan fuerte atractivo y pidió que la recibiesen en su santa compañía.

»No fué la única en penetrar de esta manera. Otra hubo que visitando algunas compañeras suyas nuevamente admitidas entre las Hermanitas, las encontró tan contentas y alegres que quiso compartir su felicidad y vivir con ellas. En una de las casas que se fundaron más tarde, habiendo ido la colectora á una aldea vecina, halló dos jornaleras sin trabajo que se ofrecieron á arreglar la ropa, creyendo que no podian emplear más útilmente el tiempo que remendando el pobre y reducido equipo de las viejas y de las Hermanitas. Camiñaron cinco leguas con

el deseo de practicar este acto de pequeña caridad, que realizaron con gusto, partiendo al cabo de algunos días, no sin llorar un poco, sin abrazar á las Hermanitas y sin prometerles que pronto volverian.

»Volvieron en efecto, pero ya no fué para dar á Dios su tiempo supérfluo, pues trataron de consagrar á su servicio y al alivio de los pobres toda su vida y todas sus fuerzas. De esta suerte habian encontrado la gracia de su vocacion en el cumplimiento de un acto de caridad, y su generosidad recibió ya en la tierra una preciosa recompensa, mayor todavía y más pura que su abnegacion, pues no es poca dignidad la de pertenecer enteramente á Dios. Bien lo saben las Hermanitas, como que les confunde tanto honor y mantiene en ellas la humildad, que es la prueba más patente de la bendicion del Señor.

»Como todas las virtudes cristianas se corresponden y se acrecientan recíprocamente, esta humildad y esta confianza en Dios hacian que sufriesen con paciencia todas las dificultades: á las Hermanitas no les arredraban las humillaciones que el mundo les imponia, y aun en sus negativas encontraban un nuevo motivo de abandonarse enteramente á la Divina Providencia.

pEn tanto que el número de los primeros individuos de la familia seguia siendo tan reducido se iba aumentando el de los pobres, y sin vacilacion ni escrúpulo cuando estuvo lleno el piso-bajo se compró (1842) una gran casa en otro tiempo habitada por una comunidad religiosa. Es verdad que no se contaba con recursos para pagarla, pero el abate Agustin Le Pailleur, que este era el nombre del Vicario, vendió su relój de oro, sus ornamentos de plata y algunos otros efectos: Juana conservaba una insignificante suma, y otra compañera habia economizado algun dinero; Fanchon dió cuanto le quedaba todavía, y con todo esto se consiguió satisfacer gran parte de la obligacion, dejando al cuidado de la Providencia suplir lo que faltaba.

»No se engañaron, pues al cabo de un año quedó enteramente pagada la casa que habia costado veinte y dos mil francos.

»No nos es dado entrár en el pormenor de los medios que Dios

empleó para llegar á este resultado en que parece que estaba interesada su Providencia, la cual habian, por decirlo así, provocado, no teniendo en cuenta los obstáculos y empeñándose más cada dia en una obra que no podian concebir y de que desesperaban los hombres.

Las Hermanas, que recibieron entonces el humilde y amable nombre de *Hermanitas de los pobres*, hacian sus votos, por decirlo así, con las manos atadas y los ojos cerrados.

Su piadoso fundador desarrolló y precisó las constituciones que debian regirlas: al propio tiempo que las sujetaba á la pobreza, á la castidad y á la obediencia, quiso tambien ligarlas por un admirable voto de hospitalidad, y dar á esta virtud, que hacia ya tiempo practicaban de una manera maravillosa, el precio infinito en que la bondad de Dios estima todos los actos hechos para su servicio en nombre de un deber contraido con él.

El voto de hospitalidad fué rigurosamente observado en San Servando. Al cabo de diez y ocho meses quedó tambien llena la grande casa, donde se alojaban cincuenta ancianos: las cuatro hermanas se multiplicaban á sí mismas para servir á estos desvalidos; nueva maravilla de la misma Providencia que consuela al mismo tiempo que pone á prueba. Para alimentar tanta gente solo se contaba con la limosna, y esta bastaba.

El Dios de las bondades sabe arreglar bien las cosas cuya direccion se le abandona. Los residuos de las mesas, los menudugos y las tajadas de carne abundaban en las manos de las Hermanitas de los pobres. Esta Providencia, tan amable y bienhechora, no dejaba sin embargo de hacer sentir á veces con más viveza la feliz dependencia en la cual con respecto á ella se mantenian. Como una madre que amamanta un tierno niño se complace en avivar sus deseos retirándole por un momento el seno que luego le devuelve, á veces retardaba algun tanto sus beneficios.

Conforme á su constitucion y su voto de hospitalidad, las Hermanitas satisfacen ante todo á las necesidades de los ancianos, de lo cual resulta que no se reservan sino lo que queda despues de servidos sus huéspedes.

Si bien la comida de los pobres se ha encontrado siempre

suficiente y aun abundante, la de las Hermanas ha sido algunas veces un poco escasa. Una vez entre otras, una noche de invierno, estando ya en cama los viejos, no quedaba para la cena de las Hermanitas más que un cuarto de libra de pan: se sentaron contentas á la mesa, dijeron su *Benedicite*, dando gracias de todo corazon á Dios por haberlas dejado aquel pedazo de pan que cada una de ellas creia no haber ganado. Así es que se empeñaban en pasárselo una á otra, suponiendo que no les pertenecia y disimulando que lo necesitasen. Por otra parte reinaba el júbilo en la compañía, considerándose todas ellas felices en el fondo de su corazon por hallarse en el caso de hacer á Dios un pequeño sacrificio.

Dios no lo despreció, pero se contentó de la buena voluntad. Mientras tenia lugar entre las hermanas esta agradable reyerta, llamaron á la puerta, bien que fuese ya tarde: era la Providencia que enviaba de la casa del Cura una abundante limosna de pan y carne. Mil ejemplos pudieran citarse de esta constante atención de Dios para satisfacer las necesidades que se han ido declarando. La historia de la fundacion de las órdenes religiosas abunda en semejantes hechos y se comprende que han debido multiplicarse de una manera especial relativamente á las hermanitas de los pobres que tan generosamente se han abandonado al cuidado de la divina Providencia.

Confiadas en ella y animadas por los beneficios que les dispensaba, continuaron esforzándose en hacer cuanto podian en favor de los pobres. A medida que se consagraban á su servicio, comprendian toda la importancia de la obra que Dios les habia confiado.

En efecto, las almas de las desgraciadas criaturas que habian recogido no eran insensibles á sus beneficios, y la caridad que con ellas se ejercia les daba á conocer á Dios. Estas pobres almas, perdidas en toda especie de vicios y sumidas en la ignorancia, empezaban á vivir y á esperar. Aprendian á gustar, á amar y á bendecir á Dios que les habia enviado en su miseria aquellas Hermanas tan serviciales y tan compasivas. Pudiéranse citar rasgos encantadores de virtud, de valor, de resignación y de piedad de estos pobres seres que antes de la entrada en el

asilo se hallaban en gran manera degradados por toda especie de vicios y de miserias. En presencia de los resultados que coronaban sus esfuerzos, pensando en todas las almas rescatadas por la sangre de Jesucristo que corrían peligro de perderse, y que un puesto en el asilo podía salvar, sintieron las Hermanas reanimar su celo, y no deseaban otra cosa que poder extender sus trabajos y aumentar su familia. Pero lo hemos dicho: la casa estaba llena, enteramente llena, y aunque para admitir mayor número de pobres las Hermanas se habían alojado en la buhardilla, no sobraba puesto alguno. Quedaban, sin embargo, bastantes pobres en la población y en sus alrededores. Había terreno, y medio franco en la caja. Se trató de edificar. Se puso esta pieza de á dos reales á los piés de la efigie de Nuestra Señora, y se comenzó la obra atrevidamente.

Se tenía ya por costumbre reconocer las maravillas de la Providencia, y las débiles manos de la Hermanitas, que antes solían planchar y coser, no vacilaron en empezar los trabajos de construcción, persuadidas de que es el Señor quien edifica y no las manos de los trabajadores. Escombraron el terreno, abrieron los fundamentos y se esforzaron en reunir materiales. De nuevo mostró el Señor que no pedía más, y correspondió á esta audacia que no retrocedía ante obstáculo alguno. Conmovidos los jornaleros de San Servando al ver tanta abnegación, se ofrecieron á auxiliar estos benditos trabajos, se hicieron gratuitamente los acarreos y abundaron las limosnas en dinero.

Un vecino de Jersey, que tenía una parienta en San Servando, supo que estaba miserable, y pasó á esta población para enterarse de su estado y auxiliarla. La encontró en la sala de asilo, pero tan bien cuidada y tan feliz, que quedó muy agradecido.

Desde aquel día enviaba limosnas al abate Le Pailleur, y al morir le dejó un legado de siete mil francos, que llegó muy á tiempo para contribuir á los gastos del edificio. Llegó también con mucha oportunidad el premio á la virtud, que la academia otorgó á Juana Jugan (tres mil francos). Aun no estaban terminados los trabajos cuando empezó á aumentarse el número de las hermanas. Dios recompensaba al fin la constancia de los

fundadores. Su atrevimiento habia llegado al punto de pensar en establecer nuevas casas, y aunque las cuatro hermanas no podian acudir, sino por un milagro constantemente renovado, á todas las atenciones de la de San Servando, se hallaban decididas, sin embargo, á no dejar que esta pequeña poblacion fuese la única en disfrutar de los beneficios de su empresa. No atendian á su flaqueza; solo pensaban en hacer bien.

Luego que se aumentó el número, María Agustina partió para Rennes. Nada habia preparado: iba á probar de nuevo las maravillas que se habian obrado ya en su presencia. Su primer cuidado no fué el de recoger dinero, sino el de buscar pobres. Se instaló interinamente en un pobre local de un arrabal lleno de tabernas y figones. Allí, como en todas partes, se encontraron vivas simpatias y un poco de auxilio. Es uno de los caracteres propios de las Hermanitas recibir toda especie de limosnas; las más humildes son tan preciosas, y á veces tan dulces, como las de más valor. Contábase, no obstante, con las últimas hasta el punto de no titubear en adquirir una casa en Rennes. Cuando abandonaron el barrio en que se habian alojado provisoriamente, los soldados que frecuentaban las tabernas de que hemos hablado, ayudaron á trasportar las viejas, que ya se habian recogido.

Para sostener esta nueva fundacion, la buena madre Maria Agustina, que ya podemos llamar la Superiora general, dejó las cuatro Hermanitas que habia hecho venir de San Servando. Al dejarlas se llevó de Rennes dos postulantas. Bien se comprendió lo que esto significaba: habia allá, en efecto, como un diálogo entre las Hermanitas y la divina Providencia.

Por esto fueron fácilmente acogidas las proposiciones de Dinan, pequeña ciudad de la diócesis de San Briec, cuyo alcalde creyó hacer un acto de buena administracion dotando aquel pueblo con un hospicio de viejos, sin gravar los fondos municipales. Se vé que se trata de una poblacion de Bretaña, donde con tanta dificultad penetran el progreso y las luces, y no en todos tiempos se le hubieran ocurrido á un alcalde semejantes pensamientos.

Obtenido el permiso de los párrocos de la poblacion y la aprobacion del señor Obispo de San Briec, llegaron á Dinan las

hermanitas. Allí, como en Rennes, su primer cuidado fué el de instalarse interinamente en un local que habia antes servido de cárcel; local húmedo é infecto, por debajo del cual pasaban las cloacas de la poblacion, despidiendo miasmas que se habian creido insoportables y peligrosos para los presos. Las hermanas no se arredraron, sino que destinaron el aposento más sano para los viejos, y se quedaron con lo restante. Es costumbre suya reservar para sus huéspedes lo mejor, conforme exigen la caridad y el voto de hospitalidad. Esta antigua cárcel presentaba además la particularidad de que las puertas se cerraban todas por la parte de afuera, y era imposible encerrarse en ella.

Las hermanitas tuvieron, pues, que dormir durante muchos meses bajo la salvaguardia de la fé pública, si bien es cierto que nada en su mueblaje podia tentar la codicia. Fácil es adivinar, en efecto, lo que podian ser tales muebles, debidos enteramente á la limosna. Sólo pasados muchos meses hallaron una casa conveniente para abrigar y alojar á sus ancianos, y no tardaron tampoco mucho en disponer de todos los recursos necesarios para su manutencion.

Bien puede verse cuánto costó establecer y extender la Obra. Se acercaba ya el momento en que iba á adquirir un rápido y extraordinario desarrollo, sin que nadie, no obstante, pudiese preveerlo.

Hasta entonces se habia pasado sin pensar en mañana: correspondiendo á las gracias de la divina Providencia, y aun violentándola un poco, segun los preceptos de la Escritura, se habian creado, al terminar el año 1846, tres casas que se bastaban á sí mismas, y que ocupaban á quince ó diez y seis hermanas. Se ideó una cuarta fundacion, tratando esta vez de salir del estrecho círculo en que se habian hasta entonces encerrado, y de establecerse poco ménos que ochenta leguas lejos de San Servando.

Visita todos los años las poblaciones marítimas un cierto número de forasteros que buscan los buenos efectos de los baños ó el de costosas distracciones, y aunque se supone que las últimas no abundan en San Servando, no faltan algunos curiosos que traten de enterarse de las particularidades que ofrezca

como estacion veraniega; entre ellos hay uno que otro capaz de interesarse vivamente por la obra de las hermanitas.

De esta clase se encontró en 1846 un alma como las hay todavía en Francia, consagrada en el silencio á toda especie de bien y dispuesta á abrazarlo bajo todas sus formas. La humildad, la piedad de las Hermanitas, los grandes resultados que obtenian de sus pobres, alegres y contentos todos al admirar la divina misericordia que les habia reservado tamaña gracia para sus últimos dias, encantaron y conmovieron esta alma piadosa de que estoy hablando. Pensando en el bien que se habia hecho, pensaba en el que podia hacerse y en los pobres que podian cuidarse, los corazones que podian convertirse y las almas que podian ganarse para Dios. Si bien las Hermanitas no podian derramarse inmediatamente por todas partes, cada cual, se decia, debe esforzarse para atraerlas á sí y proporcionar á los pobres vecinos el beneficio de su abnegacion y á la poblacion entera el de sus oraciones.

¿Qué puede, sin embargo, una doncella sin crédito alguno y sin otro recurso que su buena voluntad? Todo, con tal que esté armada de una constancia inquebrantable, que se deje á Dios la gloria de todas las cosas y que sepa que El es el único que obra. A pesar de la distancia, las Hermanitas no rechazaron las proposiciones que se les hacian de pasar á Tours, no pidiendo más que lo que habian pedido en Rennes y en Dinan, un pequeño asilo y la libertad de obrar.

Hallóse luego un buen cristiano que se creyó muy honrado hospedando algunos dias á estas grandes servidoras de los pobres. Ignoro quién pagó su viaje, pero al llegar á Tours, en los primeros dias de Enero de 1847, les quedaban todavía algunos céntimos.

Tomaron al principio una casita en que pudieron acoger una docena de pobres, luego otra mayor, y en fin, en Febrero de 1848 adquirieron por ochenta mil francos un vasto local con jardin y capilla, y capaz para ciento cincuenta personas. ¿Cómo se pagó todo esto? ¿Cómo se alimentaba cada dia á tanta gente? ¡Siempre el mismo prodigio! Las sobras que cada dia se recogen y las diversas limosnas bastan para todo. Lo que otros arroja-

rian con desprecio, se trasforma en las manos de las hermanitas, y se convierte en un considerable recurso. En todas las casas que ahora existen y que más adelante enumeraremos, los sedimentos del café, cuyo jugo se ha extraído, pasa á ser la base de un desayuno sumamente agradable para los pobres ancianos. Ningun café se niega á dar este residuo, donde la Providencia cuida de conservar, en favor de los huéspedes de las Hermanitas, un poco de esencia y de aroma; á lo que de él puede extraerse: añádese un poquito de leche y con mendrugos recogidos en todas partes, en las casas mas diversas, en los colegios, en las pensiones y en los cuarteles se completa el desayuno. Con tan miserables recursos se da cada dia un sabroso almuerzo á doscientos y aun á trescientos viejos en una sola poblacion. Del almuerzo sobran todavia algunos pedazos de pan para servir en la comida, pues esta es una de las rentas mas abundantes de las Hermanitas.

»La fundacion de Tours figura entre las mas penosas que se han intentado. Por razon del corto número de hermanas que habia todavia en el Instituto, y de la distancia en que se hallaban las otras tres de Tours, estas, que habian llegado en Enero de 1847, y que habian recogido diez y seis ó diez y ocho pobres mujeres, quedaron solas cerca de cinco meses.

Debias alimentar á todas estas personas, hacer levantar y vestir á las achacosas, é instruir é ilustrar las almas, conservar la alegría en todos los espíritus (porque este es tambien uno de los cuidados de las Hermanitas) y por consiguiente redoblar sus esfuerzos más de lo que permiten las fuerzas humanas; de suerte que de las tres Hermanas que acudieron á esta fundacion, la Hermana Felicitas murió dos años despues de resultas de las fatigas que habia pasado, y la Hermana María Luisa, la superiora del arrabal de Santiago que conoce hoy todo París y que no tardaron en conocer y amar Lyon y luego Marsella, jamás ha podido recobrase enteramente, y arrastra una salud quebrantada, que no la impide servir activamente á Dios y á los pobres.

La fatiga, es cierto, no turbaba la alegría. Salían por la mañana llevando dos grandes cubos de hoja de lata, divididos en

compartimientos en los cuales se ponian los trozos de carne, los caldos, las legumbres y las diversas sobras que se recogian en la cuestacion. En la casa se trabajaba con toda la actividad que exigia, como es fácil comprender, el servicio de tantas viejas. Su reunion presentaba el conjunto de todas las miserias imaginables; mas del seno de esta lamentable pobreza, de estas repugnantes dolencias, de los asquerosos accidentes que suelen acompañar á la vejez, salia como un rayo de dignidad, de felicidad y de contento. Las almas eran felices por ver y gustar á Dios. Las Hermanas le honraban en los pobres; los pobres le amaban y le querian de sus Hermanas, y nada tan suave y tierno como el contento de estos pobres corazones felices, tranquilos, consolados, llenos de esperanza y reconocimiento.

Este último sentimiento era tan vivo como en los demas, en las Hermanas, que cada dia tocaban, por decirlo así, las misericordias y la bondad de Dios. A medida que se presentaban nuevas necesidades, la Providencia se apresuraba á satisfacerlas: hablamos de las necesidades urgentes é indispensables, pues nadie pensaba en lo agradable ni en lo supérfluo. Por otra parte las Hermanas se consideraban felices con las privaciones, que podian imponerse por amor de Dios, y mirar como á una dicha el ir, como ellas dicen, á *fundacion*, porque en estos casos consiguen algunas veces verse privadas de todo y sufrir algo por Dios. En tales aventuras no sienten las fatigas ni los sufrimientos: esta buena madre María Luisa, de que poco hace hablábamos, no escasea las ocasiones de poner en semejante prueba su salud quebrantada, y las demás, reducidas al mismo estado ó todavía ménos vigorosas, tampoco se toman mas pena.

La Madre general no se alarma por los quebrantos de su flaca salud, que más de una vez han puesto en peligro su vida y espantado á todas sus hijas: su primera compañera, hoy su primera asistente, la madre María Teresa, ya incapaz de otra cosa que de sufrir y orar, y eso que no llega á los treinta años (1), no se cree tampoco digna de compasion: ha cumplido la voluntad

(1) Murió el 12 de Agosto de 1853 siendo la primera asistente de la congregacion.

de Dios y se resigna tranquilamente; ha cuidado de los viejos y se deja cuidar á su vez; ¿qué es, en efecto, lo que podria echar de ménos? La querida Hermana Felicitas, en la bienaventurada mansion en donde está sonriendo á sus compañeras y á sus pobres, ¿se arrepiente acaso de su vida empleada en tan nobles trabajos? y ¿no tienden al mismo objeto todas las Hermanitas? á este objeto á que aspiran, este fin supremo que aman antes de haberlo gustado, que sostiene su celo y su abnegacion, las hace capaces de sufrirlo todo, de sacrificar sus gustos, su juventud, su salud y su vida, de sacrificarlos *sin provecho* á los ojos del mundo, si tal es la voluntad de Dios. Sus cuidados obtienen el apetecido resultado de parte de los pobres, pues tienen el consuelo de verles abrir sus almas á la verdad y morir realmente entre las manos de Dios. Pero no debe creerse que para obtener esta gracia no tengan que hacer mas que orar, afanarse por el alivio de los cristianos, sufrir el asco natural que producen sus dolencias y todas las privaciones inherentes á la pobreza del Instituto.

Muchas repulsas tienen que sufrir, y si es dulce y consolador ver tantos pecadores convertidos á Dios, no debemos olvidar á qué precio se ha obtenido este resultado. Los pobres huéspedes de las Hermanitas no son extraños á las luces de la *civilizacion* y á las glorias del *progreso*, tales como muchos las entienden. Estas luces y estas glorias entran por algo en el estado de degradacion en que han caido y contribuyeron á apartar de su alma el último freno que hubiera podido contenerlos y preservarlos de asemejarse á los irracionales. Lo que estos miserables pobres presentan más aflictivo y asqueroso no son las llagas y los humores de su cuerpo, sino más bien la ignorancia y las torpezas de sus almas. Pero es necesario explicarnos: de todo hay en las casas de las Hermanitas. Aquí un espíritu fuerte y un espíritu novelesco; el uno ha leído todos los filósofos del siglo XVIII y se burla de las supersticiones de la hermana que le cuida; otro está al corriente de todas las elucubraciones de los novelistas modernos y aspira hácia el Mesías y la religion del porvenir. Un tercero, que no es el ménos amable, conoce á los poetas: cita á Racine, á La Fontaine y aun á Horacio y Virgilio, es algo loco,

decidor, espíritu agudo, y tiene tanto conocimiento de Dios como el gorrion que se abriga en el techo. Otro, menos instruido, es un adorador del sol, de los cuales hay muchos, especialmente en los alarabadores de Paris: este astro, dicen, hace nacer el trigo y madurar la uva; tolo sonrie cuando él aparece, todo sufre y muere cuando se oculta; es la fuente del calor, de la vida y de todo bién, y no hay otro Dios que él.

»Este Dios es cómo lo, por otra parte, y no exige un culto pesado, permitiéndolo a temis que los hombres se entreguen á sus pasiones, á sus placeres y á todas sus torpezas. Las Hermanitas tienen mucho que hacer para levantar estos pobres séres á la dignidad de criaturas racionales, capaces de conocer, de amar y de servir al verdalero Dios. Más de una vez estarian á pique de perder la esperanza y más de una vez dando sus consejos, reprimien lo los vicios, y especialmente la borrachera, que es el que mayormente han de combatir, han sufrido malos tratos y aun golpes. Mas, aun en esto hallan un motivo de felicidad, pues para tales séres consagra los á Dios tolo se presenta al revés le lo que piensan y juzgan los hombres. Están avezadas á verlo y á juzgarlo tolo segun la fé, á no atender en nada á los instintos de la naturaleza decaida, y vengan de donde quieran el sufrimiento y la abyeccion, los reciben como un placer y un beneficio.

»Ignoro en verdad si en esta sumision entra un poco de cálculo, pues lo cierto es, y ellas lo experimentan cada dia, que no hay sacrificio de su parte que no sea recompensado antes que cumplido.

»En Tours, en medio de los trabajos de aquella penosa fundacion, las Hermanas estuvieron un momento con sólo dos jergones para dormir las tres. A consecuencia de su voto de hospitalidad, cuando se presenta una pobre en la casa y no tiene cama, una de las Hermanas da la suya y se arregla luego lo mejor que puede. Por otra parte, la cama de las Hermanas no es para muy envidiada de los pobres, pues sólo se compone de un simple jergon, conforme exigen el espíritu de mortificacion y de pobreza.

»Decimos, pues, que en Tours las tres Hermanas que habian

ya recogido siete mujeres, no tenían mas que dos jergones, los pusieron el uno junto al otro y esta fué la cama de las Hermanas. Pero además la cama se componia de una sola sábana, de una sola. Llegó en esto una octava mujer que traía su cama, pero sin sábana. La superiora dijo entonces á sus dos compañeras: hijas mías, vamos á partir esta sábana para la pobre mujer que Dios nos envia y luego dormiremos como podamos. Dicho y hecho: dos Hermanas tienden la sábana, la tercera toma las tijeras y va á cortarla, cuando se oye llamar á la puerta. Una de las hermanas va á abrir y se le presenta un jóven que le entrega seis pares de sábanas. Cuando la Hermana las llevó á sus compañeras, las tres se prosternaron de rodillas, llorando para dar gracias á Dios.

»Pudieran citarse mil casos acaecidos en cada una de las casas, en que se vé manifiesta la mano de la Providencia y la dulzura de Dios. Algunas veces las maravillas ofrecen otro carácter, ante el cual las Hermanas enmudecen llenas de admiracion. Se les habia dado, desde el comienzo de su fundacion de Tours, una mezquina marmita de hierro colado, apenas capaz para cocer la sopa de las Hermanas y de las ocho ó diez primeras pobres recogidas. La casa crecia sin que la marmita aumentase sus dimensiones, y sin embargo siempre bastaba: quince, veinte y hasta treinta pobres hallaron durante muchas semanas toda la sopa necesaria en esta pequeña marmita. No veo motivo para resistirse á admitir este hecho: todos los que hemos contado desde el comienzo de nuestra reseña son de la misma naturaleza: ¿es acaso más difícil aumentar la sopa en la marmita de los pobres, que multiplicar en las manos de las Hermanas los demas recursos necesarios?

Desde Tours, de en medio de las maravillas que acabamos de contar, debia adquirir su extension la obra de las Hermanitas. Dios permitió que contribuyese á ello para algo uno de los periódicos religiosos de Paris (1). Al discutirse en la Asamblea nacional el derecho á la asistencia, anunciado en el preámbulo de la Constitucion de 1848, dicho periódico sintió algunos es-

(1) *El Universo*. en que escribe el autor de esta reseña.

crúpulos y contó lo que habia visto en Tours y lo que sucedia en San Servando, en Rennes y Dinan. No influyó, por supuesto, en las decisiones de la Asamblea, pero resultó que de los diversos puntos de Francia, se presentaron á las Hermanas unas diez postulantas.

»Como las Hermanas de Bretaña y Turena, eran por la mayor parte pobres jornaleras ó simples criadas sin dote, deseosas de amar á Dios. Habiéndose aumentado la familia, nació el deseo de probar nuevas aventuras. Se trató de fundar una casa en Paris: pensamiento que habian abrazado ardientemente algunos miembros de las conferencias de San Vicente de Paul, los cuales, como tendremos ocasion de notar, no se interesaron tan sólo esta vez en lo respectivo á las Hermanitas.

»Hácia la primavera de 1849 llegaron á Paris la madre general y la madre María Luisa, que recibieron la hospitalidad de una casa de caridad tan pobre como la suya, y que tenia el mismo objeto de acoger á los ciegos, la casa de Nazareth.

»Las dos bretonas ni se asombraron ni se amedrentaron por el cargo que se habian impuesto. No conocian todavía á Paris ni se habian formado la menor idea de una ciudad tan grande; pero provistas de un mapa recorrieron las calles, buscando una casa que les conviniese. Algo les costó descubrir lo que deseaban, que era una casa grande, ventilada, situada en un barrio donde pudiesen hallar algunos recursos y ademas barata; se les indicó una y estuvieron á punto de cerrar el contrato, pero surgieron dificultades y hubo retardos y dilaciones. Entretanto era preciso vivir. Unas buenas religiosas de la Visitacion, fieles al espíritu de San Francisco de Sales, enviaban desde su convento algunas provisiones á las fundadoras. Otras almas caritativas, celosas de contribuir á la nueva empresa, no escaseaban sus limosnas.

»Sin embargo Dios permitió que las Hermanitas hallasen de nuevo en Paris todas las humillaciones de la mendiguez que habian sufrido en San Servando. Viéronse muchas veces obligadas á ir á las cocinas económicas que sirven las Hijas de la Caridad para recibir la porcion de sopa y de legumbres que se distribuye á los mendigos en cambio de bonos que valen uno ó dos sueldos.

»No sería acertado calcular el valor de los hombres por el precio de lo que comen; sin embargo puede asegurarse que la mayor parte de los que van á buscar en dichas cocinas las judías y patatas que deben formar su comida no son lo mas florido de la sociedad. Se encuentran allí pobres respetables que despues de haber recibido su porcion se apresuran á llevársela para repartirla á su familia; pero muchos otros se comen la pitanza inmediatamente, charlando en la calle ó en el patio, siendo por la mayor parte miserables ancianos ó desgraciados jóvenes sin familia ni domicilio, vagos y depravados, perezosos, borrachos y entregados á todos los vicios y á todas las industrias. En 1849 esta poblacion tenia un carácter especial; era entonces sumamente viva la miseria en Paris, el trabajo escaso y las pasiones se hallaban vivamente excitadas. A la hora de comer se veia reunidos alrededor de las cocinas económicas hombres en el vigor de la edad, cubiertos de indecibles andrajos que conservaban todavía en medio de la suciedad restos de cierta elegancia, y que denotaban ser propios de personas poco antes acostumbradas á ganar mucho y á gastar en la imprevision y el desórden cuanto ganaban.

»Su aspecto tenia muchas veces una expresion de cínica impudencia, y el conjunto contribuia á que fuese aquella una compañía poco agradable. Las Hermanitas, desconocidas y perdidas en medio de aquella extraña sociedad, de aquellos hombres insolentes y repugnantes, aguardaban su vez con los otros, ponian en el postigo su escudilla y se llevaban luego, por el precio de uno ó dos sueldos, la comida de la comunidad entera.

»De esta suerte se iban sucediendo las semanas y los meses. Á pesar de los disgustos de esta vida miserable y del fastidio de esta larga espera, cuyo término se entreveia y no llegaba nunca, nuestras Hermanitas solo sentian la ausencia de sus compañeras, la privacion de sus queridos ejercicios de comunidad, y sobre todo la separación de sus pobres.

»A pesar de todo perseveraban en su intencion de establecerse en Paris, aceptaban las incomodidades, las humillaciones y por decirlo así los olvidos de la Providencia, que no promovia ninguna circunstancia propicia para sacarlas de las penosas difi-

cultades en que se habian metido, y lo ofrecian todo á Dios para provecho de la casa que querian establecer.

»Como la Madre general fué llamada á otro punto para las necesidades de la Congregacion, dejó á la madre María Luisa el encargo de proseguir la conclusion de un negocio que parecia interminable. Entretanto el cólera empezó á hacer estragos; para pasar el tiempo y emplearlo á lo menos en algo, la madre María Luisa se ocupó en cuidar coléricos. Cogió la epidemia, que acabó de echar á perder su salud ya tan alterada. Despues de aguardar cinco meses halló al fin en la calle de San Jacobo la casa de que hoy es superiora y cuyo local sucesivamente agrandado contiene ahora ciento cincuenta pobres.

»Mientras costaba tanto trabajo establecerse en París, se realizaba otra fundacion en Nantes, á donde habia sido llamado el abate Le Pailleur por los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paul. Se concertaron pronto: las conferencias prometieron su auxilio, y el *buen Padre* dejó á sus hijas ó más bien á la divina Providencia el cuidado de proporcionarse cuanto necesitase el establecimiento. Difícil era negarse á tales condiciones; pero antes de emprender nada, el *buen Padre* pedia la autorizacion de los vicarios capitulares. Estaba entonces vacante la Sede de Nantes, y las Hermanas no se establecian en ningun punto sin haber obtenido la aprobacion del Obispo de la diócesis y el permiso del párroco. Se tuvo que aguardar algun tiempo la respuesta de los vicarios capitulares, y el abate Le Pailleur se vió obligado á partir de Nantes.

»Dejó allí á la madre María Teresa, primera asistente de la superiora general, con una de sus compañeras; le entregó veinte francos diciéndole: «Querida hija, Dios os bendiga; abrid una casa, yo volveré dentro de un mes; deseo hallar con vosotras muchos viejos y un cuartito para alojarme.» Con esta pequeña suma y con este breve consejo la madre María Teresa recibió la bendicion del *buen Padre*. La respuesta de los vicarios capitulares tardó en llegar veinte dias, y la pobre Hermana veia casi agotados sus recursos, pues no le quedaban más que cuatro francos. Había ya visitado una casa; se apresuró á alquilarla y ocuparla in mediatamente. Ai verla llegar el propietario, le pre-

guntó dónde tenía los muebles; ella no tenía mas que un poco de paja que acababa de comprar y que debía servirle de cama á ella y á su compañera.

»Sin duda seria este propietario buen cristiano, pues confió en Dios y no tuvo cuidado por el cobro de su alquiler. Las buenas hermanas se dieron prisa en buscar pobres, y cuando al cabo de tres meses volvió el abate Le Pailleur, halló una casa arreglada y provista de todo lo necesario. Habitábanla cuarenta viejos y podía contar con las simpatías de la poblacion. El *buen Padre* predicó á los huéspedes un pequeño retiro espiritual; muchos de ellos se han convertido. En fin, todo va á las mil maravillas y no se ha olvidado ni la celdita del *buen Padre*. Hasta este punto parece que la Providencia se afana en satisfacer los menores deseos de sus hijos.

»En la mayor parte de las poblaciones las hermanitas acostumbran ir al mercado á pedir limosna.

»Luego que estuvieron en Nantes se presentó una Hermana al mercado de legumbres y pilió á las vendedoras alguna cosa para las pobres mujeres. «Con to la mi alma, contestó la primera á quien se dirigió, con to la mi alma, pues lo que haceis es muy hermoso.»—«Si, en verdad, Hermana mia, respondió otra, porque cuando sea vieja necesitaré de vuestra casa.» Y en semejantes términos hablaban todas. Se llenaron tres sacos de sus dádivas y la Hermana se deshicia dando las gracias. Tomó un saco para cargárselo en los hombros, pero se lo quitaron luego, diciéndole:—«No lo llevaréis,» y reuniendo entre todas algunos cuartos, hicieron llevar al asilo toda la pequeña provision. Cuando se fué la Hermana la dijeron:—«Volved todos los miércoles y sábados; rogad por nosotras.»

El mismo año, además de estas casas de Paris y de Nantes, se fundó otra al extremo opuesto de Francia, en Besanzon. Allí no hubo retardo ni dificultad: todo lo habia prevenido una caridad generosa, y al llegar se halló una casa arreglada y provista de todo. No faltaba más que recibir los pobres. Así las Hermanas que habian ido á aquella ciudad bajo la direccion de la Hermana Paulina, segunda asistente de la Congregacion, hallaban que á las dos madres María Luisa y María Agustina les habian

sido reservadas todas las dulzuras de las fundaciones. Alcanzóse inmediatamente la aprobacion del señor Arzobispo de Besanzon, que á la primera visita vació toda su bolsa en las manos de las Hermanitas. En honor de la verdad debemos decir que esta bolsa no contenia más que cuatro piezas de cinco sueldos, que era cuanto tenia el Arzobispo.

»Puso este su moneda de calderilla á los piés de la estatua de la Santa Virgen, y se arrodilló con las hermanitas para dirigir una oracion á la Consoladora de los afligidos. Encargó luego á las hermanas que fuesen dos veces á la semana á recoger las sobras de su mesa frugal.

»En 1850 fueron fundados en Angers, en Burdeos, en Nancy y en Ruan nuevos establecimientos. No entraremos en los pormenores de esta nueva fundacion, pues seria repetir la misma historia. En Angers las hermanas se establecieron en una antigua capilla que el señor Cura de la Trinidad, el abate Maupint, hoy gran vicario de Rennes (1), les habia ofrecido.»

Bien quisiera insertar aquí todo el contenido de aquel interesante folleto. Las Hermanitas de los pobres no me habian de reclamar la usurpacion de la propiedad. Pasemos á narrar su venida á España y su instalacion en nuestro país, copiando siempre del mismo libro; despues de omitir lo mucho y muy curioso que contiene acerca de otras fundaciones en Francia y en el extranjero.

La primera fundacion española fué en Barcelona.

«El dia 19 de Marzo, fiesta de San José, protector de la Congregacion, llegaron á la antigua capital del Principado, acompañadas de la persona que las habia llamado, aquellas dos Hermanitas, hospedándose en una casa particular. Poco tardaron en conocer que en aquel país católico y caritativo habian de sobrar los recursos para una obra tan recomendable; así es que obtenida la vénia de quien corresponde, quedó resuelta desde luego la fundacion. Buscóse casa en que instalar á las Hermanitas, y las cosas marcharon tan deprisa, que habiéndose hallado una habitacion algo capaz en la calle de la Canuda, núm. 31, fué al-

(1) Ahora Obispo de San Dionisio.

quilada el 26, trasladándose á ella inmediatamente las dos religiosas, confiando como en todas partes con los auxilios de la Providencia. Dado aviso por telégrafo al Padre fundador del estado que tenían las cosas, envió sin demora la pequeña comunicacion que debia ponerse al frente del establecimiento, compuesta de la Madre María Isabel como superiora, de una Hermanita asistenta, y de tres Hermanitas más, que llegaron á Barcelona el 1.º de Abril, en aquel año, día de Miércoles Santo.

»No tardó Dios en dar visibles señales de su proteccion á aquella primera casa. Una persona que quiso ocultar su nombre, dió desde luego con que pagar un año de alquiler; sabiéndose por algunas piadosas personas y por lo que dijo al público el *Diario* de la localidad, que las Hermanitas se habian instalado en la referida casa, y que ordinarmente carecen de todo en el comienzo de sus fundaciones no cesaron de afluir á la casa de la calle de la Canuda donativos en dinero, ropas nuevas y usadas, y artículos de consumo de todas clases; y lo que mas precioso es para estas buenas religiosas, muchos pobres ancianos en busca de albergue y sustento. Quince ó diez y seis pobres quedaban ya admitidos é instalados en la casa á mediados de Abril, y no trascurrieron muchos dias sin que se viese completo el número de los que la misma podia contener.

»No queremos pasar en silencio un hecho que tuvo lugar, al admitir el primer pobre hombre que albergó la casa. Habíase empezado por recoger mujeres, que abundan por cierto en esta clase desvalida, y aunque se tenia destinado un cuarto de la casa, único que habia podido separarse, para alojar á cinco ó seis ancianos, nada habia todavia preparado para ello.

»Era un miércoles al anochecer, y se presenta un pobre viejecito de 84 años, pidiendo ser admitido. La Madre asistenta general le dijo que volviera dentro de algunos dias, pues no podian recibirlo en aquellos momentos, faltán doles todo lo necesario para alojarlo y mudarlo; (venia el pobre lleno de inmundicia y andrajos) insiste el anciano diciendo que no sabia dónde ir á pasar la noche; y al anunciar su nombre, que era el de José, prorrumpe la madre Isabel diciendo: «Se llama José, y hoy es el dia dedicado al Santo, es San José quien nos le envia,

guardémosle.....» Dicho y hecho; se preparan para limpiarlo y mudarlo, pero en aquel momento se acuerdan de que no tienen ropa alguna para hacerlo. «Vaya V.d. (lijo la madre asistenta á la superiora) vea si entre los vecinos encuentra alguna camisa y alguna ropa usada de hombre con qué cambiarlo.» Sole, en efecto, la superiora, y antes de que hubiese tenido tiempo de hablar con nadie, llega un desconocido y trae un traje nuevo completo para hombre, y á poco rato vuelve la madre Isabel con otra ropa de la misma clase, ya usadas.

»Hechos como este, tan repetidos en las fundaciones de las hermanitas, podrán parecer casuales á las personas indiferentes: nosotros, hombres de fé, preferimos ver y contemplar en ellos la mano de la divina Providencia, y otra prueba más de la visible proteccion que dispensa al instituto.

»Empezó por aquellos dias la madre superiora con otra hermanita las cuestaciones en los mercados, y las buenas vendedoras dieron en abundancia verduras y legumbres con la mejor voluntad del mundo. No tardó en proporcionar el buen San José una hermosa borrica y una molesta tartana con qué ayudar á las hermanas á trasportar á la casa el fruto de las abundantes colectas, y los muebles y otros objetos de peso que no podrian llevar sobre sus hombros.

»Manresa habia de ser la segunda poblacion de España que debia verse favorecida con una fundacion de Hermanitas de los pobres. Habiéndose acordado la supresion de la mendicidad, y teniendo noticia aquellas autoridades locales del nuevo instituto que poseia Barcelona, creyeron que nada podia favorecer su intento como el establecer un asilo para los ancianos pobres y mendigos, que no faltaban en aquella ciudad, y confiarlo á estas buenas religiosas.

»Diéronse los pasos necesarios cerca de los superiores, y en su misma residencia de la Torre de San José se pidió y obtuvo á últimos de Mayo de 1863 la fundacion de Manresa. Habíase cedido para casa de beneficencia el ruinoso edificio que fué convento de Capuchinos, deliciosamente situado; y allí, al lado mismo de la cueva donde el gran San Ignacio escribió sus admirables ejercicios espirituales, que tantas almas han ganado para.

el cielo, se instalaron en 23 de Agosto siguiente las Hermanitas de los pobres, medio reparadas algunas piezas, y faltando todavía puertas y cerraduras en muchas ventanas. Hoy aquella casa, en la que con los auxilios de Dios, se han hecho muchas reparaciones y construido una hermosa capilla interior, contiene sesenta y tantos pobres ancianos de ámbos sexos, y á pesar de los cortos recursos de una ciudad subalterna, no falta lo necesario para mantenerlos (B).

»Entre tanto, Barcelona no podia quedar rezagada: el Padre Le-Pailleur habia escrito á la persona que se le habia dirigido para aquella fundacion, pocos dias despues de haberse realizado, las siguientes frases: «Tengo la mayor confianza en que Dios »benedicirá tantos esfuerzos, y en que esta semilla por V. l. sembrada en la católica tierra de España, germinará y dará abundantes frutos, no solo en esa ciudad de Barcelona, si que también en otras muchas, segun la voluntad de Dios, para su »gloria, para la manifestacion de su Providencia y para bien »temporal y espiritual de un gran número de sus pobres.» Esta confianza, y casi diríamos esta prediccion, no podia quedar y no quedó defraudada en un país protegido por la Santísima Virgen de la Concepcion, patrona del instituto.

Eran numerosos los pedidos de los pobres para entrar en la casa de las Hermanitas, y la de la calle de la Canuda no podia ensancharse, y era muy limitado el número de los que podia contener. Pensóse en una casa del *Ensanche* que se estaba concluyendo en la plaza Cerdá, y en pocos dias quedó ajustada, y se procedió á su habilitacion para ser habitada por los interesantes huéspedes que habia de albergar. En 1.º de Diciembre del mismo año 1863, la nueva casa abria sus puertas á las Hermanitas y á sus pobres: en ella pudieron admitirse hasta 160 ancianos de los dos sexos, y allí pudo desarrollarse y darse á conocer la Obra de tal modo, que muy pronto ganó el afecto y las simpatías de las clases todas de aquella industriosa poblacion.

»El fruto de estas simpatías debia manifestarse algun tiempo despues, pues habiendo surgido dificultades para la continuacion del arriendo de la casa del *Ensanche*, hubo de pensarse por las

Hermanitas y por sus bienhechores en edificar una casa propia, contando solo, como siempre, con el auxilio de la Providencia, que no ha dejado de ostentar su poder en todos los siglos, en empresas de esta naturaleza. Asomaba el año 1866, año excepcionalmente funesto para todos los intereses de la antes floreciente capital del Principado, y en medio de estas aflictivas circunstancias, aprovechando algunos recursos que Dios proporcionaba, se tuvo el valor de proyectar la Obra.

»La empresa arredraba á muchos, la prudencia humana aconsejaba desistir de semejante intento; se escribió al Padre Superior exponiéndole todas las razones en pró y en contra, y la respuesta por telégrafo:—«Adelante, confianza en la Providencia,» quitó todos los escrúpulos.

»Concertóse un terreno bastante espacioso en el mismo *Ensanche*, frente á la estacion del ferro-carril de Zaragoza; dióse principio á las obras, y Barcelona atónita pudo presenciar en Marzo del año 1867 y ántes de cerrar el cuarto año de su fundacion, la traslacion de los pobres y de las Hermanitas á la nueva y grandiosa, pero modesta casa, que ha de albergarlas para siempre.

»Dios ha querido premiar este gran acto de fé y demostrar al mundo el poder de las Obras que en Él ponen toda su confianza.

»Nos habiamos distraído un poco al hablar de la casa de Barcelona, y hemos de volver la vista atrás, porque en el mismo año 1863, tan fausto en este sentido para nuestro país, presenciaba España otra fundacion de Hermanitas en su más privilegiado suelo. Granada, la poética, la hermosa Granada, Eden del musulman; que los Reyes Católicos conquistaron y devolvieron al culto del Dios verdadero, realizando al mismo tiempo la unidad de esta nacion venturosa, informada por quien tenia en ella amigos, de la reciente introduccion y de los progresos del Instituto en Barcelona, habiendo leído la sucinta historia del mismo, que dejamos reproducida en este opúsculo, se apresuró por medio de las personas más visibles de la poblacion á pedir al Padre Le-Pailleur que concediese á la ciudad de San Juan de Dios una fundacion de estas, que bien pueden llamarse nuevas hijas de

tan gran Santo. Es tan sentida y llena de unción la carta en que se pedia la fundación de Granada, y tan poderosas las razones que la abonaban, que los buenos superiores no pudieron ménos de otorgarla, arrasados los ojos en lágrimas de ternura.

La víspera de Navidad llegó allí la pequeña y santa colonia, conducida por la madre Lucía, superiora en 1860 de la casa de París de la avenida Breteuil, en donde, como dijimos en su lugar, creemos inspiró Dios la primera idea de traer á España las Hermanitas de los pobres.

Se han hecho algunas tentativas para edificar una casa propia, y lo han retardado hasta ahora las circunstancias; pero tenemos razones para pensar que no está lejos la realización del proyecto. Entre tanto viven las hermanas con sus ochenta ó noventa pobres ancianos en una espaciosa casa que conserva tradiciones del héroe de la Caridad, honor de nuestra patria, San Juan de Dios.

»La de Lérida siguió á estas fundaciones en el año inmediato de 1864, y por cierto que fué laboriosa, como en algunos puntos, por falta de casa á propósito. Empezóse en un cuarto segundo de condiciones poco favorables, y aun cuando poco tiempo despues pasaron al piso principal de una hermosa casa con jardín de la calle de Caballeros, por la dificultad de subdividir el local no han podido albergarse en ella más que veinte y tantas mujeres ancianas. El celo y la generosidad de las buenas personas que allí tomaron la iniciativa y que han seguido constantemente favoreciendo la Obra, no podía quedar ocioso, y merced al desprendimiento de una de ellas, muy pronto irán á ocupar las Hermanitas un bonito y bien situado edificio que se está concluyendo, con capilla, agua, huerto y hermosas vistas al campo, donde se alojarán cómodamente sesenta y tantos pobres de ambos sexos, que es lo bastante para aquella población.

Lorca, á donde habia llegado la fama de la abnegación de estas sencillas y caritativas religiosas, quiso también confiar á su celo el cuidado de sus pobres ancianos.

El convento de San Diego fué cedido al efecto por la municipalidad, habiendo tomado la iniciativa secundado por otras per-

sonas piadosas, el esposo de una santa señora que falleció en el anhelo de ver esta fundacion en su pais, y cuyo objeto, aun antes de conocerla, se habia anticipado á imitar, albergando y manteniendo en su casa de continuo á dos pobres ancianas. Se adquirió la huerta del convento que habia sido enagenada, y este asilo de Lorca, que contiene por ahora sesenta y tantos viejecitos de uno y otro sexo, que bendicen á la Providencia por el favor que les ha dispensado, goza como en todas partes de la proteccion de aquellas autoridades y de las simpatías de la ciudad.

»Por este tiempo (Diciembre de 1864), el buen Padre fundador y la madre superiora general, al ver el progreso de su Obra en España, acordaron hacer un viaje á este país, á fin de visitar las casas establecidas, ver por sus ojos el estado de las cosas y juzgar por sí propios de la conveniencia y de la oportunidad de otras fundaciones que estaban indicadas. Muchas fueron las satisfacciones de que se vieron rodeados los superiores en este viaje, en que emplearon unos tres meses, y muchas las ciudades que les pidieron sus Hijas. Al paso por Cataluña visitaron el famoso monasterio de Monserrat, y allí, en aquellos sagrados riscos donde se venera hace once siglos la prodigiosa imágen de la Madre de Dios, bajo el título con que es conocida del mundo entero la original y pintoresca Montaña, pusieron los fundadores las nacientes casas de España y las que más adelante se estableciesen en este suelo, bajo la especial proteccion de la Santísima Virgen, que antes de ahora y en aquel mismo sitio habia sido visitada é invocada por otros fundadores de Ordenes religiosas que han dado y dan todavía dias de gloria y no poco consuelo á la Iglesia. Pasaron de Cataluña á Granada y á Lorca los fundadores, y en esta excursion, Málaga y Antequera á donde habia llegado la fama del instituto, pidieron sus respectivas fundaciones, que tuvieron la dicha de ver realizadas en el curso del año 1865.

En Málaga, personas notabilísimas por su bondad y su posicion, se han hecho los decididos protectores de las Hermanitas. Por ahora ocupan una casa alquilada que da asilo á ochenta y tantos pobres ancianos; todo estaba preparado en aquella

hermosa ciudad para empezar las obras de un edificio nuevo á propósito, y cuyos planos creemos están concluidos y aprobados. La crisis que afectó y pesa todavía sobre las principales ciudades mercantiles de nuestro país, es seguramente causa de que no se haya levantado la construcción deseada.

Aunque no es cosa nueva en la interesante historia de las Hermanitas, no queremos pasar en silencio un hecho ocurrido en Málaga en los primeros tiempos de aquella fundación, que es á la vez la confirmación de la protección del glorioso San José en favor del Instituto, y de la fé ciega de estas sencillas Religiosas en su patrocinio y en la Providencia divina.

Una mañana en que nada habia quedado de las provisiones del día anterior, amaneció lloviendo á torrentes. Ni tenían paraguas las Hermanitas, ni este mueble habria servido para nada en aquellos momentos. La cocinera se presentó á la buena Madre diciéndola que no tenia con qué preparar la comida; la lluvia era tan extraordinaria y pertinaz, que no le ocurrió á esta enviar al mercado á la Hermanita demandadera. «San José sabe bien, respondió, que nada tenemos y que es imposible salir; él proveerá.» Y en efecto, eran las nueve de la mañana, el aguacero no cesaba, y en medio de lo fuerte del temporal llaman á la puerta: era un guardia civil que, mojado como una sopa, llevaba de parte de la autoridad doce libras de carne, que habian sido decomisadas por haber querido introducirse con defraudación de los derechos de consumo.

La fundación de Antequera hecha bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús, sucedió á la de Málaga; empezó allí con modestas proporciones, y siguió adelantando como todas. Pronto estuvo llena la pequeña casa que sirvió de primer asilo á los pobres de las Hermanitas, pero no tardó San José en proporcionar otra mayor. El caso fué como sigue, y tenemos una singular complacencia en darlo á conocer á nuestros lectores con toda su encantadora sencillez. Dijeron á la superiora que habia en la ciudad una casa grande pero muy destartada que pertenecía á un título, y que tal vez se la alquilarían. Fué á verla; pero al paso que vió que en efecto era muy capaz, conoció que habria que gastar algo para habilitarla. Ocurrióle escribir al

dueño, en estos ó parecidos términos: «Señor M..... la casa que habitamos con nuestros pobres es muy pequeña para las necesidades de esta poblacion; Vd. tiene una bastante grande en la calle tal, en que podriamos albergar á muchos más, si Vd. tuviese la bondad de cedérnosla, haciendo algunas reparaciones y entendiéndose con San José para los alquileres.» La persona á quien la carta iba dirigida, por lo visto tenia corazon y fè, y así la respuesta no se hizo esperar: «—Madre superiora, contestó, la carta de Vd. de tal fecha me ha causado la mayor satisfaccion: ocupe usted la casa que me pide, y entiéndase con un maestro albañil para la obra que necesite; yo ya me he entendido con San José para los alquileres.»

«La ciudad de Antequera, cuya devocion á San José es general y extraordinaria, se complace en socorrer y festejar á nombre del Santo glorioso, á los pobres de la casa de las Hermanitas durante todo el año, aprovechando todas las ocasiones, y en las formas más ingeniosas y delicadas. El 19 de Marzo, el dia de Jueves Santo, el dia de San Agustin, fiesta del buen Padre Fundador, y en otras solemnidades, se sirven á los pobres por los vecinos y bienhechores, comidas extraordinarias en medio de la alegría y contento de obsequiadores y obsequiados; como si esto estuviese ya en las costumbres de la poblacion. Tenemos á la vista muchísimos rasgos de la proteccion del Santo esposo de la Virgen y de la fè sencilla de moradores y Hermanitas, y no nos bastaria para referirlos la mayor parte del espacio de que podemos disponer; baste esta indicacion general, además del hecho particular que hemos referido.

Mientras así iban creciendo y consolidándose las fundaciones españolas, el año 1866 con sus crisis, sus guerras y sus aparatos de trastornos, que tanto afectaron todos los ánimos, y tantos intereses destruyeron, vino á detener su marcha. No quiso, sin embargo, el Cielo que fuera estéril para la Congregacion de las Hermanitas en España el período á que hacemos referencia. Uno ó dos años antes, algunas personas piadosas, entre las cuales descuellan Señoras ilustres bien conocidas por sus virtudes, y sobre todo por su caridad activa, habian hecho ges-

tiones para establecer en Madrid una casa de hermanitas; pero los superiores no habian creído que el momento favorable para ello fuése llegado todavía. En los últimos meses de 1866, y por inescrutables designios de Dios, se reunieron á aquellos elementos otros nuevos, y todos juntos empezaron con tanta fortuna á trabajar en esta buena obra, que cuantos obstáculos se habian hallado ó temido, cedieron como por encanto. ¡Había sonado la hora oportuna en el reloj de la Providencia! Escribióse al Padre fundador, quien, mejor dispuesto, ordenó que la madre asistente general, María de la Concepcion, con la hermanita Estefanía María, hoy superiora de la casa de esta corte, viniesen á ella para tratar este asunto.

»Llegaron en efecto á Madrid el 27 de Noviembre las dos hermanitas, y mediante el permiso que previamente se habia obtenido de Su Eminencia el señor Cardenal Arzobispo, en términos los más benévolos y afectuosos, y el que dieron con la mejor voluntad las autoridades civiles, que habian comprendido al instante la utilidad é importancia religiosa y social de este hermoso instituto, tardóse solo en fundar esta octava casa en España lo que se tardó en hallar una habitacion algo capaz para albergar un número de pobres ancianos, bastante para dar una idea cabal de la Obra.

»Tomóse en arriendo el cuarto principal y parte del segundo de la casa núm. 148 de la calle de Hortaleza, y el día 2 de Enero del corriente año se trasladaron á ella las dos hermanas. El siguiente día quedaba instalada la pequeña comunidad con seis hermanas más que vinieron del Noviciado y de las casas de Barcelona, de Lérida y de Antequera. Recibieron seguidamente como de costumbre algunas mujeres, y á la hora presente 46 pobres viejecitos de ambos sexos ocupan todas las camas que pueden contener las habitaciones.

»El público en Madrid no se ha distinguido ménos que el de otras poblaciones en su afecto y simpatía para con estas sencillas y modestas hijas de la más santa de las virtudes, y las clases todas de la capital de las Españas, desde la más elevada hasta la más humilde, se esmeran á porfía en visitarlas y socorrerlas. En los mercados fué un verdadero acontecimiento el presen-

tarse la Hermanita, primero con un saco y despues con un modesto borriquito, que les fué regalado, á pedir para sus pobres. Como las necesidades eran pocas en los primeros dias, al ver que se retiraba la Hermana sin haber recorrido más que una pequeña parte de la plazuela, las vendedoras que se creian desatendidas, se levantaban y la rogaban, hasta con lágrimas de ternura, que aceptase alguna cosa. Las señoras y otras buenas almas se dieron tal prisa en dotar á la casa de los muebles, ropas y auxilios necesarios, y de vasos sagrados y ornamentos para su modesta capilla, que hoy, dentro de sus limitadas proporciones, parece la de Madrid una casa fundada hace años.

»El domingo de Septuagésima, dia 17 de Febrero, S. E. I. monseñor Barilli, Nuncio Apostolico en estos reinos, tuvo la dignacion de celebrar la primera Misa en el pequeño oratorio de las Hermanitas. Un rasgo muy frecuente entre los habitantes de la coronada villa, demostrará al mundo cómo se entiende aquí la celestial virtud, tan perfectamente descrita por el Apóstol de las gentes. Las muchas personas que visitan la casa, sabiendo la devocion y la confianza que las Hermanitas tienen en su glorioso protector San José, tan querido y venerado en España, se complacen en enviar todos los dias víveres, ropas y otros objetos que hacen falta, á nombre del glorioso esposo de la Virgen María; modo ingenioso y cristiano de dar limosna segun el precepto evangélico. Sólo hace falta aquí, para que la Obra se desarrolle en la escala que exige y merece la córte de la nacion católica por excelencia, que se encuentre una gran casa ó los medios de edificarla, á fin de que tantos pobres como solicitan su ingreso en el asilo de las Hermanitas de los pobres, puedan lograr este consuelo.»

Este deseo, manifestado en el folleto de que hemos copiado estas noticias, aun no se ha cumplido, por desgracia, para los pobres de Madrid. Mas este deseo me recuerda un hecho que por via de antítesis quiero consignar aquí.

Paseaba una tarde de Julio de 1866 por las inmediaciones de Bilbao cuando me llamó la atencion un edificio suntuoso y todavía sin concluir, mas allá de Abando y no léjos de la ria. La curiosidad me hizo preguntar por él y se me dijo que era San Ma-

més y el edificio destinado á Hospicio general y asilo de los pobres de Vizcaya. Un vascongado que estaba á mi lado se sonrió maliciosamente y lo designó con un nombre algo equívoco y burlesco. La historia de él es triste. El edificio fué donado á la Diputacion con el noble y piadoso objeto de recoger los mendigos, escasos en aquel país, ancianos, desamparados y pobres inválidos. Van gastados en el edificio mas de 60.000 duros y está sin concluir, y ¿quién sabe si al fin se verá poblado?

Las Hermanitas de los pobres hubieran resuelto este problema sin costarle al país un maravedí.

Antes de concluir este párrafo no podemos menos de insertar aquí la lista de las fundaciones que las Hermanitas de los pobres tenían hace un año, es decir, á principios de Junio de 1867.

Son las siguientes:

FRANCIA.

San Servando.	do, en Saint-Pern, cerca Béchereh (Ille et Vilaine).
Rennes.	Caen.
Dinan.	Saint-Etienne.
Tours.	Perpiñan.
Nantes.	Montpellier.
París, calle Saint-Jacques.	Agen.
Besanzon.	Poitiers.
Angers.	Saint-Quentin.
Burdeos.	Listeux.
Ruan.	Annonay.
Nancy.	Amiens.
París, avenida Bréteuil.	Roanne.
Laval.	Valenciennes.
Lyon, la Villette.	Grenoble.
Lila.	Draguignan.
Marsella.	Chateauroux.
Bourges.	Roubaix.
Pau.	Boulogne-sur-mer.
Vannes.	Dieppe.
Colmar.	Béziers.
La Rochela.	Clermont-Ferrand.
Dijon.	Lyon, Croix-Rousse.
Saint-Omer.	Metz.
Bres.	Niza.
Chartres.	Lorient.
Bolbec.	

París, calle Beauveau, hoy calle Becaria.	Nevers.
Tolosa.	Flers.
Saint-Dizier.	Villeranche.
El Havre.	Cambrai.
Blois.	Niort.
Le-Mans.	París, calle Philippe de Girard.
Tarare.	Les Sables d'Olonne.
París, calle N. D. des Champs.	Troyes.
Orleans.	Maubeuge.
Estrasburgo.	Nimes.
La Torre de San José, Novicia-	Tolon.

ESPAÑA.

Barcelona.	Málaga.
Manresa.	Antequera.
Granada.	Madrid.
Lérida.	Jaen.
Lorca.	

INGLATERRA.

Londres, Westminster.	Birmingham.
Londres, Southwark.	Plymouth.
Manchester.	Leeds.
Bristol.	Newcastle.

ESCOCIA.

Glasgow.	Edimburgo.
Dundee.	

BÉLGICA.

Lieja.	Bruges.
Bruselas.	Namur.
Louvain.	Amberes.
Jemmapes.	Ostende.

SUIZA.

Ginebra, Carouge.

Un reparo se nos ha hecho por personas bien intencionadas acerca del contenido de este párrafo.

—Aquí se trata, me han dicho, acerca de *la sopa de los conventos*. ¿Qué tiene que ver eso con las hermanitas de los pobres?

—Prescindiendo de lo que ya se dijo al principio del párrafo, me contentaré con responder un juego de palabras. Si las hermanitas de los pobres no personifican *la sopa de los conventos*, en cambio son la personalidad de *los conventos de la sopa*.

Et voila tout, como dicen nuestros vecinos.

Nada diré aquí tampoco de la sopa *económica*, á fin de que no se me diga que al defender la caridad monástica involucro cosas que no tienen conexión con ella y con la ridiculizada sopa. Y con todo, la sopa ó comida que se dá hoy día en Barcelona y Valladolid, como en París y otros grandes centros de poblacion, está servida casi monásticamente, y hermanas de la Caridad son las que la condimentan y distribuyen, y sobre todo las que corren con hacer las compras. Ello es que para dar de comer á los pobres económicamente no hay más remedio, al plantear estas cocinas segun los sistemas conocidos, que acudir á uno de los dos agentes poderosos que pueden servir de estímulo en esta materia, la *caridad* ó el *interés*. Aquel es el medio indicado por Dios y por la Religion; este otro es el del mundo. Yo no condeno la especulacion y el deseo de un lucro lícito, pero no puedo consentir que lo que se hace por lucro y por interés se prefiera y sobreponga á lo que se hace por caridad. En lo que se hace para especular á costa de la miseria hay siempre algo de sórdido, y la experiencia acredita que con facilidad penetra en ello la codicia. La caridad, por el contrario, sirve gratuitamente, no retira del capital ganancia alguna, no busca premio ni aun aplausos; su gloria y premio están en otra parte.



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

CAPITULO XIII.

LA SOPA DE LOS CONVENTOS EN LA ACTUAL PENURIA.

Los presentes artículos en vindicacion de la caridad monástica ultrajada y befada de un modo tan falso como irritante bajo la frase de *La Sopa de los conventos*, han sido escritos en medio de la penuria, hambre general y horrible miseria del aciago invierno de 1867 al 68. El hambre no ha cesado, la miseria crece y el invierno de 1868 al 69 se presenta en lontananza horrible y pavoroso. Los diputados de Castilla la Vieja instan á las Cortes, instan al Gobierno pidiéndole diez millones para poder dar un pedazo de pan á los famélicos habitantes de vastas comarcas en que no se vé yerba ni vegetacion alguna, en que se muere todo el ganado, en que los arrendadores abandonan los campos y los dueños no hallan quien reemplace á los que se van. En medio de esta miseria el declamar contra la sopa de los conventos es un ultraje á la miseria pública, es un acto de brutal egoismo, es la burla inmoral y estúpida del que se rie de los gestos y contorsiones del que padece y agoniza, mientras él tiene salud y la tripa llena.

De buena gana hubiéramos publicado la estadística de los pobres á quienes durante este horrible invierno ha podido atender la caridad monástica en los escasos conventos que en España restan. En alguno donde los hemos pedido se han negado á decirlos. — *Dios lleva la cuenta de ellos*, nos dijo el superior de una casa, *y no se le olvidará ninguna partida*. Qué importa que

lo sepan los hombres ó no lo sepan. ¿Acaso estas cosas se hacen para que las sepa el mundo?

¡Magnífica respuesta! ¡respuesta altamente católica y española! Nuestros padres cuidaron más bien de hacer altas cosas que no de escribirlas, como decia el P. Mariana. Es el modo de que no las aje el hálito emponzoñado de la vanidad y del orgullo. Ellos hacen estos actos de caridad por amor á Dios, no cuentan para nada con el aplauso de los hombres, y antes bien la maledicencia y la burla y el sarcasmo son los medios de purificar esas buenas obras que se hacen tan solo por amor divino.

Pero si no fuera por ese silencio decoroso y propio de la humildad evangélica, ¿qué cuadro pudiéramos presentar aquí?

Algunos datos tomados al azar, sorprendidos más bien que averiguados, nos pondrán en camino de ello.

Los Padres Dominicos de Ocaña han estado, y aun podemos decir que están dando de comer actualmente á más de 300 pobres un dia con otro. A la escasa comida sobrante, pues los Dominicos españoles siempre han sido sóbrios y austeros, añaden diariamente sobre diez y seis arrobas de patatas. Id á decirles á esos infelices manchegos que son holgazanes, que por qué razon en pleno siglo XIX acuden á la infamante sopa de un convento. Piden jornal, y no hallan quien lo dé; pues los pequeños propietarios se hallan apurados. Entre robar ó pedir limosna, prefieren lo segundo.

Este dato nos lo ha suministrado persona bien relacionada en aquel pueblo y con aquella comunidad, y bajo su fé lo damos al público.

En el monasterio del Escorial se han estado manteniendo este invierno más de doscientos pobres, pasando algunos dias de trescientos los socorridos, con la comida sobrante y lo que á ella se añadía.

Los Padres escolapios de Getafe han mantenido tambien con el sobrante de su no rico colegio, á los pobres del pueblo y de otros adyacentes. Los socorridos por los dos colegios de ellos en Madrid pasarán de doscientos, y no podemos decir el número fijo porque la humildad de estos pobres sacerdotes no ha permitido que lo averiguásemos.

Con esto se responde tambien á los que dicen que la sopa de los conventos, sobre ser hedionda, era escasa y nada nutritiva, reducida á varios mendrugos de pan mojados en un caldo repugnante mezclados con huesos de carne, espinas de pescados y otros alimentos heterogéneos. En la mayor parte de los conventos, siempre que sus bienes lo permitian, se mezclaban en la comida sobrante una porcion de pan, patatas ú arroz en cantidad mayor, que hacian desaparecer aquella parte sobrante entre la otra mayor cantidad de provisiones que se habian preparado aparte y no salian á la mesa. Los ejemplos citados del convento de Ocaña y monasterio del Escorial lo acreditan asi. No atestiguamos con muertos, ni solamente con hechos y cosas que ya han pasado. Cerca están de Madrid uno y otro establecimiento y fácilmente puede convencerse por sí mismo el que lo dude, ó intentar desmentirnos el que lo niegue.

¿Y qué dirémos de los centenares de niñas pobres asistidas por las hermanas de la Caridad en los dos asilos de Santa Isabel y del Príncipe Alfonso, cerca de los dos citados colegios de la Escuela Pia? En ambos asilos reciben diariamente educacion y almuerzo gratis mas de seiscientas niñas.

Si tuviéramos por objeto hacer una estadística de los pobres que hoy..... hoy mismo, viven en Madrid y en otros puntos de España de la sopa de los conventos, tan mal traída y vilipendiada por los egoistas y sibaritas modernos, el resultado seria sorprendente de seguro.

Resultaria quizá que durante este penoso invierno los conventos de monjas y los escasos de regulares que aun quedan en España hayan mantenido aproximadamente 20.000 pobres, sin presupuesto, sin ruido, sin alarde alguno de vanidad ni orgullo. Esto no parecerá exajerado si se tiene en cuenta no solamente los datos anteriores, sino tambien lo que dan los conventos de religiosas en medio de su penuria y de su gran frugalidad. Las más pobres, entre todas las religiosas pobres, son las capuchinas. Viven de limosna que piden para ellas algunos piadosos donados, los cuales mendigan para ellas en las aldeas y en algunas ciudades. Trabajan además en coser, y generalmente lavan, remiendan y planchan la ropa de muchas iglesias, llevando por ello

una módica retribución; es decir que no viven tan solo de limosna, sino tambien de su trabajo, y trabajo rudo, cual es el del lavado, el planchado y el remiendo; y no pocas de ellas han arrastrado y podian arrastrar seda, y el mundo les brindaba con bienes y placeres.

Todo lo dejaron reduciéndose á llevar una túnica de paño grosero y sin camisa, á dormir en el suelo sobre una manta, á levantarse á las doce de la noche para ir á maitines, y despues de un breve sueño, casi sobre el suelo, pasar el dia cosiendo, lavando y planchando. Pues bien, esas pobres religiosas dan limosna, y no poca, y puedo asegurar que en uno de sus conventos más pobres, á donde me lleva muy de tarde en tarde el cariño fraternal, no he visto que se fuera sin limosna ningun pobre que se haya acercado á pedirla. Y si esto hacen las capuchinas, las más pobres entre todas las pobres, ¿quién será capaz de calcular lo que se dará en todos los conventos de religiosas de España, cuando ellas mismas ni lo saben, ni lo calculan, ni lo cuentan, ni quieren que nadie lleve la cuenta sino solo Dios?

Ahora vosotros los sibaritas, los caballeros de la Tenaza, los que comeis sin trabajar, los que matais el tiempo en ruinosos juegos de azar, ó charlando de politica, ó sosteniendo *dos caras* en vez de una, ¿qué habeis hecho en obsequio de los hambrientos?

Si habeis mitigado el hambre de alguno proporcionándole jornal, ó manteniéndolo de vuestro bolsillo, yo os aplaudo. Pero ¿por qué denostais á los que en medio de su pobreza han hecho lo que tambien vosotros habeis hecho?

Si en medio de la general penuria, vosotros habeis sido verdaderos caballeros de la Tenaza, agarrando y no soltando, en ese caso retiraos... no, no, seguid maldiciendo, porque vuestros elogios mancharian, porque entre vuestros elogios y vuestros sarcasmos son preferibles los sarcasmos y las burlas, porque de vosotros no deben esperar los católicos y los hombres de bien mas que maldiciones, porque cada uno obra segun lo que es y dá de lo que tiene, y vosotros llevais ya sobre vuestra frente el estigma de la maldicion, que algun dia oireis, pero ya

CAPITULO XIV.

RES PUESTAS Á VARIOS REPAROS.—ECONOMIA BUCOLICA MODERNA.—
EL PROGRESO ADELANTANDO HÁCIA EL AÑO 1789.

Las palabras que se acaban de citar al final del párrafo anterior debian ser la conclusion de este trabajo. En verdad que no se hallarán otras ni más graves, ni más autorizadas, ni más terribles, ni más oportunas para dar fin á un escrito en defensa de la caridad, que estas con que la Divinidad misma se dirigirá á los hombres sin caridad y sin entrañas, al final de esta *vida-sueño* del género humano, ó sea la humanidad en la tierra. Pero al fin este trabajo es una sátira, y por tal se ha tenido y tiene por las personas á quienes va dirigido, que al fin la sátira es látigo y azote, y para eso sirve. Pues qué, ¿han de tener esos señores el monopolio y el privilegio exclusivo de la sátira? Pues qué, ¿han de tener ellos derecho para burlarse de todas las cosas más santas y más nobles, y no han de tener los burlados derecho para burlarse de los burladores y devolver sarcasmo por sarcasmo?

Comprendo que mi trabajo haya indignado á muchos de esos señores. ¿Acaso escribo yo para darles gusto?

Ellos quisieran que sus víctimas, ó no contestaran, ó contestasen de rodillas, en tono suplicante y compungido, con mucha seriedad, dando disculpas y haciendo confesiones de faltas y delitos no cometidos. Pero presentarse con la burla y el sarcasmo, mirar cara á cara á los caballeros de la Tenaza, á los hombres de *siete fortunas*, (que hasta en esto se parecen á los gatos

que tienen *siete* vidas, segun la opinion vulgar, y devolver latigazo por latigazo, como quien dice diente por diente, cosa es para crispar los nervios á esos señores tan *aprovechados*.

En España siempre ha sido la fórmula de los que llamaba Quevedo *sastres monteses* decir al pobre viajero á quien iban á desvalijar:—Ladron daca la bolsa.—Y el pobre salteado contestaba en tono compungido, suplicando se le dejasen siquiera algunas monedillas para pagar en las posadas; monedas que el *tomador*, si era rumbon (que tambien entre los tomadores hay gente rumbona) dejaba caer al suelo, á fin de tener el gusto de *arrimar una puntera*, (frase de aquella gente), al infeliz desvalijado, mientras las recogia por el suelo. Pero atreverse un escritor á salir á la defensa de los desvalijados, reirse de las insolencias de los *aprovechadores aprovechados*, y hacerlos objeto de ridiculo cosa es para muy sentida. Con todo ya un poeta latino dijo allá en Roma hace muchos siglos

Cantabit vacuus coram latrone viator.

El caminante que nada lleva será capaz de pasar cantando por entre los tomadores de lo ageno. Eso me pasa á mí.

En este supuesto no he querido que fuese muy grave el final de un escrito que tampoco es sério, sino que tiene mucho de agridulce y de festivo aunque á veces sério é histórico.

Además hay que contestar á varios reparos que se han hecho y también á un discurso que ha visto la luz pública al concluir este trabajo.

Un periódico, de cuyo título ni me acuerdo ni quiero acordarme, dijo que el apologista de la sopa de los conventos seria alguno de los que se han quedado con las tajadas, dejando el caldo á los pobres. Tan poco caso hice de la invectiva, que ni aun tuve la precaucion de guardar el suelto, que verdaderamente es un *suelto*. Me detendré muy poco en él, pues en verdad estas cuestiones personales á nada conducen, y porque yo fuese malo, no habia de ser cosa mala que los frailes y los monjes socorriesen á los pobres con el sobrante de su mesa y algo más. Pero puedo asegurar que no he tenido parte alguna en esa *gran merienda de negros*, llamada en España la desamortizacion. Jamás quiso mi difunto padre comprar ni un terron de los lla-

mados bienes nacionales, ni aceptar una finca que se le adjudicase en pago de una deuda, ni sacar los bienes de una capellanía de familia. Tampoco he comido la sopa de ningún convento, como no se dé este nombre á los colegios de internos de los Padres Escolapios de Aragon de los que tengo el honor de ser discípulo agradecido. Por ese lado el insulto no tiene *razon de sér*, como se dice en la tontología moderna, ó como decimos en castellano corriente, no tiene fundamento alguno. Así, pues, la razon de la sinrazon que á la razon de la sopa conventual quiso hacer el periódico en cuestion no tuvo *razon de sér*.

Dejemos á un lado la cuestion personal, y vamos á buscar á los que han hecho el caldo gordo con los ingredientes de aquella tan despreciada sopa, de los cuáles y de sus *tajadas* (frase del periódico aludido) tenemos noticias recientes.

En un periódico del viérnes 5 de Junio leia la frasé siguiente, pronunciada recientemente por un amigo y compañero mio, á quien quiero mucho, aunque sus ideas no sean las mias, y á quien no nombro, pues que tengo que impugnarle cara á cara y noblemente, como puede hacerse entre amigos, cuando no se falta á lo que dictan la caridad y la cortesía. *Amicus Plato sed magis amica veritas*. Dice así el párrafo en cuestion:

»Los antiguos monasterios han ido desmoronándose poco á poco: sus materiales han servido para construir las casas de los antiguos mendigos (nótese bien), ¡los antiguos mendigos! que iban á recibir la limosna á sus puertas.»

Lo primero que se me ocurre y debo hacer observar al leer estas líneas, es que mi querido amigo ha tenido el buen gusto (y Dios se lo pague) de huir de la grosera burla de *la sopa*, y ha dicho franca y noblemente *la limosna*. Esto es hablar á lo caballero y como Dios manda. A tales tiempos hemos llegado, que hay que dar gracias porque á uno le hablen sin insultos, y de que no le apedreen cuando le dirigen la palabra.

La segunda observacion, que si fuera cierta levantaria en alto á ciertas gentes que hoy nos salpican de lodo á los pobretes que andamos á pié, es, que esos señores que hoy viven en casas fabricadas con los materiales de los conventos, antiguamente, es decir, hace unos 30 años, eran *mendigos*. Esto es más sério de

lo que parece, y yo me guardaria muy bien de consignarlo si no lo viese en letras de molde.

Así está escrito: «*los antiguos mendigos.*»

Así es que al ver en Madrid y en las principales ciudades de provincia á muchos de los aludidos en aquel discuso, ó bien al preguntar ¿quién es esa señora tan elegante, que con tanto aparato entra en esa casa? habrá que responder: «Esa señora es *hija* (ó *nieta*, que para el caso es lo mismo) de un *antiguo mendigo*, tan aprovechadito y vividor, que con los materiales de un monasterio que iba desmoronándose, y al cual ayudó á caer, hizo ese humilde tugurio en cuya construccion gaste ¡pobrecito! unos ochenta mil duros que habia recogido..... *de limosna*. ¡Para que vean ustedes si *la limosna* dá de sí!

Al ver salir los magníficos trenes y equipajes del Teatro Real en las noches de invierno, yo, que soy libre pensador—aunque no libre emisor del pensamiento, como podré dejar de llevar y exclamar allá en lo íntimo de mi corazón profundamente conmovido ¡pobrecitos! ¡¡cuántos *antiguos mendigos*!!

Solo me asalta la zozobra de que hallado ese modo de *desmendigar* los mendigos que restan, que no son pocos, pues no hace muchas noches ví llevar á San Bernardino más de sesenta recogidos durante el día, quieran continuar ensayando ese medio de desmendigar, que ya se ha tratado de ensayar en algunos puntos de España, procedimiento que se conoce con el nombre de *socialismo*, y como ya no hay monasterios que desmoronar, seria una broma pesada que los mendigos modernos dijesen á los mendigos antiguos:—Ahora nos toca á nosotros.

Seria esto un círculo vicioso, pues en tal caso los mendigos modernos pasarian á ser mendigos antiguos, y los antiguos volverian á ser mendigos modernos, y fuera entonces el cuento de nunca acabar.

Pero no hay que asustarse por eso, porque lo de los mendigos antiguos no pasa de ser una figura retórica hija de la imaginación lozana del autor; y con esto den Vds. por borrado todo lo dicho sobre los *antiguos mendigos*. Dudo mucho que haya en toda España uno que haya ido á la sopa y haya hecho fortuna con los bienes de los conventos. Por regla general los bienes de

estos pasaron á poder de ricos, no de pobres. Yo conozco las historias de las demoliciones de mas de cien conventos en España, y sobre todo sé los pormenores de cómo se adquirieron los de Zaragoza y otros pueblos de su provincia, los de Alcalá, Madrid, Salamanca, Avila, Zamora, Segovia y otros puntos. Son historias muy edificantes por cierto. Pues bien, en ninguna de ellas hallo ningun mendigo aprovechándose de los bienes de los conventos, y lo mismo sucederá, creo yo, en los restantes puntos de España. En general los compradores fueron escribanos, abogados, procuradores, agentes de negocios y demas *gente de pluma*, comerciantes al por mayor y al por menor, agiotistas, contratistas, empresarios y demas gente de hortería, empleados en oficinas de Hacienda, empleados de desamortizacion que se hallaban las alhajas de los conventos, y con las alhajas perdidas compraban las fincas á menos precio. Recuerdo muy bien la causa criminal que se formó á uno de ellos en una poblacion cerca de Madrid, por haber robado la custodia, cálices y otros muchos efectos de un convento, que iba vendiendo para comprar fincas de convento. Hubo tambien hidalgos de gotera, fabricantes, mayorazgos arruinados que vendieron sus bienes para comprar otros de los llamados nacionales.

En vano el Sr. Florez Estrada pretendia, como saben muy bien nuestros economistas, que los bienes de los conventos se repartiesen entre los labradores pobres, para formar así propietarios que tuvieran interés en sostener la revolucion, ó como se decia entonces, la Constitucion y el Trono, que son cosas muy distintas. Esto no convenia á los ricos que deseaban ser muy ricos, á los agiotistas, á los que entonces se mostraban como más ardientes en su interesada lealtad, sin perjuicio de llamarse antidinásticos ahora que ya se han *redondeado*, diciéndolo de palabra á todo el que quiere oirlo, ya que por la imprenta no se lo permiten las autoridades y la legislacion vigente.

La dilapidacion de los bienes de los conventos en España lo mismo que la de Inglaterra por Enrique VIII se hizo por los ricos y para los ricos. En Inglaterra la utilizó sobre todo la aristocracia, en España la mesocracia ó clase media, formando esa oligarquía que de muchos años á esta parte impera en España,

y tiraniza los pueblos con su caciquismo, sin tener las virtudes que la aristocracia antigua tenia en medio de sus no pequeños ni escasos defectos.

Dejemos, pues, á un lado lo de los *antiguos mendigos* para ponerlos con las notas del canto del cisne, el ave fénix, la espada de Damocles, la lanza de Aquiles, la caja de Pandora, el lecho de Procusto y demas objetos arqueológicos de las regiones de la fábula.

Supongo que con estas últimas observaciones les volverá el alma al cuerpo á esos pobrecitos señores afligidos con las primeras en que se verian amenazados de que en el Teatro Real, ó en la Fuente Castellana se atreviera algun bribonazo insolente á llamarlos *antiguos mendigos*.

Con respecto á los conventos que iban desmoronándose tengo tambien mis pequeñas dificultades. En Zaragoza, Barcelona, Valencia y otros puntos fueron quemados despues de robados, lo cual no es desmoronarse. En otras partes se les dieron barrenos y se los demolió á fuerza de pólvora, como sucedió con el grandioso y monumental convento de Santo Domingo en Toro, hallando demasiado lenta la accion de su piqueta. En otros se los demolió aprovechando para ello los andamios mismos con que acababan de ser reedificados, como sucedió con el celeberrimo de San Agustin de Salamanca, donde reposaban las cenizas de Fray Luis de Leon y las de San Juan de Sahagun llamado el Apóstol de Salamanca. Estando yo en aquella ciudad se sacaba piedra del célebre monasterio benedictino de San Vicente para las alcantarillas de la carretera á Valladolid, mientras que á pocos pasos de allí espiraban á docenas los hospicianos durante el cólera, albergados en un edificio mezquino y mal sano, situado en una hondonada y junto á la alberca ó cloaca pública descubierta. Dejemos, pues, á un lado lo del desmoronamiento, como otra licencia poética, pues á la mayor parte de ellos no les quedó tiempo ni aun para desmoronarse.

Y no fué esto solamente con los bienes y edificios de los conventos, sino que lo mismo sucedió con los de las universidades y colegios. Si algun incrédulo quiere saber la edificante historia de la venta de los bienes de la universidad de Al-

calá, sugetos hay todavía en la Central que podrán narrársela, y yo mismo lo diré, que al fin más callado estará entre todos.

La universidad de Alcalá de Henares fué vendida en unos mil duros á un personaje semi-mitológico, pues nunca se supo á punto fijo quién era. Este personaje, que segun se dijo y dice, era un agente, vendió la universidad pocos dias despues al excelentísimo señor D. Francisco Javier de Quinto, baron de Quinto y otros títulos, y á la verdad no fué caro. Algun tiempo despues, cuando se encontraron los restos mortales del Cardenal Cisneros, el pueblo de Alcalá se tumultuó; el señor baron quiso resistir, pero temiendo quizá se revolviere el espediente, ó que el pueblo de Alcalá, que no le profesaba ningun cariño, hiciese con sus cosas algun auto de fé, como el que hizo en 1854 el pueblo de Madrid, transigió con los complutenses y les revendió el edificio en 60,000 reales de vellon que dijo haberle costado, aunque es fama que ganó en el traspaso más de 2,000 duros.

Era oficial de Instruccion pública por entonces D. P. J. G., hechura del Sr. Quinto, y de quien hace gran elogio el Sr. Gil y Zárate en su llamada «Historia de la Instruccion pública en España.» Dice el Sr. Gil y Zárate que se asesoraba de aquel empleado para saber lo relativo á las antiguas universidades, y se conoce bien segun las noticias que tenía acerca de ellas, pues algunas de ellas hay que rezar mucho á San Blas para poder tragarlas.

Pues bien; el Sr. P. J. G., siendo oficial de Instruccion pública, compró el colegio de Manriques de Alcalá de Henares, á pesar de ser casi todos sus bienes de familia particular, como su nombre indica. Achacoso y enfermizo iba á su patria á restablecerse; pero no pudo pasar de Alcalá, y allí murió casi desastrosamente en el colegio mismo que habia comprado.

He citado por verbi gracia estos dos hechos, porque son públicos en Alcalá y Madrid, porque no se refieren á conventos, y porque mi compañero y amigo puede saber la verdad de ellos con solo dar una vueltecita por la secretaría y archivo de la Universidad y del ministerio de Fomento, donde el actual director de Instruccion pública le dará otros muchos datos edificantes si se los pide.

Dejemos, pues, lo relativo á los *antiguos mendigos* como una fábula, y en cuanto á lo de los instrumentos de agricultura fabricados con sus rejas, las blancas casitas construidas en los antiguos páramos y demas poesía bucólico-económica, amontonada por mi amigo y compañero en elogio de Mendizabal el grande, digamos con mi paisano Argensola:

Lástima grande

Que no sea verdad tanta belleza.

Otro periódico nos decia en estos últimos dias que jamás se habia visto que los frailes diesen á los pobres los suculentos platos de su mesa. Lo primero que hay que probar es que en los conventos hubiera platos suculentos con rarísimas escepciones.

Habria que preguntar al autor de esa invectiva, ¿cuántos platos suculentos de su mesa han sido dados á los pobres en este invierno y en otras ocasiones? Finalmente, si él no lo ha visto en su tiempo lo vieron otros, y el recuerdo de ello lo han perpetuado las bellas artes hasta nuestros dias. Por espacio de muchos años ha estado frente á la escalera del ministerio de Fomento el cuadro de Vicente Carducho, que representa un acto de mortificacion de los primitivos cartujos. Cada monge tiene á la vista un plato de carne condimentada: cuál una perdiz, cuál un trozo de cordero, que no pueden comer en ningun dia, y ménos en aquel que se hacia esta mortificacion, por ser de rigoroso ayuno, y los monges famélicos tenian delante un plato suculento que no era para ellos, sino para los pobres.

Debo antes de concluir dar una satisfaccion acerca de los que he llamado y llamo *caballeros de la tenaza*, con la frase de nuestro inolvidable Quevedo. No se vaya á creer, como pudieran figurarse algunos por estos últimos párrafos, que yo designe precisamente con ese apodo á los compradores de bienes nacionales, y sobre todo de los procedentes de los conventos y antes del Concordato. Ni todos los compradores son caballeros de la tenaza, ni todos los caballeros de la tenaza son compradores. No: yo no aludo á personas de clase determinada, ni de bienes de cierta especie; juzgo por las cualidades morales y por los hechos públicos. Designo con ese nombre á los avaros y gente sin piedad y sin entrañas, que, sobre no hacer nada por los pobres,

insultan á los que tienen caridad y á los que la ejercitaron y ejercitan. A los tacaños y ruines, que sobre no aliviar á sus semejantes insultan con bellaquería á la piedad y caridad de nuestros mayores.

A los sibaritas, egoistas y positivistas, que sumidos en la mollicie, en la crápula y en los vicios, no se acuerdan del pobre sino para despreciarlo, para insultar á la miseria pública con su lujo insolente y de procedencia dudosa, y se figuran en su glotonería que el pobre famélico repugna el alimento, que repugnaría á su voraz estómago. A los que viviendo en concutinato escandaloso, doble y triple, con escándalo de la moral pública, se complacen miserablemente en inventar y divulgar anecdotillas escandalosas y picantes contra los regulares, cubriendo su infamia propia con la calumnia ajena, y atribuyendo á los monges sus cualidades propias, al tenor del refran antiguo *piensa el ladrón que todos son de su condición*.

Estos caballeros de la tenaza que pudieran clasificarse en *caballeros simples*, comendadores de tenaza y grandes tenazas, progresan según que reculan, y avanzan según que retroceden hasta 1854, 1837, 1812 y 1789 (1).

Esta fecha es el *non plus ultra* del tenacismo; solo que para llegar á ella hay que pasar por el lodazal sangriento de 1793, fecha á la cual el caballero de la tenaza tiene cierto asco, solo porque en ella se trocaban á veces los papeles y los guillotina-dores eran guillotina-dos.

Si yo supiera dibujar concluiría aquí mi trabajo simbolizando el progreso de los partidarios de 1789 con un cangrejo, animal muy á propósito para representarlos á ellos, tanto mas cuanto que tiene tenazas.

En defecto de una viñeta que represente á ese animalito y sus admiradores, pondremos la inscripcion siguiente, parodiando el célebre dicho de Maquiavelo:

CALUMNIA QUE TODO SE NOS QUEDA.

(1) Tan léjos estoy de ceñir á determinada clase de compradores de bienes de la Iglesia el título de *caballeros de la tenaza*, que antes bien daría el título de capellan de la Orden al P. Gratri, admirador del año 1789.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
PROLOGO.....	5
CAPÍTULO PRIMERO.—¿Qué es la sopa de los conventos?.	9
CAP. II.—Hay Dios y Dios nos habla.....	14
CAP. III.—La bazofia.....	19
CAP. IV.—Diferencia entre la pobreza y la porqueria.....	24
CAP. V.—La limosna rebaja al hombre, y la sopa del convento le humilla de un modo vergonzoso.....	32
CAP. VI.—La holgazanería de los frailes y aumento de ella por la sopa. Recuerdos juveniles.....	41
PÁRRAFO VII.—La sopa de los conventos fomentaba la holgazanería.—Los pueblos donde habia frailes estaban plagados de holgazanes.....	44
PÁR. VIII.—Mendigos de levita: cálculos sobre el progreso de esta gran rama de la holgazanería.—Contraposición de la sopa boba con la sopa de los conventos.....	46
PÁR. IX.—Observaciones sobre la holgazanería de chaqueta: pauperismo en España: pobres laboriosos: pobres hijos de la holgazanería.....	52
PÁR. X.—Otra mendicidad de chaqueta.—Pobres inválidos.—La sopa del Estado.....	55
PÁR. XI.—Pobres validos.—Derecho al trabajo.—Desarrollo del pauperismo.—Causas de la falta de trabajo.....	60
PÁR. XII.—Consecuencias de la desamortización.—Aumento ficticio de riqueza.—Despoblación de los campos y aglomeración de los pobres en las capitales.....	72
PÁR. XIII.—Adquisición de la riqueza acumulada por el Clero.....	76

CAP. VII.—Los pícaros y los holgazanes no eran los que frecuentaban la sopa de los conventos.—Esta se daba y dá con discernimiento.....	85
CAP. VIII.—Las demoliciones modernas en sustitucion de la sopa, y modos de dar de comer al hambriento.....	94
CAP. IX.—Preocupaciones contra la limosna de los conventos aun en los tiempos mismos de la sopa.....	98
CAP. X.—La sopa conventual en sus relaciones con los tesoros de Indias.—Un sopista que valia un mundo....	99
CAP. XI.—La sopa conventual en grandes apuros y momentoa criticos.....	104
CAP. XII.—Las hermanitas de los pobres.—Organizacion de la sopa al estilo moderno.....	108
CAP. XIII.—La sopa de los conventos en la actual penuria.....	150
CAP. XIV.—Respuestas á varios reparos.—Economía bucólica moderna.—El progreso adelantando hácia el año 1789.....	

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7190203

